

H E I D I Y P E D R O

C H A R L E S T R I T T E N

PREFACIO

Debe haber requerido un valor considerable por parte de Charles Tritten para que pudiera cumplir con la promesa virtual que significa el último capítulo, de "Heidi", uno de los libros más queridos entre los niños, y alcanzar una feliz continuación de las felices aventuras de la niñita que fue creciendo allá en lo alto de las montañas de Dörfli.

Aun para quien había traducido todas las obras de Johanna Spyri al francés, para quien el país y los pobladores que describe resultan tan familiares como a la ilustre autora, habrá sido necesario una prolongada observación antes de proceder a asumir la placentera tarea de escribir la continuación de "Heidi".

Mas a pesar de todas las dificultades había muchas razones para que el segundo libro de "Heidi"

fuese escrito. Millones de niños, lo mismo que millones de los que son "como niños" (para quienes siempre fueron dedicados los libros de Johanna Spyri), rogaron ante ella durante su vida, para que revelara cuál había sido el destino de la niña alpina, del tío del Alm, de Pedro, de Clara y de todo el resto. Como la obra no fue continuada en los veintún años que corrieron entre la publicación de "Heidi" y el fallecimiento de su autora en la ciudad de Zurich en 1901, el público comenzó a dirigirse a los muchos traductores de Johana Spyri (cuyos libros eran ya aceptados como clásicos en Alemania y en Suiza), para hacerlos accesibles a los niños de otros países, alejados de las montañas, los valles y los lagos, donde la autora vivió siempre.

Con el tiempo estas historias, surgidas, de los inagotables y maravillosos recuerdos de la infancia de la propia Frau Spyri, por una razón u otra fueron de dominio público y el personaje de Heidi, como el de David Copperfield, el de D'Artagnan, el de Ivanhoe, el de Alicia, el de Hans Brinker y el de Jim Hawkins, constituyeron la propiedad de nuevas generaciones de niños en el mundo entero.

Tan poco es lo que se sabe de la vida y carrera de Johanna Spyri, que no muchos saben que Heidi co-

menzó su vida literaria poco después de 1870, mientras Europa se veía castigada por la guerra franco-prusiana. Johanna tenía entonces cuarenta y tres años, y por espacio de dieciocho años había sido la esposa de Bernbard Spyri, consejero del Cantón de Zurich. No obstante, el libro no fue publicado hasta 1880. Muchos de los personajes y de las escenas inolvidables de la obra eran queridos recuerdos de su propia niñez en la aldea de Hirzel, donde nació en la casa del "doctor" en julio de 1827. La casa blanca sobre la montaña verde, que fue el lugar de su nacimiento, todavía se conserva a pocos kilómetros de la ciudad de Zurich. Desde las ventanas del piso superior se obtiene una vista de pinos oscuros junto al famoso lago de Zurich. "Hanneli" era la cuarta hija del doctor Johann Jacob Heusser y su esposa Meta Schweizer. Jobann Heusser era el médico principal de la aldea y Meta gozaba de una buena reputación local como poetisa y escritora de canciones.

La escuela aldeana, a la cual concurrió primero Johanna y luego, sus hermanos y hermanas, había sido un granero en medio de un sembrado. Seguramente su primer maestro debió haber sido poco hábil, para confundir su timidez con holgazanería,

humillándola continuamente ante toda la clase. El resultado fue que la sacó de allí finalmente y la envió a otra escuela que funcionaba en casa del Pastor de la villa.

Como la misma Frau Spyri, Charles Tritten trató de reflejar los episodios de la vida de Johanna en su trazado de la adolescencia de Heidi. De tal modo, los días escolares de Heidi y sus posteriores tareas como maestra en la aldea de Dörfli, según se relatan en este volumen, tienen mucho que ver con la propia adolescencia de Johanna Spyri. Así su interés por la música, su amor por los pájaros y las flores de los campos alpinos y de bosques cercanos a su hogar.

Lo mismo que Johanna, la Heidi señorita alentó muy poca curiosidad por lo que había más allá de las montañas que la rodeaban. Regresó de la escuela de Hawthorn con la alegría de pensar que pasaría el resto de su vida entre los queridos amigos de su infancia. Sabemos que Frau Spyri vivió feliz y contenta en aquel perímetro de pocos kilómetros en torno a Zurich.

Cuatro años después de la publicación de "Heidi" su querido esposo y compañero comprensivo falleció. Su Único hijo había muerto pequeño, pocos

años antes. Viuda a los cincuenta y tres años, Frau Spyri vivió serenamente en Zurich escribiendo muchos cuentos de los chicos de las montañas, aquellos chicos que hacían sus juguetes de madera con las propias manos o cuidaban de las cabras en las praderas alpinas durante el verano. Y como aquellos relatos comenzaron a adquirir fama en el mundo exterior, la autora de "Heidi" evadió cada vez más el contacto con el público. Deseaba sinceramente evitarlo, porque, prefería "no exponer los aspectos más íntimos y profundos de su alma ante los ojos humanos", deseo que en general los autores de nuestros días no están acostumbrados a ofrecer como ejemplo.

Y así, después de una vida rica, plena y llena de frutos, Johanna Spyri murió a pocos kilómetros del lugar en que había nacido, pocos días antes de cumplir sus setenta y cuatro años, justamente cuando el hermoso verano de los Alpes entibiaba los pastos de su amado valle.

Tal vez haya sido profético que el último capítulo de "Heidi" se titulara en el original de la obra: *Parting to Meet Again?*: Ahora, años después, cuando los primeros lectores entusiastas del primer libro tienen nietos ya, el telón vuelve a descorrerse y "nos

encontramos otra vez" con la pequeña Heidi que dejamos tanto tiempo atrás en la cabaña de la montaña con sus amigos, y asistimos al espectáculo de verla convertida en una señorita encantadora, cumpliendo todas las dulces promesas que nos ofreció su infancia.

Los chicos de hoy día, lo mismo que sus padres, tienen una deuda de gratitud con Charles Tritten, no simplemente porque él haya sido el encargado de descorrer el telón y cumplir la promesa virtual del último capítulo de "Heidi", sino por la forma en que lo ha hecho, por la intensidad con que nos ha hecho sentir nuevamente el tibio sol y el aroma de las flores primaverales allá en los prados montañoses, por su sencillez y por la comprensión que muestra hacia las criaturas que emprenden la tremenda aventura de crecer.

CAPITULO I

LA ESCUELA DE ROSIAZ

A LAS NUEVE de la noche, una niña pequeña, de aspecto muy tímido, bajó del tren en la gran estación de Lausana. Permaneció un momento mirando en torno, indecisa, una manta arrollada y una maleta a sus pies, la caja de su precioso violín aprisionada fuertemente bajo su brazo.

Su nombre era Heidi y había hecho el trayecto desde Dörfli, una pequeña aldea montañosa allá en los altos Alpes. El abuelo y el buen doctor, que compartían el albergue de ellos en la aldea, quisieron que terminase su educación en una escuela superior. Pero no era sino con gran sacrificio que se la enviaba a la distinguida escuela de pupilos en la cual su amiga Clara terminaba de graduarse.

Clara había viajado con ella y ahora, mientras el enorme tren permanecía resoplando y sibilante en la estación, se asomaba por la ventanilla abierta y sonreía. Clara sabía todo lo referente a la escuela y Heidi hubiese deseado que su amiga continuase el viaje con ella y permaneciera al menos en su compañía en aquel primer curso que la esperaba. Tal vez la niña mayor adivinó tales pensamientos porque hacía lo posible por animarla, hablando en voz muy alta para que se oyera por encima de los ruidos de la resollante locomotora.

-¡Ya verás cómo se divierte una allí! -le gritó alegremente.- Hay lecciones de baile y todo. Me gustaría saber si es que vas a ser alumna del exquisito Monsieur Lenoir, que siempre tiene un aspecto muy elegante. "Levemente, señoritas, y con suma gracia nos decía a cada paso. Heidi, tú puedes imaginarte qué maravilla era para mi el poder bailar "levemente" y con gracia. Pero a ti no hay mucho que enseñarte en eso -añadió.- Tú siempre has bailado.

-Pero no siempre he tocado el violín -respondió Heidi.

-Vas a querer mucho a Monsieur Rochat -continuó Clara con entusiasmo.- Se parece al doctor en

muchas cosas. Y en otras cosas se parece también al abuelo. Tiene las mismas cejas hirsutas.

Heidi tuvo un estremecimiento de gusto, viendo ya la figura en su imaginación.

-Mademoiselle Raymond es muy simpática también -continuó Clara.- Todos son simpáticos en la escuela, aunque algunos puedan parecerle muy severos cuando los conozcas. ¡No vayas a olvidarte de darle mis recuerdos a Mademoiselle Larbey!

En aquel momento, Clara distinguió la silueta de elevada estatura, muy inglesa, de una mujer que apuraba el paso por el andén en dirección a ellas.

-¡Ah, Miss Smith! -llamó en tanto que la profesora se acercaba-. Buenas noches, ¿cómo está usted? Aquí tiene a mi amiga Heidi. Como es la primera vez que viene se siente un poco extraña. Ha hecho el viaje desde Dörfli, allá en Maienfeld... ¡Ya se va el tren! -gritó en el momento en que el vagón se estremecía como previniendo su salida.- ¡Adiós, Heidi! Escíbeme pronto. ¡Adiós! ¡Adiós!

La señorita Smith movió la mano enguantada en un gesto de saludo hasta que el tren estuvo fuera de la estación. Pero Heidi permaneció inmóvil. Sólo abrazó su violín con más fuerza, sintiéndose com-

pletamente abandonada ahora que Clara, su último lazo con el hogar, había desaparecido.

La inglesa se volvió a ella.

-De manera que tú eres la nueva estudiante, la amiga de Clara. Nos ha hablado mucho de ti, de tu abuela, lo mismo que de Pedro, el muchacho pastor de cabras y del doctor que llegó de Francfort para vivir en Dörfli. Debe ser una aldea encantadora.

-Es el hogar -respondió simplemente Heidi.

-La escuela pronto será el hogar para ti también -le aseguró la profesora.- Todas nuestras muchachas son muy felices. No encontrarás difíciles las lecciones. ¿Sabes un poco de francés?

-No enseñan francés en Dörfli -respondió Heidi-, pero el doctor me ha enseñado algo en casa.

-¡Espléndido! Entonces te será fácil.

La señorita Smith abrió la marcha para salir de la estación, seguida por la chica y un changador que llevaba el equipaje.

-Tomaremos un coche aquí para ir a la escuela. La escuela está en Rosiaz, justamente sobre Lausana, como seguramente te ha referido Clara.

-"Oui, Mademoiselle" -replicó Heidi con cortesía, pensando que ahora debía hablar en francés.

-Mi nombre es "Miss Smith" y así es como debes llamarme -le explicó la profesora.- Asegúrate de pronunciar bien la "th" de Smith, colocando la lengua entre los dientes. Las estudiantes tienen la enloquecedora costumbre de llamarme "Miss Miss", porque no se toman el trabajo de pronunciarlo adecuadamente.

Ayudó a Heidi a subir el alto escalón del coche y se sentó a su lado.

Mientras el coche avanzó, los verdes campos trajeron a la mente de Heidi las verdes praderas del Alm y la imagen de su abuelo, solo en su cabaña junto a los pinos. No permanecería mucho tiempo en la montaña ya, pensó para consolarse. Cuando las nieves cayeran, el anciano bajaría, como siempre, a pasar el invierno con el doctor y los vecinos de Dörfli. Porque el otrora amargado tío del Alm se había tornado un ser querido para los aldeanos por su creciente preocupación y los cuidados que prodigó a Heidi, la huerfanita. Muy pequeña aún, Heidi había sido prácticamente arrojada en el umbral de la cabaña por su tía Dete, cuando a ésta se le ofreció una espléndida ocasión para emplearse y la hija de su hermana Adelheid le resultaba una carga molesta. Heidi había sido bautizada como Adelheid en ho-

nor a su madre, pero a nadie se le había ocurrido nunca llamarla por aquel nombre, excepto a la severa Fráulein Rottenmeier, en la oportunidad en que Heidi vivió con Clara en Francfort.

La jovencita esperaba ahora que ninguna de sus profesoras de Rosiaz se pareciera a Fráulcin Rottenmeier. Por cierto que la señorita Smith era distinta, decidida como se mostraba, a ser agradable y conversadora.

Heidi permaneció sentada en un rincón del coche sólo escuchando a medias la charla ininterrumpida de la profesora, que saltaba de un tema a otro con sorprendente velocidad. Sus antepasados... Parece que uno de ellos habla venido de Milán ... Mademoiselle, la directora, que era bondadosa pero enérgica... Clara... Mops... Aquello era una maraña de palabras bondadosas que dejaron asombrada a Heidi.

-Mops es muy afectuoso. Mademoiselle le va a gustar mucho. Todavía no ha arañado a nadie -terminó inesperadamente en el instante en que Heidi pensaba que "Mops" resultaba un nombre muy extraño para un profesor.

-¡Oh! Mops, es un gato -dijo en tanto se le iluminaba el rostro.- Me gusta mucho que haya un gato

en la escuela. Nosotras tuvimos unos gatitos en casa de Clara.

Por fin llegaron a "Hawthorn", como se llamaba la escuela, y Heidi, todavía aturdida por la larga jornada, la charla de la señorita Smith y la extrañeza de todas las cosas que la rodeaban, se encontró a sí misma en un enorme salón de recepción donde era saludada por una dama cincuentona de porte muy digno.

La mujer le habló en tono bondadoso a pesar de su severa apariencia.

-Bienvenida a Hawthorn, Heidi. Nos sentimos muy contentas de tenerte con nosotras. Espero que hayas tenido un viaje agradable y que nos brindes tantas y tan legítimas satisfacciones como tu amiga Clara. ¿Tienes hambre? Louise, la cocinera, ha preparado un poco de carne fría y fruta para ti. ¿Qué es lo que tienes ahí debajo del brazo? ¡Ah! Un violín... Tu abuelo me escribió diciéndome que has aprendido a tocar el violín. Parece que te gusta mucho. Aquí serás puesta en muy buenas manos para que perfecciones tus conocimientos musicales.

Se volvió hacia la profesora de inglés.

-Miss Smith, ¿quiere usted hacer el favor de mostrar a Heidi su habitación y ocuparse de que

disponga de todo lo necesario? Buenas noches, Heidi, que duermas bien. La campana para levantarse suena a las siete de la mañana.

-Hasta mañana -respondió Heidi en tono tímido.

-Debes decir: "Buenas noches, Mademoiselle" -la corrigió inmediatamente la directora.

Heidi miró uno de los rostros extraños que tenía delante de sí y luego al otro. Debía llamar "Miss" a la profesora de inglés y "Mademoiselle" a la directora. ¡Y en su casa le habían enseñado siempre que debía llamar Fräulein a la maestra! ¿Cómo podría llegar a manejarse en forma correcta alguna vez?

Confundida y cansada, siguió a "Miss" Smith por un largo corredor. La habitación que iba a compartir con una joven inglesa, Eileen, se encontraba en el primer piso. Las otras habitaciones estaban cerradas y silenciosas. Todos parecían estar durmiendo. -Camina con cuidado para no despertar a las niñas. Es mejor que arregles tus cosas mañana. Bien... ¿vamos al comedor?

-Gracias, pero ... es que no tengo hambre -respondió Heidi.

-Debes comer la carne fría y la fruta como te ha indicado la directora -insistió con firmeza Miss Smith.

Cuando Heidi hubo comido lo que pudo volvieron al piso alto. Llegaron a la habitación. Heidi echó una mirada a la luz débil que allí había y vio dos camas de madera, dos armarios, una mesa y dos sillas... todo pintado de un blanco reluciente. La habitación daba la sensación de comodidad, pero en el momento en que la señorita Smith cerró la puerta, una ola de añoranzas hogareñas invadió el espíritu de Heidi. A pesar de todo su valor, las lágrimas llenaron sus ojos. Fue a la ventana y con toda suavidad, abrió las persianas.

-¡Oh! -exclamó entonces impulsivamente.- El lago! ¡Las montañas!

Todo estaba en calma, tan sereno que casi parecía aquello su propio país. Una luna llena andaba por el firmamento y trazaba un sendero dorado sobre el agua. Heidi se secó las lágrimas para ver mejor. Ya amaba el lago y se sentía contenta de que estuviese allí.

La puerta de la habitación se abrió sin el menor ruido y seis curiosas cabezas se asomaron por ello.

-Entren. Yo soy Heidi -dijo la niña en un murmullo.- ¿Quiénes son ustedes?

Las seis se deslizaron dentro en puntas de pie y una muchacha morena se adelantó para presentar a las otras.

-Ésta es Eva Muller, de Hamburgo -dijo presentando a la rubia señorita alemana.- Es la más alta de todas nosotras y por eso le tenemos mucho respeto.

Dijo la última frase con una risita graciosa, mientras señalaba a las dos chicas que seguían por orden.

-Edith y Molly, dos amigas íntimas que llegaron de Inglaterra; detrás de ellas está Jeanne-Marie, una chica húngara... Le hemos achicado el nombre por la escasa estatura que tiene y ahora se llama Jamy. Y aquí está Mademoiselle Annes de Fauconnet. Uno de sus antepasados, Gaeton, se batió en el combate de Issus con San Luis en el año 6000 antes de Cristo.

-¡Oh, Lise! Mi antepasado no se llamaba Gaeton. Jamás se batió con San Luis y lo del año 6000 antes de Cristo es un disparate. ¿Cómo puedes decir cosas semejantes? -protestó Anne riéndose.

La joven no estaba enojada en absoluto, porque hacía tiempo había descubierto que su compañera

encontraba gran placer en hacer aquellas bromas inocentes.

-Y ahora yo misma -continuó Lise.- Yo soy Lise Brunet, suiza, vagamente relacionada con Mademoiselle la directora, quien no me quiere ni pizca por esa circunstancia. Cuando llegue Eileen estaremos todas. Ahora cuéntame de ti.

En pocas palabras, Heidi les contó su vida con el abuelo allá en las alturas de los Alpes y la temporada que pasó con Clara en Francfort.

-En Dörfli, la maestra estaba entusiasmada con mi música, pero cuando ella se fue, el nuevo maestro no quiso molestarse en seguir enseñándome a tocar el violín. Era muy severo y muy duro. Todo lo que se proponía era enseñar a los chicos lo indispensable y mantenerlos en orden. El abuelo vio que yo no era feliz en semejante escuela, de manera que él y mi padrino, el doctor, decidieron enviarme a Lausana para que pudiera estudiar con un buen profesor. Al principio no quería irme de allí y dejarlos, pero ellos pensaron que así era mejor. Son muy buenos conmigo.

-Nosotros vamos a ser buenas contigo también -le aseguró Lise.- Y ahora, de regreso a la cama. Te veremos mañana.

Una después de otra fueron saliendo de la habitación. Jamy, la última sonrió tan cariñosamente a Heidi que la recién llegada se olvidó de que estaba nostálgica y una tibia felicidad vino en su ayuda. Se desvistió rápidamente y arrodillándose junto a la cama, comenzó a decir sus oraciones.

-¡Querido Dios, te doy las gracias! ¡Te doy las gracias por haberme guiado hasta aquí! -fue todo lo que pudo decir al principio. Y después añadió con dulzura:- Te ruego que me ayudes a trabajar tan bien, que cuando regrese a Dörfli pueda hacer que el abuelo se sienta orgulloso de mí. Y te ruego también que lo cuides y que cuides también al doctor... y al buen Pastor y a su esposa y a todos los aldeanos de Dörfli. Haz que el maestro sea bueno y los chicos felices. Bendice a la querida abuela que está en el Cielo y cuida especialmente a Brígida y a Pedro, "el general de las cabras". No permitas a Turk que lo tope y no dejes que él se acerque demasiado al borde del precipicio. Cuida mucho de Pequeño Cisne, de Osito, de Jilguero y de Pompón de Nieve.

Así, una por una, fue nombrando a todas las cabras hasta que se sintió muy cansada y se echó en la cama para dormir.

CAPITULO 2

LA LECCION DE VIOLIN

EL SOL, brillando a través de la celosía de las ventanas, despertó a Heidi antes de que se oyera la campana. Un día atareado siguió, lleno de acontecimientos agradables y desagradables.

Heidi conoció a la profesora de francés, Mademoiselle Raymond, que era muy alta, muy delgada y muy miope. Usaba un cuello alto y el pelo peinado en rodete sobre la coronilla; por la espalda le bajaba una larga hilera de botones que parecían pequeños escarabajos. Se detuvo para observar a Heidi y murmuró:

-Soy muy estricta, especialmente en lo que se refiere al dictado. Tu amiga Clara aprendió mucho y muy bien.

Heidi comenzó a temer el no poder alcanzar el nivel de Clara como estudiante, ya que su amiga gozaba de una gran reputación y más se convenció al respecto cuando conversó con Fräulein Feld.

-¡Buenos días, Heidi! Espero que seamos una familia feliz y que tú seas tan alegre y encantadora como tu amiga. Clara tenía un temperamento delicioso.

Dijo aquello para impresionar a Heidi sobre la importancia de la buena conducta pero, íntimamente, Fräulein Feld sintió una gran simpatía por la sencilla campesina de catorce años, que se presentaba en la escuela con sus dos largas trenzas y su vestido de algodón.

¿Cómo la recibirían sus condiscípulas? Todas ellas eran chicas de muy buena familia y más o menos en condiciones económicas superiores. Fräulein Feld no tenía el hábito de traicionar sus más íntimos pensamientos, pero no obstante, se encogió de hombros y dijo en voz alta:

-Bueno, ya veremos...

La primera mañana, Heidi cometió cincuenta y dos errores en el dictado sobre el cual Mademoiselle Raymond era tan estricta. No entendió una de las

órdenes de Fräulein en la clase de gimnasia e hizo una mancha en el mantel sin mancha del almuerzo.

Mademoiselle Larbey, la directora, le dedicó una severa mirada.

-No estamos viviendo en una aldea -comentó.- Tienes que aprender a comer correctamente.

-Discúlpeme, Mademoiselle -dijo Heidi.- Fue un accidente.

-No debes contestar cuando se te corrige. Es impertinente -prosiguió entonces la directora.

Heidi, que no habla intentado parecer impertinente, quedó silenciosa y confundida.

Mademoiselle Larbey volvió a tomar la palabra:

-Esta tarde harás un paseo con Miss Smith. A las cuatro y media después que Eileen haya llegado, nos encontraremos en la sala de estudio y les leeré en voz alta el reglamento de la escuela. Sean especialmente bondadosas con Eileen, niñas. Su padre acaba de fallecer en Buenos Aires donde era Cónsul General y su madre se encuentra enferma.

Después del paseo, Heidi fue a su habitación y conoció a Eileen, la nueva alumna, rodeada de un sinfín de vestidos, sombreros, chinelas, libros, guantes y maletas.

-Buenas tardes, Eileen. Yo soy Heidi, tu compañera de dormitorio.

-Buenas tardes -respondió Eileen muy tiesa y sin molestarse en levantar la cabeza.

-¿Quieres que te ayude con tus cosas -ofreció Heidi, recordando que la directora les había recomendado especialmente ser agradables con aquella niña.

-No, gracias. Me haría falta sí disponer de esta habitación para mi sola. ¿No puedes pedir que te cambien? -preguntó Eileen.

-Me temo que no -respondió Heidi.- Las otras chicas están aquí desde hace mucho más tiempo que yo y todas tienen compañera de dormitorio ya.

-¡Qué fastidio!

Y Eileen volvió la espalda con descortesía, mientras continuaba desempacando sus maletas.

En la galería Heidi encontró a Jamy, Lise, Anne y Eva.

-Eileen está en la escuela -les anunció.

-¿Sí? ¿Cómo es? -preguntó Lise.

-Alta, delgada, con el pelo negro y los ojos verdes -respondió Heidi.

-¿Es simpática? -preguntó Jamy.

-Vayan ustedes y juzguen por sí mismas. Después me dicen qué es lo que piensan de ella -respondió Heidi.

Las cuatro chicas desaparecieron por las amplias puertas que daban a la galería.

-¡Oh! Hola... ¿Por qué tengo que estar en la misma habitación con esa paisanita -se quejó la nueva alumna.

-¡Pero ésa es Heidi! -protestó Lise.

-¿"Quién" es Heidi?

-La amiga de Clara -explicó Eva.

-La nieta del tío del Alm, allá arriba en las montañas -añadió Anne.

-Toca muy bien el violín -dijo Jamy.

-Entonces es una artista..., aldeana y artista ¡qué espantoso! ¿Por qué no me habrán dado una habitación con alguna de ustedes? -comentó Eileen volviéndose hacia Anne, cuyos cultos antepasados franceses la hacían aparecer como una niña distinguida.

-¡Imposible! Por mi parte, desde que llegué hace tres días, he sido afligida con la compañía de esta chica que se llama Lise. Nos pasamos el día discutiendo -continuó con una carcajada- pero yo no la cambiaría por nada del mundo.

-¡Qué lástima! ¿Y tú? -persistió Eileen volviéndose a Eva.

-¿Yo? -respondió Eva tomada un poco de sorpresa.- Yo tengo una buena compañera en Jamy.

Yo soy grande y ella es chiquita, de manera que nos equilibramos a la maravilla. De todos modos, Heidi es muy simpática y a todos nos gusta.

-Pues a mí no me satisface -respondió Eileen majestuosamente.

-Es una verdadera lástima -concluyó Lise.

Y abandonó el dormitorio con un alegre guiño en los ojos. Heidi había sido atacada y todas habían tenido la oportunidad de defenderla.

En un extremo de la clase estaban las nuevas estudiantes para oír la solemne lectura del reglamento. Una puerta muy grande, abierta sobre un jardín maravillosamente cuidado. Mientras estaban esperando que llegara Mademoiselle Larbey, Heidi se escurrió hacia el jardín para contemplar los racimos de primavera rodeados de césped muy corto, los frutos regordetes en los castaños que estaban florecidos y una nubecilla que flotaba en el firmamento y que parecía haber llegado desde el otro lado de las montañas. Parecía Pequeño Cisne, la diminuta cabra

huérfana que había sido la favorita de Heidi la primera vez que subió al pastoreo con Pedro.

-¡Heidi! ¡Ahí viene! -previno una compañera.

Heidi tuvo el tiempo necesario para volver a su sitio, cuando Mademoiselle Larbey entró.

La directora comenzó a leer con voz solemne:

Reglas de la Escuela de Hawthorn:

1. La urbanidad es la regla permanente.

2. A las nueve y media todas las luces estarán apagadas.

3. Queda prohibido tocar el piano cuando las ventanas están abiertas.

4. No está permitido colgar cuadros ni fotografías en las paredes.

5. Está prohibido...

6. No está permitido...

7. Las estudiantes deben...

8. Las niñas más jóvenes no deben...

...y así, así, así por espacio de dos largas páginas.

Después venía la enumeración de las penalidades: exclusión de paseos; multas, de diez céntimos a un franco; confinamiento en el dormitorio; notificación a los padres; expulsión.

Todas las alumnas quedaron profundamente impresionadas y quedaron mirándose unas a otras

después que Mademoiselle Larbey abandonó el recinto. Pero Lise, mas traviesa que las demás, salvó la situación remarcando en el tono pedante de la directora...

-...y sobre todo, queda prohibido tomar estas normas demasiado en serio.

Las chicas se estaban riendo cuando Mademoiselle Raymond entró en la clase y se vio precisada a imponer silencio con un dedo en alto.

-Vayan a trabajar ahora -indicó en tono de reproche.- Tú, Lise, al piano. Heidi, Monsieur Rochat está aquí y te va a dar la primera lección de violín. Eileen, tú puedes ir a arreglar tu habitación. Anne y Eva tendrán su lección de inglés y el resto se quedará a estudiar conmigo.

Monsieur Rochat tomó paternal interés en Heidi y le hizo una cantidad de preguntas en cuanto a su vida en Dörfli. La niña respondió con franqueza y sencillez, según era su costumbre. Después él, a su vez, le contó muchas cosas de las montañas que conocía y amaba. Pasaba sus vacaciones en los Alpes todos los años, sirviendo de gula a las estudiantes de la escuela, cuando éstas querían subir a las cumbres.

-¿Cuánto tiempo llevas tocando el violín? -preguntó por fin a Heidi.

-Dos años.

-¿Y quién te dio la idea de ponerte a tocar el violín? -continuó Monsieur Rochat, sintiendo que su interés por la criatura iba en aumento.

-Primero el murmullo del viento en los pinares allá arriba en las montañas... y después... Clara me regaló un violín.

-¡Muy bien! Ahora veamos lo que eres capaz de hacer.

Heidi quería complacer a su nuevo profesor en tal forma, que sus dedos se entorpecieron y tocó muy mal.

-Mi querida niña -observó el profesor- tienes que hacer un largo camino antes de que te conviertas en una buena ejecutante.

-El violín no suena así cuando lo toco allá en el Alm -declaró Heidi contemplando el instrumento con aire perplejo.

-El violín está bien -dijo el profesor.- Se trata de la ejecutante, que es quien extraña las cosas que la rodean.

-Cuando miro hacia el lago -comentó Heidi- no me siento extraña.

-Entonces toca juntó a la ventana.

-¡Sí que lo haré! -exclamó Heidi corriendo a abrir las persianas.- Ahora tocaré para el abuelo, para el buen doctor, para Brígida y para Pedro que están en las montañas. Hasta tocaré para la abuelita ciega que está en los maravillosos jardines del Cielo.

-¿Dónde?

-En el lugar donde los ciegos ven -explicó Heidi devotamente.- La abuela solía contarme de ese sitio cuando le leía los himnos y así aprendí a tocar para ella porque eso la hacía feliz. Pero ahora ella escucha solamente música celestial.

-¡Qué dulce fel! -murmuró el profesor tomando su pañuelo para reprimir las lágrimas.

Después dijo con tono afectuoso:

-Tienes que tocar, Heidi y llegarás a tocar bien.

Pero siempre, tus mejores ejecuciones serán para aquellos que más necesitan de tu música.

CAPITULO 3

MIEINTRAS HEIDI ESTABA AUSENTE

ERA LA PRIMAVERA en Dörfli. Azafranes de tono púrpura y blanco florecían por las laderas, los senderos estaban bordeados de tusílagos y la música de arroyuelos atareados se escuchaba por todas partes.

Esa mañana, cuando el tío del Alm miró hacia los picos de las montañas más altas, la última mancha de nieve había desaparecido del camino.

-Doctor, las cabras y yo iremos a las montañas mañana -anunció alegremente.

-No estará pensando seriamente en subir tan pronto, tío. Tal vez no me encuentre yo en situación de darle consejos, pero la verdad es que usted ya no

es tan joven. ¿Por qué no quedarse aquí y confiar sus cabras a Pedro? -preguntó su amigo.

-¡Ah, doctor! -suspiró el hombre más viejo.- Usted no comprende que "debo" ir, y tanto mas cuando que quizá sea la última vez que vaya. Necesito estar allá arriba para pensar y meditar. Allí me siento más cerca de Dios.

-Pero espere un poco más -urgió el doctor- las tardes todavía son frías y las noches son indudablemente heladas.

-He soportado mucho más que eso, mi querido amigo -replicó el tío.- De todos modos le agradezco su interés, pero las montañas me llaman Y mañana iré hacia ellas.

Dándose cuenta de que era completamente inútil insistir, el doctor no volvió sobre el tema, pero permaneció observando ansiosamente al anciano mientras éste hacía preparativos para la partida.

Después de un momento de vacilación, el buen doctor fue en busca de Pedro. Lo encontró aplicado al intento de cubrir un agujero que se habla hecho en el techo de la casa de su madre, donde el viento había estado haciendo de las suyas. Pedro no era muy hábil en aquel tipo de trabajo, pero se había

dicho a si mismo que aquel techo en otro invierno más sería la ruina de la cabaña.

-El tío solía arreglarlo -se quejo.

-Pedro, el tío es viejo -indicó el doctor.- Los vientos helados allá arriba en el Alm no pueden hacerle mucho bien. Sin embargo, está decidido a irse a la montaña mañana con las cabras. ¿Qué podemos hacer para detenerlo?

-¡Nada!

-¿Por qué nada? ¿Es que quieres que el viejo se congele?

-No -replicó el muchacho.- Lo que yo sé es que es imposible cambiarlo. ¿Y usted se va a quedar solo?

-Me quedaré solo realmente -contestó el doctor- a menos que tú y tu madre abandonen esta cabaña y quieran venir a mi casa para cuidarla.

Pedro miró con aire de duda el techo que estaba tratando de arreglar. Ya podría él poner tablas y tablas y más tablas, para después cubrir todo con papel embreado y luego mezcla, pero todo era inútil porque los cimientos de la casa estaban deshechos y ya no eran un sostén para las vigas principales. Sí, se dijo, es trabajo perdido el querer arreglar esto. Brígida, sería feliz cocinando para el doctor. Él mismo

se sentirla feliz de sentarse a la mesa del doctor, donde tantas veces lo había hecho en compañía de Heidi.

-Iremos -dijo bajando del techo.

-¡Espléndido! Pero antes debes ayudar al tío con su equipaje. Es muy pesado para que él lo lleve solo ... Pero... -añadió- no se lo digas.

Pedro comprendió. El tío del Alm se ponía melancólico cuando constataba que sus fuerzas disminuían. Esa tarde, Pedro anduvo dando vueltas por la casa de Dörfli, observando y esperando

-¿Puedo ir con usted a ordeñar las cabras, tío? -preguntó tan pronto como apareció el anciano.

-Buen día "general de las cabras". Por cierto que si, ven conmigo -declaró el tío del Alm de buen humor.

-Parece como si las cabras se hubieran bañado -observó el muchacho cuando los animalitos fueron sacados del establo.

-Tienen que estar limpias para saludar al sol, Pedro -replicó el anciano.- El sol se ha tomado el trabajo de preparar una nueva montaña para nosotros, con nuevo césped verde y fresco y brillantes flores, así como ha lavado la cabaña con nieve. Las cabras

y yo no podemos ir allá mañana para que el sol tenga que avergonzarse de nuestra presencia.

-Me gustaría ir mañana con usted. ¿Puedo ir preguntó Pedro.

-¿Y la escuela?

-¿Nunca se va a acordar usted de que yo va he terminado la escuela? De todos modos, mañana es domingo -agregó Pedro rápidamente.

-¡Muy bien -replicó entonces el anciano -si eso te hace feliz, puedes venir.

A la mañana siguiente, la pequeña cabaña del Alm abrió sus puertas y ventanas de par en par como si quisiera beber el sol temprano. Los días transcurrieron. La tibieza del sol de primavera despertó primero a las pequeñas gencianas azules, las que tienen la estrella blanca en el centro; después, una por una, todas las otras flores encantadoras fueron separando sus pétalos. Todas florecieron con sus brillantes colores mientras Pedro contemplaba el milagro, como siempre lo había admirado en todas las primaveras hasta donde le alcanzaba la memoria. No obstante, nunca había parado mientes en la verdadera belleza de aquella maravilla, hasta que Heidi se la señaló.

La hierba en las praderas se tornaba brillante y fresca, tendiéndose como un verdadero festín para las traviesas cabras.

Pedro se levantaba con el sol todas las mañanas y por la tarde cuando bajaba de la ladera encontraba al tío esperándolo, sentado en el banco ubicado junto a la puerta de la cabaña.

-¿No has visto al halcón, general? -preguntó ansiosamente una tarde el anciano.

-Sí, tío -respondió Pedro, lo veo muy a menudo.

-¿No ha conseguido robarte ningún cabrito?

-No, tío. Usted sabe que soy fuerte -contestó Pedro.- Si el halcón se acerca demasiado al rebaño, lo golpeo con mi cayado y le tiro piedras. Es lo bastante prudente como para mantenerse lejos.

-Eres más valiente que Gerard, el pastor de Ragatz. He visto a menudo a los halcones robando cabritos de sus rebaños. Pero, ¿con quién hablas tú allá arriba en el apacentadero?

-Se está burlando de mí, tío -replicó Pedro.

-Pero no -contestó el anciano.- Yo también estoy solo durante el día. A mí también me gusta una buena charla por la tarde. Si Heidi estuviese aquí iría a la montaña contigo y entonces no estarías solo

con las cabras y el halcón. ¡Cómo le gustaba ir allá arriba!

Pequeño Cisne y Osito, las cabras que eran propiedad del tío del Alm, sintieron la tristeza que había en su voz y fregaron los hocicos contra sus piernas como si quisieran decirle:

-Nosotras estamos aquí, nosotras estamos aquí. Ahora no estás solo.

El tío las acarició y después las obsequió con sal.

-A Heidi le gustaría darles de comer sal a las cabras otra vez -dijo suspirando.

Pedro pasó una mano por su pelo rizado, tratando de pensar en algo que pudiera decir a fin de distraer al abuelo conduciendo sus pensamientos hacia un tema más alegre. Pero toda su conversación acerca de las flores brillantes que se abrían en las praderas, acerca de la hierba verde y acerca de las cabras saltarinas, no traían sino la misma respuesta:

-A Heidi le gustaría volver a verlas.

El martes fue un día particularmente feliz para el tío del Alm. Ese día Pedro subía a paso firme la montaña, apretando en su diestra la carta que todos los domingos Heidi escribía para el -abuelo. En la

escuela no podía escribir cada vez que se le ocurría, sino, precisamente, los días domingos.

Muy a menudo, antes de que saliera el sol, el abuelo hacía la mitad del camino para encontrarse con el rebaño. No leyó la carta enseguida, sino que esperó a encontrarse cómodamente instalado en el banco junto a la puerta de la cabaña. Desde allí tenía a su disposición el espectáculo de todo el valle. Pensaba que de aquel modo podía ir al encuentro de Heidi con sólo seguir con la mirada la prolongación del camino que, torciéndose por entre las montañas, avanzaba hacia Lausana.

"Querido abuelo -decía la carta -estoy trabajando con toda dedicación para poder regresar pronto al hogar. Monsieur Rochat está complacido conmigo y lo mismo Mademoiselle Raymond, aunque simula que no sé pronunciar mis «r» correctamente. Te ruego que des un beso a Pequeño Cisne y a Osito en mi nombre. Bésalas con fuerza sobre el hocico y no olvides de darle sal a Jilguero cuando Pedro pase con el rebaño. Siempre tiene ese aspecto esbelto en demasía, que hace pensar como que necesita ponerse más fuerte.

"Muchas veces me inquieto por ti, solo allá arriba en la cabaña. Y deseo fervientemente estar allí contigo. Esta noche, cuando estés sentado afuera, en el banco, escucha el viento que corre por entre la copa de los árboles y acuérdate de mí. En ese momento estaré en la habitación de la torrecita tocando el violín para Monsieur Rochat. Pero me imaginaré que estoy en la cabaña contigo y será como si tocara para ti."

La carta continuaba tres hojas más, con una enorme lista de las cosas que se suponía que el tío debía atender en la cabaña. También quería Heidi que recogiera algunas flores montañosas, que las sacara y que se las enviara para decorar su habitación del mismo modo que habla decorado su dormitorio en el altillo. Decía que la escuela le gustaba. Pero el abuelo leyó entre líneas un gran sentimiento de nostalgia, así como una fuerza extraordinaria de espíritu.

El abuelo leyó muchas veces aquella carta durante la semana. Meditó cada frase, encantado cuando su pequeña se mostraba alegre y feliz y deprimido cuando le parecía que estaba triste.

Pedro no estaba contento. El rostro del abuelo comenzaba a tener un aspecto grisáceo. Los ojos perdían aquel brillo misterioso. Un martes, el abuelo no salió por el camino al encuentro del rebaño y Pedro se sintió alarmado. Corrió hacia la cabaña, pensando que seguramente algo le habría ocurrido, pero el anciano estaba simplemente sentado en el banco, esperando su arribo.

-¿Me traes una: carta, general?

-Sí, tío -replicó Pedro -pero usted tiene aspecto de cansancio. ¿Le sucede algo?

-No me sucede nada y no estoy cansado -replicó el anciano.- Es que ya soy muy viejo.

-Pero usted ha sido viejo mucho tiempo.

-Antes no sentía que era viejo -respondió el tío del Alm.- Ahora lo siento.

Llegó julio. La escuela de Dörfli fue cerrada por un tiempo y ahora el abuelo observaba todos los días las bandadas de jóvenes que trepaban por la falda de la montaña, para ayudar a sus padres en la cosecha del heno. Ya el abuelo había cortado por sí mismo las hierbas que crecían detrás de la cabaña, las había puesto a secar y, por fin, había llevado el heno a cuestras en grandes manojos hasta su pequeño granero. Habla estado escribiendo cartas muy

breves a Heidi, pero llenas de cariño y a menudo incluía en ellas flores secas de los Alpes.

Un día le dijo a Pedro:

-Lleva las cabras un poco más arriba hoy. Llévalas a la derecha de la gran roca, donde el pasto es más tierno y más sabroso. Asegúrate de que Pequeño Cisne y Osito se alimenten bien con ese pasto. Su leche va a ser especialmente buena y con ella haré un pequeño queso para Heidi. ¿No te parece que es una buena idea, general?

Pedro, como todos los pastores desde la antigüedad, compartía el gusto por el buen queso y, por lo tanto, aprobó de todo corazón.

CAPITULO 4

UN REGALO DEL ABUELO

SE ESTABA acercando el final de aquel curso en la escuela y algunas de las niñas estudiantes salían de vacaciones. Lise se iba al campo a pasar un mes con sus padres. Anne se iba a su casa en Bretaña. Eva iba a reunirse con unas amigas que pensaban pasar las vacaciones en las montañas. Pero Eileen, Heidi, Jamy y las dos chicas inglesas se quedaban en la escuela.

Ahora que Eva se había ido, a Heidi le hubiese gustado pasar a compartir su dormitorio con Jamy, que se transformó en su mejor amiga durante aquellos meses, pero no quería solicitar permiso para el cambio por miedo a molestar a Eileen.

Un día, cerca del comienzo de las vacaciones, recibió un pequeño paquete de Dörfli, hermosamente envuelto y atado con hilo. Las chicas se sintieron muy curiosas y trataron de enterarse del contenido.

-Es chocolate!

-No, se trata de un paquete redondo.

-Tal vez sea un ramo de flores. Deben estar bastante estropeadas.

-Están equivocadas. Estoy segura de que es una torta.

-¡Apúrate, Heidi! -rogaron a un tiempo.- Ábrelo y veamos quién tiene razón.

Heidi cortó el hilo y abrió el paquete. Ante el asombro de todas sus compañeras, allí se vio un queso de cabra, redondo y blanco.

-¡Queso de crema! -exclamaron arrugando la nariz.

-Huele mal -añadió una de las chicas inglesas.- ¡Pobre Heidi! ¡Tu abuelo debe haber pensado que estás muriéndote de hambre!

-Es un buen chiste -coincidieron todas comenzando a reírse.

Sólo Heidi no se ríó. Por un momento deseó poder arrojar al infortunado queso por la ventana porque todas su burlaban de ella. Pero inmediatamente

se sintió avergonzada de si misma. Su imaginación le presentó el cuadro de la pequeña cabaña en el Alm y a su abuelo trabajando en la gran olla de cobre. Recordó con que alegría trepaba ella a la silla que él le había hecho, cuando la llamaban a comer. Y generalmente, en aquel entonces no había otra cosa que pan duro, queso y leche de cabra para alimentarse. ¡Con qué apetito habían comido quesos como aquél tanto ella como Pedro cuando subían a apacentar las cabras en la montaña!

Las dos cabras del abuelo, Pequeño Cisne y Osito habían proporcionado la leche para hacerlo y el abuelo mismo la habla revuelto con su gran cuchara de madera hasta convertirla en una masa con la consistencia de la nieve.

Heidi confesó su gusto por aquel tipo de queso tan familiar.

-¡Buen provecho te haga! -se burlaron las compañeras.

Riendo y bromeando, dejaron la habitación sujetándose las narices.

-¡Puf! ¡Qué olor!

-¡Pronto! ¡Necesito aire!

-¡Abre la ventana y deja que entre el viento!

-Yo no quiero permanecer en esa habitación. Probablemente va a querer guardar ese queso de recuerdo y yo no puedo soportar semejante aroma -declaró Eileen.

Todas dejaron de reír. Edith, tan cortés, tan elegante, tan refinada que todas la copiaban, miró a Eileen con sorpresa.

-Pero, Eileen, espero que no hables en serio. Nosotras estábamos bromeando.

-¡Oh, tú puedes hablar! Heidi no está en tu habitación -replicó Eileen.

-Si no estuviera con Molly, a quien conozco de hace tanto tiempo, me encantaría compartir el dormitorio con Heidi -replicó Edith calurosamente.

-Bueno, pues yo no -soltó Eileen.- Ya tengo bastante de ella. Le voy a pedir a Mademoiselle Larbey que me cambie de habitación.

-¡No serás capaz!

-Por cierto que sí. ¡Ya verás!

La campana de clase sonó y puso término a la conmoción. A pesar de estar en vacaciones, las alumnas estudiaban todos los días entre cinco y seis y media de la tarde. Se pusieron en marcha hacia sus clases, con el aire de quien ha participado en un acontecimiento desagradable.

Heidi parecía especialmente triste cuando entró en la sala de música donde la estaba esperando Monsieur Rochat.

-¿Qué sucede, Heidi? -preguntó el profesor con profunda inquietud.- ¿Has recibido malas noticias de Dörfli?

-Gracias a Dios no -respondió Heidi.- El abuelo y el doctor están bien y Pedro y su madre son muy felices en casa del doctor.

-Entonces debe ser aquí donde algo no anda bien -persistió el profesor.

Monsieur Rochat no le hizo más preguntas, pero resolvió íntimamente aclarar aquel misterio. Sentía un gran afecto por Heidi y no podía soportar la idea de verla triste.

Después de la clase se fue a la biblioteca como era su costumbre, para aguardar la hora de la cena. Allí encontró a un grupo de profesoras hablando excitadas y moviendo la cabeza en una y otra dirección. Ahora estaba seguro de que algo sucedía. ¿Pero qué?

-Es inconcebible -estaba diciendo la directora en tono de indignación.

-Alguien podría suponer que mis estudiantes se están muriendo de hambre porque no les doy lo

bastante para comer. ¿Qué pensará la gente de mi escuela? No sé qué es lo que debo hacer.

La directora se apretaba las manos trágicamente. -¿Qué se puede hacer? -preguntaba Miss Smith en tono igualmente trágico.

Algo había sobre la mesa de la biblioteca. Todas estaban examinando aquello, pero el profesor desde su rincón, no alcanzó a ver de qué se trataba.

-A mí me parece que la cuestión no consiste en saber qué es lo que se hace con... con esta... atrocidad -señaló Mademoiselle Raymond- sino en saber qué se hace con Eileen. No quiere permanecer en el mismo dormitorio con Heidi.

-¡Ah! ¡Bien que puedo comprenderlo! -suspiró la directora.- ¡Una criatura tan delicada, tan sensitiva! ¿Cuál es su opinión de todo esto, Miss Smith? ¿Qué habitación podríamos darle a Heidi? Por cierto que nadie va a querer estar con una aldeana que guarda queso de cabra en su habitación.

Monsieur Rochat había escuchado hasta aquel momento sin comprender. Ahora entendió todo. Sus labios se torcieron un poco pero no dijo nada.

-Es imposible dormir en la misma habitación con Heidi -opinó la profesora de inglés- si es que insiste en conservar ese queso. No sería saludable.

-Pero de todos modos -la interrumpió Fráulein Feld -la niña no es responsable por ese extraordinario regalo.

El profesor de música se había acercado un poco más, sus labios aún torciéndose bajo su bigote.

-Y usted, Monsieur Rochat, ¿qué piensa de este asunto? -preguntó la directora por fin.

-No tengo nada que decir, al menos por el momento -replicó el profesor.

-Haga venir a Jamy, a Edith y a Molly. A ver si arreglamos esto en alguna forma -dijo Mademoiselle Larbey después de una pausa.

Fráulein Feld se apresuró a ir en busca de las aludidas. Las tres estaban en el dormitorio de las niñas inglesas, sosteniendo una acalorada discusión.

-Señoritas -comenzó la directora cuando Fráulein Feld las hubo conducido a la biblioteca- ustedes saben lo que ha sucedido. Vuestra compañera Eileen rehusa continuar albergándose en el mismo dormitorio con Heidi. ¿Alguna de ustedes tendría inconveniente en compartir su habitación con Eileen?

Por un momento se produjo un profundo silencio, después Edith levantó la vista del suelo Y dijo:

-Mademoiselle, ¡a cualquiera de nosotras le gustaría compartir la habitación con "Heidi"!

Y pronunció con fuerza el nombre de Heidi.

Después habló Jamy.

-Molly y Edith son amigas. Mientras Eva está de vacaciones, yo me encuentro sola. ¿No podría Heidi venir a mi dormitorio?

-Bien, decidiremos eso mas tarde -manifestó la directora un poco desconcertada.- Pueden irse ahora.

Se volvió a Monsieur Rochat, quien había estado gozando profundamente de la pequeña escena.

-Ya ve usted que tenía mis razones para no intervenir. Todo se ha arreglado maravillosamente por si mismo.

-Usted puede pensar eso -replicó la directora -pero "nada" se ha arreglado. ¿Qué le voy a decir a Eileen? ¡Se le destrozará el corazón, pobre niña! -añadió en un tieso intento de simpatía.

-Posiblemente, pero le hará un bien al mismo tiempo -opinó firmemente el profesor.- ¿Alguno ha pensado en el corazón de Heidi?

Las profesoras se miraron unas a otras, confundidas y el profesor abandonó la biblioteca riéndose para sus adentros.

Cuando se encontró con Heidi a la hora de la cena, Monsieur Rochat la llamó aparte y le habló con dulzura:

-He oído decir que has recibido una especialidad de Dörfli, un hermoso quesito. ¿Podremos probarlo? Estoy seguro de que tus compañeras jamás lo han gustado y en cuanto a mí, te aseguro que no lo he podido hacer muy a menudo.

Heidi se sonrojó, mirando a las chicas que estaban ya sentadas a la mesa. Por todas partes vio sonrisas de animación y, una vez más, Edith habló por las otras.

-Déjanos que lo probemos, Heidi -rogó.

Todos, excepto Eileen, que no lo habría probado por nada del mundo, comieron un pedazo de "aquella especialidad de Dörfli". Algunas lo encontraron delicioso y los demás hicieron lo posible para simular que les gustaba.

Heidi se dio cuenta cuando se trató de una simple cortesía, por el tono de las voces, y no pudo menos que sonreír al ver la cara con que Molly, reuniendo todo su valor, trataba de terminar su parte.

Después de la cena, Mademoiselle reunió a las chicas en la sala.

-Eileen -dijo -hemos decidido permitirte que tengas una habitación sola. Ninguna de las chicas de tu clase quiere compartir la habitación contigo. No obstante, todas han expresado su deseo de compartirla con Heidi. Me parece a mí que se trata de algo que comprenderás mejor si lo reflexionas un poco. Más tarde hablaré contigo en mi despacho. Puedes venir a las ocho y media. En cuanto a ti, Heidi, puedes mudarte a la habitación de Jamy y llevarte lo que ha quedado de tu quesito de cabra.

-¡Oh, gracias, Mademoiselle! -exclamó Heidi agradecida.

-¡Heidi!

-¡Jamy!

Las dos niñas se abrazaron.

Heidi no pudo decir nada más, pero sus ojos se llenaron de lágrimas de alegría y felicidad.

CAPITULO 5

UNA CARTA A LA DIRECTORA

CUANDO el doctor encontró a Pedro en la aldea, le pidió noticias del tío del Alm, que estaba en la montaña.

-Está muy triste -suspiró Pedro.

-¿Triste? ¿Por qué? -preguntó el doctor sorprendido.- ¿Qué es lo que te hace pensar que está triste?

-Está triste porque está solo -respondió sencillamente Pedro.

-Pero eso es justamente lo que él quería -explotó el doctor.- ¿No crees que hice todo lo posible para evitar que se fuera solo a esa cabaña?

Está triste porque extraña a Heidi -añadió Pedro.

-¿Cómo sabes eso? -preguntó el doctor.

-Porque lo sé -replicó Pedro.

-Eso no es una respuesta -declaró el doctor impaciente.- Ven aquí: ¿qué es lo que anda mal?

Pedro pensó un momento antes de responder.

-El tío jamás se ríe. Se sienta en su banco y cuando yo paso con él rebaño, me dice: "A Heidi le gustaría ir contigo a la montaña hoy", Algunas veces dice como para sí mismo: "Es mejor que no venga tal vez... pero no estoy seguro".

-Gracias, Pedro, iré yo mismo a verlo.

A la mañana siguiente, a eso de las diez, cuando el doctor llegó a la cabaña, el banco estaba vacío. Tal vez el tío del Alm estaba en la parte de atrás de su cabaña arreglando sus herramientas. Pero tampoco estaba allí. Sintiendo inquieto, el doctor entró a la cocina y lo que vio le hizo permanecer inmóvil por un instante. El anciano estaba sentado frente a la mesa, la cabeza apoyada sobre los brazos doblados. Parecía dormido.

-Buenos días, tío. No me ha oído llegar -dijo el doctor.- Espero no haber venido a molestarlo.

-Oh, amigo mío! ¿Es usted? -exclamó el anciano irguiéndose.- Es usted muy bienvenido. ¿No tiene noticias de nuestra pequeña Heidi esta semana?

Y allí comenzó nuevamente con su tema favorito.

-¿No le ha contado su última aventura? Escribe que todas las niñas han ido a la ciudad y se detuvieron frente a una vidriera para contemplar un cuadro que representa las montañas. Heidi se quedó tan -absorta mirándolo, que no oyó a Mademoiselle Raymond que las llamaba y de pronto se encontró sola. Pero en lugar de regresar enseguida a la escuela, confiesa que se quedo un largo rato mirando el cuadro porque le recordó su casa. Después anduvo por toda la ciudad. Heidi ha tomado esas ideas independientes de Pequeño Cisne y de Osito, pero yo me alegro, en medio de todo, de que sea capaz de encontrar su camino cuando se pierda, aun en la ciudad. Tengo su última carta justamente aquí -añadió sacándola del bolsillo y depositándola en la mesa.- Parece que le encanta la clase de costura y bordados y se propone aprovechar las lecciones como para venir a enseñar a las niñas de Dörfli a coser. Podría utilizar la habitación grande de su casa, doctor, para su clase... Esa habitación grande que hay debajo del techo mismo y que no se usa para nada. ¿Qué le parece?

El solo pensamiento de Heidi hacia brillar sus ojos de felicidad. Estaba orgulloso de la inteligencia de su nieta y de su espíritu de independencia. Ahora

miraba maliciosamente al doctor, seguro de la aprobación.

-¡Transformar mi laboratorio en un cuarto de costura! -exclamó el doctor.- ¿Y yo? ¿Adónde iré con mis frascos y mis tubos de ensayo? ¡Tal vez pretenda usted que aprenda a coser yo también bajo su experta dirección! Los chicos son una prueba muy severa, tío. Tendré que mudarme al sótano.

Hablaron por horas del plan de enseñanza de costura de Heidi. Hablaron también de su música y acerca de las amigas que había hecho en la escuela. Los ojos del abuelo estaban muy brillantes mientras conversaba, pero cuando el doctor se levantó para regresar a Dörfli, pareció deprimirse.

-Me daría más tiempo -le dijo el buen amigo -pero ya son las cuatro de la tarde y he prometido ir a ver al viejo Seppeli. El pobre se está acercando al fin.

-Seppeli y yo somos de la misma edad -musitó el tío del Alm. Los dos teníamos veinte años cuando nos encontramos por primera vez allá en el valle...

Pareció como que tenía algo más que decir, pero se contuvo, perdido en medio de sus pensamientos. Tal vez estaba pensando en su juventud perdida, en sus padres desaparecidos tanto tiempo atrás, o en

los años que había pasado como un ermitaño solo en aquella cabaña, antes de la llegada de Heidi. Después de permanecer un largo rato en silencio, dijo en voz muy baja:

-Sí somos de la misma edad y él está llegando a su fin ...

Ahora el doctor sabía lo que estaba pasando por la mente del anciano.

Después que hizo la visita prometida al vicio Seppeli, el doctor se apresuró a llegar a su casa y escribió la siguiente carta:

“Mi estimada Mademoiselle:

“Tuve el propósito de dejar a mi ahijada, Heidi, para que pasara las vacaciones en la escuela, a fin de aprovechar más sus lecciones de música. Descubro ahora que debo cambiar los planes. El abuelo de Heidi la extraña muchísimo. Es un hombre entrado en años Y creo que no tengo derecho de privarlo por más tiempo de su adorada nieta. Por lo tanto le ruego que disponga lo necesario a fin de que la niña pueda hacer el viaje a Dörfli por el mes de agosto. Estoy muy atareado para ir a buscarla yo mismo y le quedaría muy agradecido si puede enviarla con al-

guien hasta Maienfeld, si es que no es posible hasta Dörfli.

“Sé que Heidi quiere mucho a su compañera Jamy y nos encantaría tener a esa niña también como huésped durante unas semanas. Usted me conoce lo bastante como para poder recomendarme a sus padres.

“Agradecería muchísimo su cooperación en cuanto pueda facilitar el pronto viaje de las dos niñas.

“Con toda consideración, reciba usted mi cordial saludo,

Doctor Reboux.”

La carta llegó a la escuela el sábado, por la tarde, en el correo de las cinco. Heidi estaba esperando en la entrada con Jamy cuando llegó el cartero.

-¿No hay nada para mí? -preguntó.

Desde que las otras niñas estaban de vacaciones, el cartero se había tornado más amistoso. Tal vez sentía un poco de pena por aquellas que habían tenido que quedarse en la escuela. De modo que, contra las órdenes estrictas de Mademoiselle Larbey, mostró a las niñas un montón de cartas dirigidas a la escuela.

-¡Una carta de mi padrino el doctor! ¡Y está dirigida a la directora! Es extraño. ¡Y nada para mí! -exclamó Heidi reconociendo la letra tan familiar a ella.

-Una tarjeta postal de mamá -comentó Jamy.- Está en la costa con unas amigas... amigas de ellas, no mías.

Después de un instante de silencio, Jamy continuó:

-Es muy amable al mandarme una fotografía del hotel, sin duda el mejor que hay allí. Tiene planes hechos para el otoño y no podrá venir a verme. Pero no importa, ya estoy acostumbrada.

Hablaba en voz muy baja y conmovida, que no concordaba con las palabras que decía. Heidi, que estaba pensando en la otra carta que había visto, sólo escuchaba a medias a su amiga, pero de pronto, sorprendida por el tono, levantó la cabeza. Jamy nunca hablaba de su familia y Heidi solamente sabía que su padre estaba en el servicio diplomático.

-¿Qué sucede, Jamy? -preguntó.- Si tu madre no viene es porque realmente tiene algo muy importante que hacer. Seguramente la verás para el día de Navidad.

-No -replicó Jamy.- Para ese entonces ya tendrá otra excusa para no venir y yo saldré para Inglaterra el año que viene, sin pasar por mi casa y sin tener oportunidad de ver a nadie de mi familia, ni siquiera a mi padre o a mi hermanita.

Heidi estaba asombrada. ¿Era posible tener una mamá y sin embargo no tenerla? ¿Era posible carecer del cariño maternal y sin embargo no ser huérfana? Heidi sabía bien lo que significa que nadie quiera a una niña, por los años que había vivido con su tía Dete, antes de que ésta la llevara a la cabaña del tío del Alm, su abuelo. Significa que a nadie le importa si come o no; a nadie le importa si los ojos están enrojecidos o si tiene mal aspecto; nadie que la oiga toser y se preocupe por ello; nadie que le hable cariñosamente, que vaya a la habitación, que abra las persianas, que se incline sobre la cama para darle un beso de las buenas noches. Comprender que a pesar de los catorce años con que se cuenta se es una criatura que necesita cariño y protección. ¡Pobre Jamy! Tal vez no hubiera nadie en el mundo que se interesará por ella especialmente... Y tal vez ésta fuera la razón por la cual Jamy estaba siempre tan triste. Heidi pasó su brazo en torno al cuello de su amiga Y le dijo afectuosamente:

-Jamy, me voy a quedar en la escuela por las vacaciones yo también. Hace tiempo estaba rogando para que me hicieran ir a mi casa, pero ahora me doy cuenta de que el buen Dios sabe cuándo es mejor no acceder a lo que le piden. Ahora estoy contenta de tener que quedarme.

-¿Pero por qué, Heidi?

-Tú me necesitas aquí -replicó Heidi.- No tendrías con quién hacer cosas si no fuera por mí. Pero juntas podremos pasar una hermosa temporada. Podremos hacer viajes a la montaña con Monsieur Rochat. Primero iremos a las Rocas de Nave y pasaremos la noche en el "chalet" de Sauaodoz, como para que podamos ver desde allá la salida del sol. ¡No tienes idea de lo hermosas que se ponen las montañas cuando sale el sol! Y encontraremos toda clase de flores silvestres. Después cruzaremos el lago en lancha y subiremos al Diente de Oche. Monsieur Rochat tal vez pueda llevarnos hasta el Hospicio de San Bernardo y en ese caso podremos ver el monumento de la Marcha de Napoleón a través de la montaña con su ejército. Los monjes viven allá arriba todo el año, con aquellos perros enormes que van por la nieve salvando a los viajeros perdidos. Han salvado ya muchísima gente de la que se

aventura a cruzar el pico durante la época de la nieve. Además hay montones de otras cosas para ver: los precipicios de Bex, la gruta encantada de San Mauricio. ¡Ya verás que tendremos un hermoso verano sin que nos sintamos nostálgicos ni una sola vez!

Heidi se mostraba tan entusiasta, que Jamy se sintió contagiada y su espíritu se alegró.

-¿Qué es eso de la gruta encantada?

-Es un largo corredor en la montaña, que conduce a un lago Interior. Monsieur Rochat me contó sobre eso. La entrada es muy pequeña, muy estrecha. Se llega a ella trepando por una ladera sobre el río Rhone y hay una casita prendida allá en las alturas para las monjas. Hay guías que te llevan. Te dan una lámpara para que la enciendas cuando entras al corredor, que es oscuro -explicó Heidi.

-¿Y las hadas?

-No puedes verlas, pero puedes oír las -respondió Heidi misteriosamente.- Tienen su albergue en lo más profundo de la montaña y nadie sabe cómo se puede llegar allí. Si pones la oreja contra el muro de piedra oyes el sonido de un tambor. Dicen que es el toque de atención para los curiosos que pretenden

acercarse a su retiro. Monsieur Rochat lo ha escuchado claramente.

-Tú crees en las hadas, Heidi? –preguntó Jamy que para aquel momento ya había recobrado su espíritu.

-No exactamente, pero mi abuelo conoce muchas leyendas y relatos mitológicos... y te confieso que me encanta oírlos.

-A mí me encantan también las leyendas.

-Tal vez en alguna ocasión puedas venir a Dörfli a visitarme y entonces puedas oír esas leyendas.

-Tú no vas a vivir en Dörfli toda tu vida ¿no es cierto?– dijo Jamy mirándola sorprendida.

-¿Por qué no?– quiso saber Heidi.

-Después de un tiempo te sentirás solitaria y pensarás que estás encerrada con respecto al resto del mundo... como un monje... o como una monja.

-¡Encerrada en esas montañas! ¡Nunca! –exclamó Heidi.- No hay nada que me haga más feliz en el mundo, que ir con Pedro a las cumbres cuando lleva sus cabras. Puede que pienses que soy rara, Jamy, pero cuando encuentras algo como eso, no quieres perderlo. Al contrario, quieres conservarlo para siempre.

-Pero ir de nuevo a las montañas- protestó Jamy -no es... “útil”. ¿Qué vas a hacer con tu educación?

-La abandonaré- replicó Heidi con ligereza.- Enseñaré a todos los chicos de Dörfli todo lo que aprenda aquí en Lausana: a coser, a cocinar, a tejer y tal vez aun a pintar y a tocar el violín. ¡Oh, ya verás! No estaré ociosa. Hasta es posible que mande a buscarte para que me ayudes.

-Me encantaría ir... aunque... por un tiempo -dijo Jamy.- Pero no creo que papá me permita estar allí. Tiene sus ideas con respecto a la vida social y a la gente con quien una debe relacionarse. Supone que yo lo voy a ayudar en la embajada cuando haya aprendido a hablar francés e inglés correctamente. Y después tendrías que venir a visitarme en Budapest, en Viena o en Berlín. Tal vez en París o en Londres.

-Tal vez -respondió pensativa Heidi -. Monsieur RoCHAT dice que yo tendría que ir a París si es que quiero continuar mis estudios de violín pero no estoy segura del todo sobre si deseo ir a París, mientras que los que más quiero en el mundo se encuentran en Dörfli.

CAPITULO 6

BUENAS NOTICIAS

MIENTRAS Heidi y Jamy todavía estaban conversando en el portón de la entrada, Mademoiselle Raymond apareció en el otro extremo del sendero y llamó a Heidi con un gesto de la mano, sin levantar la voz. Jamás levantaba la voz sucediera lo que sucediese.

-Heidi, Heidi, ¿dónde estás? ¡Ah, aquí estás!

Llegó hasta el portal y preguntó muy preocupada:

-¿Tu aldea está a gran altura en la montaña? ¿Se sube allí a pie o en mula? ¿A cuántas horas se encuentra desde Maienfeld?

-Para usted, Mademoiselle, serían unas ocho horas -replicó Jamy.

-¡Jamy, no seas atrevida! -reprochó la profesora.-
Heidi, contéstame!

-Discúlpeme, Mademoiselle -respondió suavemente Jamy.- Heidi y yo estábamos hablando de nuestros proyectos para las vacaciones y me sentía tal vez excesivamente alegre.

-Creo que, a pie serían unas dos o tres horas -respondió a su vez Heidi.

-¿A pie, dices? -exclamó Mademoiselle Raymond.- Tiene que haber una forma más fácil.

-Si -coincidió Heidi -se puede tomar la diligencia del correo en Maienfeld.

-¿Hay una diligencia postal? ¿Por qué no me lo dijiste enseguida -Gracias a Dios!

Mademoiselle Raymond suspiró evidentemente aliviada. Entretanto Heidi esperaba llena de curiosidad su explicación. Cuando vio que la profesora se daba vuelta para alejarse sin pronunciar una sola palabra más, corrió tras ella diciendo con toda cortesía:

-Perdóneme, Mademoiselle, pero puedo preguntarle el porqué de esa pregunta? -¿Se propone usted pasar sus vacaciones en Dörfli, -preguntó riendo Jamy.

-No lo permita Dios! Te muestras muy traviesa hoy, Jamy. Encuentras un placer especial en hacerme bromas -se quejó la vieja profesora.- Es que tendré que hacer un viaje a Dörfli y yo no soy tan joven como ustedes.

Jamy se sintió inmediatamente avergonzada de su propia malicia y no dijo nada más, pero Heidi hervía de impaciencia y curiosidad.

-Por qué tendrá usted que viajar a Dörfli preguntó. ¿Le ha sucedido algo a mi abuelo ¿Se ha enfermado alguien?

-No te preocupes, niña. Tu abuelo y tu padrino y todos tus amigos de Dörfli, en cuanto a mis noticias se refiere, se encuentran bien. No he tenido intenciones de alarmarte.

-¿Pero qué es lo que ha sucedido? -persistió Heidi.

-Madeimoiselle Larbey te lo dirá cuando ella crea que ha llegado el momento de decírtelo.

Y con estas palabras dejó a las dos niñas intrigadas y más asombradas que nunca.

-Jamy, ¿qué piensas de todo esto?

-Pues nada bueno -manifestó Jamy.- Tengo la impresión de que te mandan a buscar. Me parece

que todos nuestros planes se han estropeado y tendré que quedarme sola aquí todo el verano.

-¿Crees realmente que es sobre eso que mi padrino le ha escrito a la directora?

-Estoy segura. Probablemente sea Mademoiselle Raymond quien debe acompañarte hasta Dörfli y es por eso que se encuentra tan preocupada. Espero que pases al menos tú unas buenas vacaciones.

Heidi permaneció en silencio. Ansiaba volver a ver a su abuelo y al doctor. Sabía que Pedro la echaba de menos y esperaba día a día que ella fuese a acompañarlo, con el rebaño hasta la montaña. Pero ella no deseaba dejar sola a su amiga. ¡Pobre Jamy! ¡Que nadie se ocupara de si pasaba una buena temporada o no!

Heidi le tomó la mano y juntas regresaron hacia el edificio de la escuela. Heidi descubrió, al ir a hacer su hora de práctica con el violín, que la música tenía un tono dulce pero triste. Era como si las montañas y el lago la llamaran al mismo tiempo... Jamy y su propia familia reclamando su presencia.

-Estás tocando muy bien -observó Monsieur Rochat.

Pero Heidi sentía que no estaba tocando ella misma. Era su violín. Todavía se encontraba sumer-

gida en el hechizo de su propia música, cuando Mademoiselle Larbey llegó hasta ella y le dijo:

-Niña, tengo un mensaje para ti de parte de tu padrino. ¿Quieres venir a mi despacho, Jamy echó una mirada a su compañera como si quisiera decirle:

-Por fin vas a saber qué es lo que decía en esta carta.

Heidi estaba silenciosa y subyugada por sus emociones cuando seguía a la directora por el largo corredor hasta el despacho.

Diez minutos después salió corriendo de allí y rápidamente cerró la puerta. Después corrió. Atravesó el vestíbulo y trepó las escaleras como una ágil cabrita montañesa.

Irrumpió en su dormitorio y gritó:

-¡Jamy! ¡Jamy! ¡Me voy a Dörfli por el mes de agosto y tu vienes conmigo! El doctor se lo pidió a Mademoiselle Larbey, y ella telegrafió a tu padre, y tu padre ha otorgado el permiso. ¿No es maravilloso? ¿Dónde está mi maleta? ¿Qué necesito llevar? No mucho, de todos modos, porque tengo trajes mucho más apropiados en casa.

Jamy se apoyó contra la pared, aturdida. Por un momento no pudo moverse ni hablar.

Heidi la sacudió por los hombros y repitió:

-Tú vienes conmigo, ¿no entiendes? Salimos mañana por la mañana. Mademoiselle Raymond nos llevará hasta Dörfli, donde nos espera el doctor. Probablemente pasemos la noche en su casa y pasado mañana a la mañana iremos a la cabaña del abuelo en la montaña con Pedro y las cabras. ¿Por qué no dices alguna cosa? -preguntó Heidi por fin.- ¿No estás contenta?

-Me siento demasiado feliz para hablar, mi queridísima Heidi -fue la respuesta.

Poco tiempo después Jamy recobró la voz y ya nadie pudo impedir que hablara sin cesar. Durante toda la tarde las dos niñas trataron de hablar por encima de la conversación de la otra mientras preparaban sus maletas.

Si Jamy hubiese escuchado a Heidi, no habría empacado más que una poca ropa interior y un solo vestido de lino. Parecía como que la gente de Dörfli no usara ni zapatos, ni sombreros, ni tapados de ninguna naturaleza.

Afortunadamente, Mademoiselle Raymond supervisó las valijas. A las diez y media de la noche el equipaje fue llevado al vestíbulo y se produjo un relativo silencio en el dormitorio, aunque de tanto

en tanto ciertos murmullos iban de una cama a la otra.

-¿Te acordaste de mi bastón de alpinista?

-¿Dónde pusiste mis chinelas?

-¿Habrá tarjetas postales en Dörfli para que pueda mandarles a papá y a mamá?

A medianoche todo estaba en calma y silencio, salvo la suave respiración de las dos niñas.

Pero todos en la escuela no estaban durmiendo. En su pequeña habitación en el piso más alto del edificio, Mademoiselle Raymond yacía despierta e inquieta. La directora le había pedido que llevara a las dos alumnas hasta Dörfli; sería imposible regresar en el mismo día, de manera que probablemente tendría que pasar la noche allí. Para la pobre mujer, aquello era una verdadera calamidad, una desgracia, casi una catástrofe. Ya no era joven y por lo tanto la aterrorizaba la idea de tener que hacerse responsable de dos niñas enloquecidas. Recordaba muy bien un viaje al Simplón del año anterior, cuando se empapó hasta los huesos y tembló permanentemente de frío. Con un profundo suspiro había empacado sus pesados zapatos con clavos en las suelas, un camisón muy grueso, una capa amplia y un sombrero de fieltro, también planeaba llevar un enorme

paraguas. Cuidadosamente habla envuelto un chal de lana, un sacón de franela y un abrigado gorro de dormir... ¡No porque usara siempre gorro de dormir! Es que no deseaba correr riesgos con los peligrosos aires de la montaña.

CAPITULO 7

NUEVAMENTE EN EL HOGAR

ERA UNA placentera tarde de verano cuando, a hora todavía temprana, las dos chicas salieron de la estación de Maienfeld y tomaron el estrecho camino que subía suavemente al principio para, después, hacerse más y más empinado a medida que se acercaba a Dörfli.

Después de todas sus tribulaciones, Mademoiselle Raymond no iba subiendo aquella ladera. Luego de asegurarse de que las dos niñas alcanzarían la pequeña aldea antes de oscurecer y que no corrían el menor riesgo en el camino, se quedó en la estación esperando agradecida el próximo tren para Lausana.

En el primer recodo del sendero, Heidi y Jamy se detuvieron para contemplar el espléndido panora-

ma. Desde allí podían divisar toda la ciudad de Maienfeld, con sus extrañas casas bajas, sus elevados campanarios y sus calles afanosas. Una bandada de gansos se dirigía a su retiro; carros tirados por bueyes avanzaban perezosamente. De vez en cuando veían algún carruaje espléndido, tirado por caballos y a la distancia de pronto, el silbido de la locomotora de un tren que partía y poco después el penacho de humo blanco que denunciaba su avance por el valle. En las afueras de la ciudad, ricos campos de pastoreo llenos de vacas y cabras; después, rocas y bosques de pinos, con más rocas y bosques de pinos en ascensión.

-La vista no es tan alegre desde aquí -observó Jamy mientras subían.

-¡Espera!

Cuando llegaron a una determinada altura, el aire comenzó a hacerse más picante, trayendo el perfume de hierbas y flores. Los prados eran una fiesta de colores.

Después, al volver un codo del camino, se encontraron de pronto frente al Falknis, iluminado por los últimos rayos del sol. Se elevaba por sobre los demás picos, majestuoso e imponente, como se

reflejara la gloriosa brillantez del cielo en su cumbre cubierta de nieves eternas.

Heidi se detuvo en medio del sendero y lágrimas de emoción llenaron sus ojos a la vista de sus amadas montañas.

-¡Qué hermoso es! -exclamó Jamy.- Hasta la nieve allá arriba parece estar incendiada. ¡Ahora sí que entiendo tu profundo amor por los Alpes, Heidi!

Permanecieron contemplando el firmamento hasta que el esplendor se desvaneció. Entonces se dieron cuenta de cómo había transcurrido el tiempo echaron a andar más y más rápido, con el propósito de llegar a la aldea antes de que oscureciera por completo.

De pronto Jamy se detuvo sin aliento y se llevó las manos a la garganta.

-¡Oh, Heidi! -exclamó.- ¡He perdido algo!

-¡Tu cruz de oro! -gritó Heidi viendo que faltaba la cinta que la sostenía del cuello de su amiga.

Jamy usaba generalmente una sencilla cruz de oro pendiente de una estrecha cinta de terciopelo ya bastante gastada. Aparentemente la cinta se había terminado por cortar y la cruz desaparecido.

-¡Es una pérdida que me duele más que cualquiera otra en el mundo! -gimió Jamy.- Era de mi

abuela y ella me la regaló pidiéndome que la usara siempre. Mi abuela fue muy buena conmigo, lo mismo que tú dices que tu abuelo lo es contigo, pero ella no está en este mundo ahora y la cruz era todo lo que tenía como recuerdo. ¡Oh! ¿Qué puedo hacer? ¡Mi hermosa cruz!

E inmediatamente Jamy quedó envuelta en lágrimas. Se sentó en una roca que estaba en el borde del camino y lloró como si el corazón se le destrozara. Heidi trató de consolarla como pudo y a pesar de que buscaron por todos los alrededores, no pudieron encontrar la joya. Retornaron hasta Maienfeld buscándola y regresaron, todavía buscando. Pero no había trazas de la cruz ni de la cinta que la había sostenido.

-Es inútil -manifestó Jamy por último.- Ha desaparecido y jamás la encontraré. No diré ni pensaré más en ella, para no estropearme las vacaciones.

La simpatía de Heidi, en esta oportunidad, fue una simpatía silenciosa mientras subían y subían por el sendero. Las dos se sentían muy cansadas Y muy deprimidas cuando, desde una buena distancia más arriba, llegó el sonido de un cantar tirolés muy alegre. Las chicas levantaron su linterna y miraron, pero no pudieron ver a nadie, sólo el camino

zigzagueante detrás de grandes matorrales y las rocas sobresalientes. Después, una cantidad de formas en movimiento aparecieron entre las matas confusas, mientras la canción crecía y crecía en poder.

-¡Mira, Heidi! ¡Oh, mira! ¡Aquí y más allá! ¡Oh! ¿Qué es eso? -exclamó Jamy deleitada olvidando su joya perdida y señalando muy excitada.

Antes de que Heidi pudiera volverse, cuatro cabras dieron la vuelta para tomar el camino hacia abajo. Detrás de ellas venían otras y otras más. Cada una tenía una campanita colgada del cuello y el tintineo se multiplicaba por todas partes. En aquel momento, el pastor apareció a la vista, bailando en medio de un grupo de traviesas cabras y cantando no en su lengua nativa sino en francés y con todo el poder de sus pulmones:

"Arriba en la montaña hay una casita nueva porque Jean, tan valiente y tan constante, la ha hecho con sus manos. Arriba en la montaña hay una casita nueva.."

Después de aquello hubo un estribillo tirolés. El cantor brincaba y bailaba con los pies desnudos, tan vivamente y con tanta agilidad como las caprichosas

cabras y en un instante se acercó al lugar donde se encontraban las dos niñas.

-Buenas noches -saludó alegremente.

Pero enseguida hizo una pausa y se quedó mirando. Heidi lo reconoció primero y de un salto cayó en sus brazos.

-Pedro!

-¡Heidi! -exclamó el pastor.- Jamás se me ocurrió que podría encontrarte aquí. Mi madre y el doctor las están buscando desde hace horas.

-Se nos hizo tarde -comenzó Heidi, pero distinguió el gesto de silencio que Jamy hizo llevando un dedo a los labios, como si quisiera decir: No se lo digas. Es inútil estropearlo todo por una joya que se ha perdido.

-Se nos hizo tarde. ¿Y tú, Pedro? -preguntó Heidi enseguida.- ¿Por qué tienes que hacer ahora todo el trayecto hasta Maienfeld?

-He agregado algunas cabras a mi rebaño -replicó el muchacho.- Pertenecen al maestro de la escuela y las traigo y las llevo a su establo en Maienfeld. Esta pequeña es demasiado chiquita para el viaje completo -añadió tomando en sus brazos a una cabrita blanca y rascándole la cabeza.- Pobre Meckerli

-continuó dirigiéndose a la cabrita -¿el día es muy largo para ti? ¿La montaña demasiado empinada

-¿Cómo le has llamado a la cabrita? -preguntó Jamy acercándose a Pedro.

-Meckerli -replicó el mozo.- Quiere decir "la pequeña que bala". Todas las cabras tienen nombre y cada nombre tiene un significado.

-Heidi me contó de Pequeño Cisne y de Osito, las cabras de su abuelo. ¿Están ésas en tu rebaño?

-Ahora no -contestó Pedro -pero mañana a la mañana, si vas a la montaña con Heidi, las verás.

-¡Me encantará ir! -exclamó Jamy.- ¿Puedo ir yo? ¿Y querrás cantar toda la letra de esa preciosa canción de la casita?

-Si es que Heidi lleva su violín.. .

-Tú sabes que lo llevaré, Pedro -interrumpió la aludida.- Yo te enseñé esa canción, ¿no es así? ... Cuando tú y yo estudiábamos francés con el doctor. Y por otra parte siempre he tocado el violín cuando me lo has pedido.

-Eso era antes de que te fueras a la escuela -fue la breve réplica.

-¡Bueno! ¿Tú crees que yo deseaba irme? Eso fue porque el maestro de la escuela de aquí era tan cruel. Pedro -añadió ansiosamente -¿no ha cambiado?

El muchacho sacudió negativamente la cabeza.

-No creo en realidad que pueda cambiar nunca -dijo Heidi.- Te diré, Jamy -continuó volviéndose a su amiga -tendré que estudiar duramente y aprender lo suficiente para venir a enseñar a la escuela.

Cuando llegaron a Dörfli, Pedro -que había decidido que las cabras pernoctaran en la aldea se fue con el rebaño para acomodarlo convenientemente. Pero Heidi y Jamy corrieron hacia la casa y llegaron a ella sin respiración. El doctor las estaba esperando en la puerta. Abrazó tiernamente a Heidi y saludó a Jamy con una sonrisa afectuosa. Inmediatamente Heidi quiso saber del abuelo y quedó encantada de saber que se encontraba bien y que el doctor había planeado aquel viaje para sorprenderlo a la mañana siguiente.

Brígida había preparado una deliciosa sopa de queso y carne y todos se sentaron muy contentos a la mesa. Pedro llegó con un jarro de leche de cabra y lo dejó sobre la mesa.

-Vamos, Pedro -le dijo la madre -debes tener hambre.

El muchacho se sentó con ellos y se sirvió una buena cantidad de queso. Habló poco durante la comida, pero Heidi tenía tanto que decir acerca de la

vida en la escuela y todos los acontecimientos del viaje con Mademoiselle Raymond, que nadie notó su silencio y la velada pasó rápidamente.

Muy temprano a la mañana siguiente Jamy fue despertada por una canción de ecos que cruzaba la plaza de la aldea.

-¡Debe ser el pastor de las cabras! -exclamó saltando de la cama y corriendo a la ventana donde ya se encontraba Heidi mirando hacia afuera. Vieron a Pedro, sus mejillas frescas y rosadas, avanzando por el sendero con la pequeña tropa delante de él. Hizo estallar su látigo en el aire para que el rebaño se detuviera y apoyó el cuerno contra sus labios. Ya, por las puertas abiertas de los establos, salían las cabras corriendo para reunirse con el rebaño.

-¡Apúrense! ¡Rápido! Tienen que apurarse si es que quieren ir con el doctor y con Pedro, ¡Vístanse pronto! -gritó Brígida.

-Estaremos listas enseguida -respondió Jamy ajustándose el corpiño.- Quiero que el pastor cante entera la canción de anoche.

Diez minutos después, el doctor, Jamy y Heidi se unieron a Pedro con su rebaño, que ahora incluía a todas las cabras de Dörfli.

El muchacho hizo sonar su cuerno y partieron montaña arriba. Rosadas nubes tempranas se velan aun en el firmamento y el aire de la montaña era fresco y suave. Cuanto más alto subían, más hermoso era el espectáculo. De tiempo en tiempo, Pedro arriesgaba una mirada hacia Heidi para ver si la escuela la había cambiado y luego sonreía al constatar que su amiga era la misma muchachita de siempre.

Todo era nuevo para Jamy y en ningún momento dejó de hacer preguntas sobre las nieves eternas, los nombres de las flores y especialmente acerca de las águilas de las cuales había hablado Heidi tan frecuentemente.

De pronto, siguiendo una curva del sendero, se encontraron a la vista de la cabaña del abuelo.

-¡Oh! ¡Es igual a lo que tú me contaste! -gritó Jamy deleitada.

Luego en medio de su excitación quiso abrazar a Heidi, pero Heidi había divisado al abuelo y echó a correr.

-¡Abuelo! ¡Abuelo! -llamaba.- ¡He vuelto a casa! ¡Tu Heidi ha vuelto a casa!

El anciano se volvió en el banco junto a la puerta donde se encontraba sentado, se frotó los ojos con el dorso de la mano como para asegurarse de que

no estaba viendo visiones. Primero reconoció al doctor, después vio a Heidi y entonces su rostro rompió en sonrisa mientras lágrimas de alegría rodaban por sus arrugadas mejillas. La niña llegó hasta donde el estaba y lo abrazó muy fuerte antes de presentarle a su amiga de la escuela.

-¿Qué le parece la sorpresa que le preparé? -preguntó el doctor estrechándole la mano.- Heidi y Jamy han venido a pasar un mes aquí. Yo sé que a Heidi le gustará estar con usted al principio, pero planean para hoy una subida al apacentadero.

-Ah! ¡Me parece magnífico! -respondió el abuelo.- Ven, Pedro, ordeña mis cabras y tendremos algo para comer.

Heidi ya estaba sentada en el banco, su cabeza apoyada en el hombro del anciano.

-¿Sabías tú -preguntó el abuelo acariciando el pelo de la niña -sabías tú que la alegría más grande de mi vida se produce los días martes cuando Pedro sube trayéndome tus cartas? ¡Qué feliz me siento de tenerte de nuevo conmigo! Dime: ¿todavía tienes aquel proyecto de volver a Dörfli a enseñar cuando hayas terminado la escuela? ¿Es verdad que quieres quedarte conmigo?

-Por cierto, abuelo -respondió sonriendo Heidi.-
-Quiero vivir en Dörfli por el resto de mis días!

Jamy le dedicó una sonrisa de extrañeza, como si quisiera decirle:

-Cambiarás de idea...

Pero Heidi era demasiado feliz para notarlo. Sólo Pedro captó la idea y aun leyó en la expresión de Jamy mucho más de lo que ésta quiso expresar.

El doctor se quedó con el abuelo para hacerle compañía mientras Heidi y Jamy subían con Pedro.

Poco tiempo después llegaron al sitio donde Pedro solía detenerse para que sus cabras descansaran y pastorearan. Era una pequeña plataforma verde que sobresalía de la ladera de la montaña y que ofrecía una vista completa de todo el valle. Allí pasaba Pedro largas horas, contemplando la naturaleza y silbando o cantando mientras los animalitos morisqueaban las sabrosas hierbas.

Cuidadosamente depositó su almuerzo en una cuevecita que él mismo había cavado como para que los golpes de viento no lo arrastraran e invitó a las chicas a hacer lo mismo. Después se tendió sobre el pasto para gozar del aire y del sol.

El cielo era profundamente azul. En torno a los jóvenes se levantaban los picos de las montañas,

brillando de nieve y hielo, mientras muy lejos, allá abajo, el profundo valle aún permanecía envuelto en las penumbras de la aurora. Heidi y Jamy, sentadas juntas en la elevada plataforma, sentían los golpes del viento, fuertes y fríos sobre el rostro. Por encima de sus cabezas los pájaros trazaban círculos en el aire.

Meckerli, la nueva favorita de Pedro, se acercó a frotar su cabeza contra el cuerpo de las niñas, emitiendo a la vez pequeños balidos amistosos; después se puso a danzar delante de Pedro y se frotó contra el hombro del pastor. Una por una, las cabras se fueron acercando para trabar amistad. Cada una tenía su manera propia de saludar. Jamy se sentía encantada.

Osito, la más oscura de las dos cabras del abuelo, examinaba a cada persona por separado con un aire ansioso, luego quedó muy quieta y los miró hasta que le dijeron.

-Sí, sí, Osito, está bien. Puedes irte a comer tu hierba.

Pedro dijo el nombre de todas las cabras y Jamy se asombró de que pudiera retenerlos a todos en la cabeza. Aquellos nombres difíciles en alemán le pa-

recían a ella más arduos de recordar que las lecciones de historia en la escuela.

Mientras sus nombres eran pronunciados, las cabras saltaban en derredor llenas de su espíritu travieso. Pequeño Cisne y Jilguero, que eran delgadas y esbeltas de físico, tenían la costumbre de cargar sobre Pedro hasta derribarlo si el muchacho no se mantenía tendido en el suelo. Centella, la madre de Meckerli, era muy orgullosa. Se ubicó a dos pasos de las dos extrañas y levantó la cabeza para mirarlas con el aire de quien desdeña las familiaridades, alejándose luego con movimientos llenos de dignidad. Turk, que era el macho cabrío más viejo del rebaño y por esto se encontraba revestido de gran importancia, embistió a todas las otras cabras para que le abrieran paso y después se quedó balando como para demostrar que él era el jefe sobre todos sus congéneres y que era capaz de mantener el orden. Pero Meckerli no quería que la embistieran. Cuando el enorme Turk se acercaba a ella, corría en busca de la protección de Pedro; allí se sentía perfectamente a salvo, aunque si llegaba a encontrarse frente al viejo Turk a solas, se echaba a temblar de los pies a la cabeza.

Y así transcurrió la asoleada mañana. Pedro tomó su almuerzo y permaneció apoyado en su cayado, muy silencioso, comiendo y pensando, mientras las dos niñas desenvolvían el almuerzo que el abuelo les había preparado.

Después del almuerzo Pedro decidió que le gustaría probar un nuevo camino hacia las plataformas superiores, porque para esa tarde había planeado llevar el rebaño a una altura mayor en la montaña. Finalmente se resolvió por el camino que nacía a la izquierda porque de ese lado existía un prado pequeño con hierbas que gustaban particularmente a las cabras. El sendero era sumamente empinado especialmente al llegar arriba. Allí había algunos lugares muy peligrosos a lo largo del borde de las rocas, pero Pedro conocía muy bien el camino y alentaba a las cabras recordándoles el rico manjar que las esperaba arriba, siguiéndolas desde muy cerca y evitando que se extraviaran.

Señaló pues el camino hacia lo alto y las niñas lo siguieron, en tanto las cabras salvaban los obstáculos con facilidad, una tras otra. La pequeña Meckerli se mantenía junto a Pedro y de tanto en tanto el pastor la tomaba por el pescuezo y la levantaba colocándola en un escalón demasiado alto para que

ella lo saltara. Por fin llegaron al prado a salvo y las cabras comenzaron a morder las hierbas favoritas con fruición.

Jamy contuvo la respiración cuando llegó a lo que parecía la cumbre de todo el mundo. No podía imaginar un panorama más hermoso. El aire estaba saturado del aroma de las flores alpinas que crecían por todas partes: flores de vainilla, gencianas cargadas de flecos, pequeñas campanillas azules, primaveras y dorados cistos.

-Se marchitarán antes de que lleguen a casa -dijo Heidi a Jamy -pero si quieres, el abuelo las disecará para que te las lleves.

La observó mientras la niña recogía más flores y más flores hasta que tuvo lleno el delantal, recordando con qué placer ella misma había recogido sus primeras flores en aquella misma montaña, aunque las flores se marchitaran y sus espléndidos colores se desvanecieran.

-Cuidado, cuidado allí -dijo Pedro a las cabras.- Mejor es que se queden quietas y no se embistan unas a otras, porque en un minuto de descuido cualquiera de ustedes estará en el fondo del precipicio con las patas rotas. ¡Jilguero, ¿adónde quieres ir? -gritó mirando hacia arriba entre las rocas.

El pequeño animalito llamado Jilguero se habla trepado en una roca sobresaliente. Allí trepada muy cerca del abismo, permaneció quieta mirando a Pedro como si quisiera decirle:

-¡Mira qué atrevida soy! ¡Mira hasta qué punto me puedo arrimar al borde de las rocas!

¡Otro paso más y ya no estaría apoyada en la roca! Pedro trepó tras ella con toda la rapidez que pudo; en pocos segundos pudo alcanzar la sobresaliente, asió a la imprudente cabra por una pata y tiró hacia atrás.

Heidi se encontraba muy cerca de él, recordando cómo era Jilguero de indisciplinada y todo el trabajo y las dificultades que proporcionaba siempre a su pastor. Entre los dos consiguieron hacerla bajar para reunirse con el resto del rebaño, pero Pedro la retuvo de la pata hasta que estuvo seguro de que sus intenciones consistían en pastorear y no en hacer otra de sus escapadas.

-¿Dónde está Meckerli? -gritó Jamy.

Centella, la madre de la cabrita, estaba parada, sola, mirando hacia abajo por el borde de las rocas. Jamy observó su actitud al ver que Meckerli no se encontraba con Pedro, porque en esos casos la cabrita se pegaba a la madre.

-¿Qué has hecho con tu bebé, Centella?
-preguntó Heidi mientras corría hacia ella alarmada.

Centella se comportaba de manera harto extraña. No estaba pastando, sino que permanecía perfectamente inmóvil y sus orejas echadas hacia adelante como escuchando.

Pedro miró hacia abajo. Oyó en ese momento un triste y angustioso balido desde abajo ... una vocecita débil que pedía auxilio.

-No llores, Meckerli, pequeña, ya voy a buscarte
-gritó como si pudiera hablar con la cabrita.

Tendiéndose sobre el estómago a todo lo largo de su cuerpo, espío por el borde del precipicio. Allá abajo algo se movía. Después vio a su favorita columpiada en una rama que crecía por entre las grietas de la roca. Lloraba desesperadamente. La rama había detenido su caída. Aun ahora, si la rama llegaba a ceder, la cabrita caería quebrándose todos los huesecitos.

Temblando de ansiedad, Pedro llamó:

-¡Espera, Meckerli! ¡Ya voy a buscarte!

¿Pero cómo podrían alcanzar aquel sitio? Pedro se dio cuenta enseguida que era inútil intentar la bajada desde el sitio donde se encontraba. El borde de la roca estaba cortado a pico y no ofrecía posibili-

dad alguna de apoyo. Pero Heidi señaló la roca que estaba más abajo. "La Roca del Día de Lluvia", la llamaba, porque ella y Pedro se habían cobijado allí muchas veces contra las tormentas. Pedro podía tal vez alcanzar a Meckerli si subía desde allí.

La sugerencia era buena y Pedro ya estaba bajando por el camino.

-Jamy, cuida tú de las cabras. Vamos a rescatar a Meckerli -gritó Heidi corriendo tras él.

Heidi se había dado cuenta del cariño que su amigo había depositado en la cabrita y así, mientras bajaban, musitó una oración:

-¡Oh, Señor, te ruego que ayudes a Pedro a recobrar su querida Meckerli!

Sin temor alguno, el muchacho trepó luego por las rocas sin mirar una sola vez hacia abajo, hasta que llegó a la rama. Allí plantó sólidamente sus pies desnudos contra la "Roca del Día de Lluvia" y estirándose, se las arregló para asir al animal temeroso y estremecido, alcanzándose luego a Heidi, que estaba detrás de él.

Una vez que se encontraron nuevamente en el prado, Pedro se mostró muy contento y Heidi musitó otra oración, esta vez de agradecimiento, mien-

tras los dos estaban sentados sobre el césped, acariciando y calmando a la asustada cabrita.

Ya era la hora del regreso, de manera que treparon a la plataforma superior, y encontraron a Jamy muy nerviosa en sus cuidados sobre el rebaño. Se sentía muy satisfecha, en medio de todo, de que ninguna cabra se le hubiera despeñado.

Al sonido del cuerno de Pedro, todas las cabras echaron a andar. Pedro llevaba a Meckerli sobre los hombros. Se sentía tan feliz, que cantó su canción favorita desde el principio hasta el fin. Esta circunstancia deleitó en tal forma a Jamy, que anunció que le pediría que la cantara tantas veces como para que ella misma la aprendiera de memoria.

Heidi tenía que hacer unas diligencias para su abuelo, de manera que ella y Jamy siguieron con Pedro hasta Dörfli. Aquí el pastor hizo detener a sus cabras junto a la fuente de la aldea y una vez más sopló por la boquilla de su cuerno. Al mismo tiempo aparecieron niños que corrían desde todas direcciones para separar las cabras que pertenecían a sus casas.

Algunas mujeres se asomaron desde las casas vecinas; una tomó su cabra por los cuernos y otra por

el lazo que la cabra tenía en torno a su pescuezo. En poco tiempo, el rebaño fue disgregado.

Pedro dejó a las dos chicas entonces y se fue a su casa cantando. Heidi hizo sus diligencias y luego regresó con Jamy hacia la cabaña del Alm, charlando y riendo.

CAPITULO 8

EL PACTO CON GERARD

-¡ABUELO! -rogó Heidi cuando estaban todavía sentados a la mesa después de cenar.- ¿No querrás contar a Jamy algunas de tus historias maravillosas? Se lo he prometido en tu nombre y le he dicho que cuando regrese a la escuela va a saber casi tantas leyendas como yo.

-Esas leyendas son muy largas -dijo el abuelo -y han tenido un día muy agitado en la montaña. Tú sabes que las reservo además para los días de lluvia. Pero -añadió muy complacido -me parece que mañana va a llover.

El tío del Alm rara vez se equivocaba en la predicción del tiempo. A la mañana siguiente, aunque el cielo estaba claro, Pedro salió muy temprano lle-

vando un impermeable bajo el brazo y las niñas no fueron con él. Cerca del mediodía, pesadas nubes poblaron el firmamento y la tormenta estalló. Pedro encontró refugio como de costumbre en la Roca del Día de Lluvia.

Para sorpresa suya, otro pastor estaba allí instalado, pero sin sus cabras. Era Gerard, de Ragatz. Los dos muchachos permanecieron inmóviles durante un momento y después se saludaron alegremente.

-No sabía que tú hacías todo este viaje con las cabras -dijo Gerard a Pedro.

-Algunas veces si -replicó Pedro -pero no todos los días. Generalmente me quedo en el primer apacentadero y doy vueltas por allí. ¿Por qué subiste tú?

-Quería verte. Tengo que tomar dos cabras de tu rebaño para llevarlas a Ragatz donde serán vendidas.

-¿Son tuyas las cabras?

-Por cierto que son nuestras. Yo no cuido cabras para ningún otro dueño. Ya no soy un pastor -anunció Gerard muy orgulloso.

Esta noticia sorprendió a Pedro. Como Gerard había sido elegido una vez como pastor, Pedro no podía concebir que el muchacho no continuara en

su trabajo. Pero no sólo eso sino que hablaba además como si el ser pastor fuese una ocupación inferior, algo de lo cual debiera sentirse avergonzada la gente. Esto lo mortificó y se puso a pensar enseguida si la amiga de Heidi, Jamy, no tendría las mismas ideas.

Mientras los dos muchachos conversaban, las nubes desaparecieron y el sol brilló nuevamente. Pedro decidió que era la hora de tomar su almuerzo e invitó a Gerard a compartirlo con él. Charlando mientras andaban, llegaron a la cuevecita y Pedro sacó su mochila llena de pan, jamón y queso. Con una piedra plana por mesa, se sentaron los dos a comer luciendo un buen apetito.

Después que devoraron todo lo que había en la mochila, bebieron la fresca leche de las cabras y entonces Gerard se echó hacia atrás, apoyándose en los codos. Pedro permaneció sentado, silencioso, contemplando las profundidades del valle.

-¿Qué es lo que haces en Ragatz si no eres ya pastor? -preguntó.- Uno tiene que hacer alguna cosa.

-Por cierto que yo hago algo y ... lo hago muy bien -replicó Gerard.- Vendo huevos. Todos los

días proveo de huevos a todas las hosterías que puedo y también vendo a los hoteles.

Pedro echó atrás la cabeza con desdén.

-¿Y eso qué es? A mi no me gustaría vender huevos. Mil veces me gusta más ser pastor de cabras. Es una cosa mucho -mejor.

-¿Cómo me pruebas que es así? -preguntó Gerard.

-Los huevos no son seres vivos. No te siguen todo el día por donde vas, como lo hacen las cabras. No se ponen contentos cuando tú llegas a la mañana a buscarlos. No se frotan contra tus piernas ni entienden todo lo que dices -insistió Pedro.- A ti posiblemente te guste vender huevos como a mí me gusta ser pastor.

-¿Y qué es lo que sacas por todo este trabajo? -interrumpió Gerard.- Solamente unas pocas monedas por semana a lo más. Y tienes que salir corriendo por lo menos seis veces cada vez que te pones a almorzar, simplemente porque tienes miedo de que esa cabrita pequeña que no sirve para nada, se pueda resbalar y caer al abismo. ¿Es muy divertido eso?

-Por supuesto -replicó prontamente Pedro.- Lo hago con gusto, ¿no es cierto, Meckerli? Tus patitas son débiles todavía y tú eres demasiado pequeña.

Y una vez más tuvo que apartar a su favorita del borde de las rocas adonde era tan aficionada a acercarse.

Cuando regresó a su sitio, Gerard observó:

-Hay otra manera de evitar que las cabras caigan al precipicio y en esa forma no tienes que estar corriendo y preocupándote.

-¿Cómo se hace?

-Plantas tu cayado en tierra y atas a la cabra por la pata. No lo va a pasar muy bien, es cierto, pero no se te va a ir.

-No sueñes que yo pueda hacer eso con mi cabrita -replicó Pedro indignado.

Y atrayendo a Meckerli hacia sí, la sostuvo fuertemente con los brazos, como si quisiera protegerla de semejante tratamiento.

-Bueno, de todos modos esa pequeña no te molestará mucho más tiempo -continuó Gerard.- Le quedan unos pocos días de viajes hasta este sitio.

-¿Qué? ¿Qué es lo que sabes tú? -preguntó alarmado Pedro.

-¡Bah! ¿No lo sabes? -se burló Gerard.- El maestro de la escuela no quiere criarla. No es fuerte y jamás será una cabra sólida que sirva para algo. De

modo que el encargado del Hotel de Maienfeld me dijo que se la llevara la semana próxima.

Pedro se puso pálido. Al principio no pudo pronunciar palabra alguna, mas luego explotó.

-¡No! ¡No! -No se atreverán! No, Meckerli, no se atreverán a hacerte eso. No se lo voy a permitir. ¡No! ¡Eso es imposible!

-Mira! -dijo Gerard de pronto mirándolo a la cara.- Si la cabrita significa tanto para ti, tal vez pueda hacer que mi padre la compre. Pero antes tendrás que hacer algo por mí.

Y Gerard sostuvo en una mano algo que cubría a medias con la otra. Era algo que brillaba bajo los rayos del sol.

- ¿Qué es eso?

-¡Adivina!

-¿Un anillo? -aventuró Pedro.

-No, pero es algo parecido. Lo encontré en el camino de Maienfeld.

-Oh! Entonces no te pertenece -concluyó Pedro.

-¿Por qué no? Yo no se la quité a nadie. Casi tropecé con ella ayer, cuando volvía de entregar los canastos de huevos. Pude haberla quebrado fácilmente con un pisotón. Como no lo hice, bien puedo conservarla para mí -razonó Gerard.

-Pero alguien la ha perdido y tú debieras hacer correr la voz -insistió Pedro.

-No, no, no voy a hacer eso -exclamó Gerard, alarmado ante el pensamiento de que Pedro lo hiciera por su cuenta.- ¡Mira! ¡Mírala! Es oro macizo. El tendero de la aldea se sentiría muy satisfecho de comprarla si tú la llevas y la vendes por mí. Podemos dividirnos el dinero y nadie sabrá nunca nada.

-Yo no hago eso -respondió Pedro rápidamente.- Y tú te has olvidado de que el Señor, en el Cielo, ve, oye y juzga todo lo que dices y haces.

Gerard elevó su mirada al firmamento.

-¿Tanto como eso? -preguntó en tono de duda. Pero no obstante siguió hablando en voz más baja.

-Te advierto que puede oírte aunque hables en voz baja -le aseguró Pedro.

Esta frase hizo que el ignorante muchacho se sintiera incómodo. Se arrepintió de haber confiado a Pedro su descubrimiento, pero aún no era tarde para hacer algo al respecto. Tendría que pensar en alguna otra manera de salir de aquella dificultad.

-Pedro -dijo de pronto -le pediré a mi padre de todas maneras que compre a Meckerli, si es que me prometes no decir una sola palabra de este asunto. En ese caso, el maestro no podrá hacerla sacrificar.

Gerard había abierto la mano y Pedro vio la gruesa cruz de oro sobre la palma. Sabía que era valiosa y que alguien posiblemente la reclamaría. En su interior se debatía un difícil problema. Pensaba que de no decir nada iba a ser como si guardase la cruz él mismo, objeto que no le pertenecía. Pero, por otra parte, estaba su pequeña y tierna Meckerli, que sería sacrificada cruelmente por el cuchillo del cocinero del hotel. Y él podía evitar esto último guardando silencio.

La cabrita se acercó apoyándose en el costado de Pedro, mirándolo con plena confianza, como si se sintiera segura de que el muchacho siempre habría de protegerla. ¡Pedro no podía permitir que aquel pequeño ser muriera! La vida de una cabra valía mucho más que la cruz de oro o las monedas que Gerard le prometiera si es que se la vendía. Y estaba comprando la vida de Meckerli con la sola promesa de guardar silencio.

-Muy bien. Acepto -anunció Pedro de mala gana.

-Muy bien, ¡dame la mano!

Y Gerard tendió la suya para que Pedro la estrechara y sellar así el pacto. Parecía estar muy contento con el negocio que había hecho. Como aparentemente Pedro no tenía nada más que decir y a

su vez tenía un largo camino que recorrer, Gerard decidió irse con las dos cabras. De modo que se despidió. Cuando se hubo ido, Pedro reunió su tropa y también inició el descenso, pero iba perdido en sus pensamientos y ni una sola vez silbó ni cantó.

CAPITULO 9

UNA LUCHA INTERIOR

A la mañana siguiente, Pedro pasó silencioso y desconsolado a través de la aldea. Llamó a las cabras y prosiguió su camino hacia la montaña sin cantar una sola nota, sin soltar un solo gorjeo tirolés. Se arrastraba miserablemente por este mundo, la cabeza gacha como si tuviera miedo y de tanto en tanto la volvía a un lado y a otro para ver si se acercaba alguien a hacerle preguntas.

Pedro no lograba comprender del todo su propia miseria. Se sentía satisfecho de haber salvado la vida a Meckerli; quería cantar como siempre, pero las notas se enredaban en la garganta. El firmamento estaba pesado también y por último Pedro decidió que su depresión se debía al tiempo. Se persuadió

de que cuando el sol volviera, se sentiría tan contento como siempre.

Tan pronto como alcanzó el apacentadero, comenzó a gotear. Buscó refugio bajo la Roca del Día de Lluvia y se puso a contemplar cómo caía el agua a torrentes. Los rayos partían el cielo y los truenos rodaban por el infinito. Las cabras también buscaron refugio bajo la roca y se ubicaron a su derecha y a su izquierda. Jilguero, tan delicada, quería proteger su hermoso pelo brillante y fue a sentarse frente a Pedro, bajo el arco que formaba la roca. Desde su cómodo rincón, contempló tranquilamente la lluvia. Meckerli se quedaba cerca de su protector frotando la cabeza contra sus piernas. Al cabo de un rato levantó la vista sorprendida y miró a Pedro, porque por primera vez el pastor estaba silencioso y no le prestaba atención. Osito también escarbó la tierra con sus pezuñas pequeñas y baló como diciendo:

-En toda la mañana no nos has dicho una sola palabra.

Hundido en sus meditaciones, Pedro permanecía apoyado en su vara. Siempre llevaba su vara, algo así como un cayado, pero la necesitaba especialmente cuando llovía para sostenerse en el terreno resbaloso.

El pobre Pedro tenía a su disposición muchas horas para pensar en su problema. Analizaba la promesa que había hecho a Gerard y cuanto más la analizaba más se convencía de que, conservando el otro muchacho en su poder algo que no le pertenecía, él mismo se hacía culpable por haberle vendido su silencio. Había hecho algo a lo cual no tenía derecho, de manera que Dios debía estar en su contra. Se sintió invadido por el remordimiento y pensó que Meckerli terminaría por caer nuevamente en el despeñadero y en ese caso Dios no lo iba a auxiliar como en ocasiones anteriores. Tanto él como la cabrita caerían al abismo y serían destrozados como castigo.

-¡No! ¡No! ¡Eso no debe suceder! —exclamó en voz alta, porque sus pensamientos eran tan intensos, que la imagen casi se había concretado delante de sus ojos despavoridos.

-Hablaré- resolvió por fin.

Pero entonces vio el cuchillo del cocinero suspendido en el aire sobre el cuello de Meckerli y aquella imagen era tan clara como la otra.

De tal modo creció el torrente y el peso en su conciencia se hizo cada vez mayor. Así transcurrió todo el día. Por la tarde regresó tan silencioso como

había subido. Heidi y Jamy lo estaban esperando y corrieron hacia el establo.

-Pedro, ¿qué es lo que ocurre? –le preguntaron.-
¿Por qué no cantas más?

El muchacho se volvió con una mueca.

-No puedo –respondió y siguió su camino a paso rápido sin mirar atrás.

-Es muy extraño que no cante ni silve más. Ciertamente que algo tiene que haberle sucedido –comentó Jamy.

-Debe ser el mal tiempo que lo pone de mal humor –resolvió Heidi.- O si no es que se siente humillado porque tú estás aquí y ya no me tiene a mí para él sólo como en otras épocas. Una vez se sintió del mismo modo con respecto a Clara. Cuando Clara no podía caminar, Pedro llegó a ponerse tan furioso y fuera de sí, que empujó la silla de ruedas hasta el borde del abismo un día que la encontró vacía. Pero entonces era un chico de corta edad y después quedó muy arrepentido. Creo que debe haber superado esos arrebatos de mal temperamento.

-No es más que un pastorcito -dijo Jamy.

Los ojos de Heidi relampaguearon.

-¡Es "Pedro"! -exclamó.- Y aunque tenga arrebatos de mal humor, yo no lo cambiaría. No lo

cambiaría así como no cambiaría al abuelo -añadió.- Los dos son parte de mi vida aquí en Dörfli... ¡y yo los quiero mucho!

Jamy la miró sorprendida. ¿Se daba cuenta de lo que estaba diciendo? ¡Qué espíritu! ¡Y qué maravillosa lealtad para con su propia gente!

-El siguiente fue un día lúgubre como el anterior. El cielo estaba nublado. Pedro siguió con el peso de su conciencia a cuestas. Volvió a sentarse bajo la misma roca y sus pensamientos siguieron girando en torno al mismo tema. Tan pronto como decidía contar lo que sabía de la cruz veía ante sus ojos la escena del cocinero con el cuchillo levantado sobre la cabeza de su querida Meckerli. Y todo comenzaba de nuevo.

Cuando llegó el atardecer, estaba tan fatigado de pensar y pensar, sin resolver nada, que caminó triste y lentamente bajo la llovizna persistente. El maestro de la escuela lo llamó con voz aguda desde la puerta de su casa.

-¡Vamos! ¡Más rápido con esos animales! Ya están bastante mojados. ¿Por qué caminas como una tortuga? Los aldeanos van a querer otro pastor si es que no se puede confiar en ti.

Las palabras lo golpearon. ¿Un nuevo pastor? Y en el establo del abuelo donde había ido a dejar a Pequeño Cisne y Osito, Jamy lo había detenido para preguntarle:

-Pedro, ¿vas a ser pastor de cabras toda tu vida?

Al día siguiente el cielo se aclaró y el sol brilló refulgente. Le parecía a Pedro que Dios lo estaba mirando fijamente desde las profundidades del Cielo. El consejo de su abuela ciega volvió a él en forma nítida a través de la memoria. Muchos años atrás, cuando había ido por primera vez al apacentadero, la abuela lo había llamado aparte para decirle con su voz dulce pero a la vez firme:

-Recuerda, Pedro que allá arriba en el Alm te encuentras mucho más cerca de Dios. Dios oír y verá todo lo que hagas y digas. No puedes ocultar nada a Él. Pero al mismo tiempo estará más cerca de ti y podrá ayudarte. Como estarás tan lejos del que te pueda oír en caso de necesidad, tendrás que volverte al Señor y pedirle auxilio. Él te oír y seguramente acudirá en tu ayuda.

De manera que por último, Pedro vio lo que debía hacer.

-Perdóname, Meckerli -le dijo llorando a la cabrita mientras la ayudaba a bajar por entre las ro-

cas.- ¡Dios mío! ¡Debo estar seguro de que procedo bien, pero, por favor, te ruego, no dejes que Meckerli muera!

Cuando Pedro se detuvo en la cabaña del abuelo, el anciano levantó la vista y le preguntó con cierta preocupación:

-¿Qué te sucede ahora, mi triste "general de las cabras"? Heidi me ha dicho que has perdido la voz.

-Tengo algo que confesar -respondió Pedro bajando la cabeza.

-Pues suéltalo pronto -lo urgió el anciano.

-Algo ha sido encontrado -contestó Pedro con grandes dificultades.

-¡Han encontrado algo! -exclamó Jamy saltando en su asiento frente a la mesa donde estaban a punto de cenar.- Yo he perdido algo también -Mi hermosa cruz de oro!

-Sí, eso es lo que ha sido encontrado -explicó Pedro.

-¿Qué es lo que estás diciendo? ¿Era una cruz de oro macizo con una cinta de terciopelo? -preguntó -Jamy excitada.

-Sí, así era -dijo Pedro en el mismo tono de indiferencia.

-¿Dónde la encontraste? -explotó Jamy.

-No fui yo quien la encontró -siguió Pedro -fue Gerard de Ragatz.

Jamy quería saber todos los detalles y sugirió que se enviara a alguien en busca de Ragatz.

-Me gustaría ir yo mismo -dijo Pedro.- En realidad creo que debo ir yo. Si todavía la tiene la traeré.

-¿Si todavía la tiene? ¿Pero por qué no habría de tenerla? -exclamó Jamy.- ¿Qué podría hacer con ella? ¿Dónde y cuándo la encontró y como sabes tú todo eso?

Pero Pedro mantenía la mirada fija en el suelo y sentía vergüenza de hablar. Antes de irse, sin embargo, Heidi lo llevó aparte y el muchacho le contó toda la historia.

-Mi querido Pedro -comentó la niña cuando Pedro hubo terminado.- ¡Y es así como la querida abuela todavía nos ayuda! Si no hubiera sido por lo que te dijo la abuela una vez, tú habrías podido guardar silencio sobre este asunto, ¿no es cierto?

-Si, habría guardado silencio -confesó él.- Pero ahora Meckerli será sacrificada.

Heidi sonrió.

-¿Y en ningún momento pensaste en que podrías comprarla tú mismo, Pedro? ¿Nunca pensaste en tener tus propias cabras en lugar de estar cuidando

las de los demás? Casi todos los hombres de Dórfil tienen sus propias cabras.

Pedro reflexionó sobre la idea por un momento Y salió en busca de Gerard con aire pensativo. Jamy había prometido una recompensa para Gerard, una recompensa que resultaba más importante que el dinero que habrían obtenido vendiendo la cruz y repartiendo el dinero.

El muchacho se mostró enojado al principio cuando Pedro le refirió lo acontecido, pero la perspectiva de la recompensa pronto lo consoló y entonces le entregó la cruz. Era muy tarde para que Pedro pudiera volver al Alm esa misma noche y así es que se la llevó a su casa hasta la mañana siguiente. Antes de irse a la cama contó cuidadosamente el dinero que tenía. No alcanzaba a la mitad de lo que necesitaba para comprar la cabrita. El maestro era muy duro y no la vendería por menos de lo que le daba el hotelero. No obstante, Pedro resolvió guardar dinero para comprar sus propias cabras como le había sugerido Heidi. ¡Pero entonces sería demasiado tarde para salvar a Meckerli! A la mañana siguiente, muy temprano, Pedro llegó con sus cabras y silenciosamente entregó a Jamy su preciosa cruz. Después se fue al apacentadero.

Cuando regresó por la tarde, Jamy salió corriendo a su encuentro.

-¿Por qué estás tan triste, Pedro?

Él sacudió la cabeza.

-Estoy pensando en mi cabrita. ¿Cuánto tiempo podrá vivir todavía mi pequeña Meckerli?

Y su rostro mostró tal pesadumbre que Jamy sintiéndose emocionada decidió no mantener reservado su secreto por más tiempo.

-Tú sabes qué feliz me has hecho, Pedro? —le preguntó.— Sin ti, Gerard jamás me hubiera restituido la cruz. De manera que ahora quiero hacerte feliz a ti también. Hoy, mientras estabas en la montaña, Heidi y yo fuimos juntas a ver al maestro. Yo quería darte una recompensa y la mayor recompensa, la más hermosa que pude pensar, es la de darte a Meckerli. Sácala ahora mismo del rebaño, Pedro, y llévatela a tu casa. ¡Meckerli te pertenece!

Por un momento Pedro se sintió tan sorprendido que no hizo más que mirar a la muchacha. Después recobró la voz y agradeció mil veces tanto a Jamy como a Heidi. Porque Heidi confesó que la idea había sido de ella.

Mientras seguía su camino hacia Dörfli con el rebaño, Pedro echó a cantar y nunca en su vida ha-

bía cantado con mayor alegría. Su voz se escuchaba en el valle y corría como el viento, saltando de emoción. El sol brillaba en todo su esplendor en el firmamento azul. El pasto estaba más fresco y más verde que nunca después de los tres días de lluvia y todas las flores ofrecían la multiplicidad de sus colores. A Pedro le parecía que el mundo, el valle, la montaña, nunca habían sido más encantadores. Tenía la impresión de no poder soportar toda la felicidad de su corazón.

Todavía era temprano cuando el muchacho llegó con su tropa a la aldea. Brígida le oyó gritar antes de que se encontrara dentro de la casa:

-¡Es mía! ¡Meckerli es mía!

Se detuvo primero en el establo, donde arregló una cama de heno para su favorita. Después fue a la cocina, y mientras comía con excelente apetito le contó a su madre todo lo sucedido. Brígida escuchó pacientemente la larga historia y cuando hubo terminado, le dijo:

-Pedrito, toda tu vida tienes que recordar este acontecimiento. Tienes que guiarte por tu conciencia. Lo habrías hecho así desde el primer momento de haber pensado en la gente que confía en ti antes que en la pequeña cabrita.

Antes de irse a la cama, Pedro volvió al establo una vez más para asegurarse de que Meckerli todavía estaba allí. Aún no podía creer en semejante buena fortuna y pensaba que por fin comenzaba a tener suerte en la vida.

CAPÍTULO 10

FUEGO EN LA MONTAÑA

LOS ALTOS pinos sombríos no se movían ni cantaban con el viento según era habitual, sino que permanecían inmóviles en el aire quieto. La montaña también estaba extrañamente manchada con tonos amatistas y sombras negras, mientras arriba, el glaciar brillaba azul y helado ante el sol.

Esa mañana Pedro vagaba ansiosamente en torno a la cabaña con sus cabras.

-¡Heidi! Jamy! -llamaba.

Las dos cabezas juveniles aparecieron simultáneamente en la ventanita de la habitación de Heidi en el altillo.

-¡Buenos días, Pedro! -saludaron a un tiempo.-
 ¡No grites de esa manera! No vamos a ir a la montaña contigo hoy. Tenemos que ir a la aldea.

-Por favor -rogó el muchacho.- Las he estado esperando para que vinieran. Las cabras están particularmente traviesas y tengo miedo de que algo suceda. Tú parece calmarlas con tu presencia, Heidi.

Pero las chicas se rieron y le hicieron bromas para terminar arrojándole desde la ventana todos los objetos "arrojables" que tenían a mano: mantas, una sábana, el cepillo de cabello, un delantal y hasta un zapato.

Indignado por semejante tratamiento, Pedro se alejó silbando para mostrar su indiferencia.

Heidi y Jamy estaban ocupadas con las tareas de la casa y la mañana casi había transcurrido por completo cuando se dieron cuenta del extraño estado del tiempo, de las sombras que parecían subir desde el valle y bajar desde el cielo al mismo tiempo. Después del almuerzo, el abuelo les asignó diligencias para realizar en la aldea:

-Primero van a casa del doctor y le dicen que todo va bien aquí y le dan a Brígida estos dos quesos. Uno es para Pedro. Pasen por lo de Berthold y pre-

gunten por mi mochila, a ver si está lista; después van al almacén y me compran dos libras de sal. Ustedes le han estado dando demasiada cantidad a las cabras y ya no queda.

Mientras hablaba, los ojos del anciano vagaban por las montañas y después por el valle abajo, donde todo parecía estar oculto bajo un espeso velo de niebla.

-Hoy va a haber una buena tormenta. ¡La montaña tiene mal aspecto! -murmuró.

Siempre habla sido capaz de interpretar signos del tiempo que a otros se le escapaban.

-Si la tormenta rompe temprano se quedarán en la aldea. El doctor se sentirá contento de tenerlas con él.

-Pero, abuelo -protestó Heidi -tú estarás solo aquí con las cabras si nos quedamos en Dörfli.

-No te preocupes, niña. El buen Dios velará por nosotros -replicó el bondadoso anciano.

Se quedó mirando a las dos niñas mientras corrían alegremente por el sendero hacia la aldea. Cuando alcanzaron el término de la pendiente grande, se volvieron para saludarlo con las manos en alto y el tío del Alm retribuyó el saludo. Y hasta que las dos no eran más que dos puntitos pequeños que

se acercaban a Dörfli, no se volvió para dedicarse a sus tareas en la cabaña. Todo estaba limpio y en perfecto orden. Se detuvo junto a la puerta para contemplar los altos pinos, a los cuales amaba particularmente a causa de la música que les dedicaba Heidi.

-¿Pero por qué parecen hoy tan distintos? -reflexionó.- ¿Que los hace aparecer como tan remotos?

La montaña brillaba con una luz violeta poderosa. Hacia la caída de la tarde la transparencia azul del glaciar se tornó de un franco tono oscuro, casi negro. De pronto los pinos comenzaron a murmurar como si intentaran hacer una advertencia. Se estremecían al cabo de un rato desde las raíces hasta la última rama, y, sin embargo, no se apreciaba la presencia del viento. Por el oeste, allá lejos, al otro lado del valle, el cielo estaba negro. Aun la luz del sol parecía opaca, como si se la estuviera contemplando a través de un grueso vidrio.

No obstante, la ansiedad del abuelo no era por sí mismo sino por Heidi allá en la aldea.

-Seguramente la tormenta rompería antes de la noche -pensó.- ¡Si al menos se le ocurriera al doctor retener a las niñas con él!

Pedro regresó de las alturas más temprano que de costumbre y llamó:

-¡Tío! ¡Venga y mire! Mire cómo se está desvaneciendo el sol.

¡Buenas tardes, "general de las cabras"! -respondió sonriendo el anciano.- ¿Ya estás de regreso?

-Las cabras no me dan descanso hoy. Pequeño Cisne empezó a bajar la primera y detrás de ella siguieron las otras. No pude hacerles regresar allá arriba. Parece como que tienen miedo.

-Es que sienten la tormenta en el aire -contestó el tío del Alm.- Corre a la aldea y dile a tu madre que Heidi y Jamy deben quedarse a dormir allí esta noche.

-¡Pero, tío, usted se va a quedar solo aquí con las cabras! -objetó Pedro.

-Estoy acostumbrado a eso -replicó el anciano, impaciente.- Vete rápido ahora y haz lo que te digo Pedro, que aún no se había desprendido del temor reverencial que le inspiraba desde muy niño el tío del Alm, se dio vuelta y echó a correr bajando la montaña, seguido por las asustadas cabras.

En la aldea, Heidi y Jamy terminaron sus diligencias y fueron a hacer una visita al Pastor, que había sido tan bondadoso con la niña cuando era

muy chiquita. A las cuatro y media de la tarde, cuando llegaron a la casa grande, el doctor las estaba esperando en la puerta.

-Vengan pronto, niñas -les gritó desde lejos.- El té está esperando. Brígida ha preparado una montaña de tortitas tan exagerada, que me parece que va a necesitar ayuda -para acabar con ella.

-¡Pues no van a durar mucho! Aquí viene Pedro. Ahora todo lo que tendremos que hacer es sentarnos y observar cómo van desapareciendo.

-Pedrito, ten cuidado de la cantidad que te comes tú -bromeó Brígida cuando todos se sentaron a la mesa para hacer los honores a las famosas tortitas.

El doctor, observando el rostro de Heidi, feliz y contento, declaró:

-Es evidente que el aire de la montaña te ha devuelto todos los colores y a la vez tu excelente apetito. No lamentas que te haya apartado por un tiempo de tus lecciones de música, ¿verdad, Heidi?

-¿Lamentarlo? Mi querido doctor, por cierto que no. Yo aquí soy más feliz que en ninguna otra parte del mundo.

Y apoyó su cabeza en el hombro del dueño de casa, mirándolo a la vez a los ojos para convencerlo de la sinceridad de sus palabras.

Después del té, Brígida hizo un paquete con las tortitas que quedaron y se lo dio a Heidi.

-Para tu abuelo -le dijo.

-Bueno, corramos a la cabaña... -comenzó Heidi, pero Pedro la contuvo.

-Ustedes no van a la cabaña hoy -les dijo.- El abuelo me ha dicho así. Dice que hay una tormenta que se está preparando y que ustedes tienen que quedarse con nosotros por esta noche.

-¡Una tormenta! -exclamó Jamy.- ¡Pero si el cielo está azul! ¡Tú tienes que haberlo soñado!

-El cielo estaba azul cuando ustedes llegaron -dijo Pedro de pie en la puerta de la casa y señalando -pero miren. ¡Mientras hemos estado conversando y comiendo tortitas se ha puesto negro! -Yo pienso ir a la montaña lo mismo -anuncio Heidi.- No tengo miedo de la tormenta y no quiero que el abuelo esté solo esta noche.

-Pero es que él les manda ese mensaje -insistió Pedro.- Me dijo que le dijera al doctor...

-Gracias, Pedro. Obedeceremos al abuelo, ¿no es verdad, Heidi? Y sin discusiones, porque sabemos que él es muy razonable -dijo el padrino.

-Pero... -comenzó Heidi.

El doctor se limitó a mirarla con aire de sorpresa y la chica bajó los ojos confundida.

Hacia el anochecer todo se ennegreció, como si Dörfli se hubiera transformado en una aldea de sombras. Parecía como si las casas estuvieran sepultadas bajo una lápida y el aire estaba tan pesado que era difícil de respirar. Por el oeste, los relámpagos se abrían de tiempo en tiempo, pero no llegaba el sonido de los truenos. Inquietos, los vecinos de la aldea rondaban en sus propias casas y establos viendo si todo estaba bien sujeto y asegurado. Muy a menudo, cuando se producía algún incendio por los rayos de las tormentas, los pobres animales perecían en las llamas porque no lograban escapar, pero la costumbre persistía. Siempre, los aldeanos de Dörfli, cerraban sus establos ante la perspectiva de una tormenta.

En la casa grande, Heidi y Jamy se preparaban para irse a la cama bien temprano, porque planeaban dirigirse con Pedro hacia la montaña con el canto del primer gallo. Pero no fueron a dormir sin escuchar antes todos los chismes de la aldea -a cargo de la locuaz Brígida. Más de una familia se sentía amargada a causa del temperamento del maestro.

-Por mi parte me siento muy satisfecha de que Pedrito no tenga que ir ya a la escuela -declaro la buena mujer con un suspiro.- Las cabras no pueden hacerle daño, en cambio.

-¿Es que la escuela es tan mala, entonces? -preguntó Jamy.- ¿Es que no pueden contratar a un maestro nuevo?

-No es fácil -intervino el doctor.- Los chicos están muy salvajes. No hay maestro que pueda dominarlos.

-Yo podría -dijo Heidi serenamente.

Pero todos se echaron a reír ante la idea de la pequeña Heidi manejando un alumnado salvaje como era aquél. De modo que la niña no dijo nada más, aunque la conversación le dejó una impresión profunda.

El doctor le había pedido a Heidi que trajera su violín la próxima vez que fuera a la aldea, ya que no la habla oído tocar desde que regresó de la escuela de Hawthorn.

-Debo tocar muy mal -protestó Heidi -porque hace mucho tiempo que no practico.

-Seremos un auditorio indulgente -le aseguró el doctor.

Levantó el arco y comenzó. Pero no fue una de las composiciones que había aprendido en la escuela la que ejecutó. Fue la canción dulce y sencilla que Pedro y ella habían aprendido juntos. La armonía de los pinos se traducía a través de ella, las notas agudas y finas silbaban y gemían.

-La tormenta se ha metido ya en el violín -comentó la niña dejando a un lado el instrumento.- ¡Escuchen! Ya está rompiendo.

El viento, que bajaba furioso de la montaña, sacudía los pinos y los alerces y, poco después, las casas de la aldea crujían y se quejaban. El primer trueno estalló y corrió por el valle como el redoble de un tambor, muriendo gradualmente para ser seguido por otro y otros más. Por espacio de media hora siguieron atronando el aire. Heidi y Jamy estaban pegadas al doctor, espionando por una ventana, mientras Pedro y Brígida miraban ansiosamente por otra.

Hasta que de pronto, alguien corrió por las calles de la aldea gritando:

-¡Fuego! ¡Fuego en la montaña!

Heidi se puso pálida y corrió a la puerta, seguida por el doctor y Jamy. Brígida apuró el paso detrás de los otros, llevando las capas que se olvidaban.

Había empezado a llover y ahora los truenos parecían estallar más lejos. Allá arriba, en la montaña, un violento resplandor se agitaba. No quedaban ya dudas en la mente de Heidi. ¡Era la cabaña del abuelo!

Varios hombres se unieron al doctor, que ya estaba subiendo a toda velocidad hacia el Alm, provisto de su maleta de emergencia.

-No podremos hacer nada -dijo uno de los hombres.- Es demasiado tarde.

-Todavía podemos llegar a tiempo -contradijo otro.- Vaya adelante, doctor. Yo lo seguiré con un jarro de café para el tío si es...

No dijo más, pero todos entendieron.

Por un segundo, Heidi se quedó perfectamente inmóvil, como si se hubiera transformado en piedra; luego echó a correr, gritando por el camino; -¡Abuelo! ¡Abuelo!

Corrió y corrió, a la cabeza de todos, medio ahogada por los sollozos, pero con los ojos secos. Una y otra vez, repetía:

-¡Abuelo! ¡Abuelo!

Como no prestaba mayor atención a los obstáculos que encontraba, tropezó con las piedras, perdió el equilibrio y cayó una docena de veces en la ansiedad por llegar. No hizo pausas, no veía nada mas

que las llamas allá arriba. Alguien le dio alcance y le gritó por encima del ruido del torrente de agua que caía:

-¡Heidi! He visto pasar una sombra alta por delante del fuego. ¡Es tu abuelo, estoy seguro!

Y Pedro se detuvo casi sin aliento por el esfuerzo, mientras Heidi lo sacudía por un brazo.

-¿Es verdad lo que dices? ¿Viste una sombra delante del fuego?

-Sí, Heidi -alcanzó a decir el muchacho.- Vi su sombra y mis ojos son muy buenos...

Heidi, arrastrándole por un brazo, siguió su camino ascendente, pero ahora con menos celeridad, porque ella también, aflojados sus nervios, sentía la fatiga de aquella absurda ascensión en medio de la lluvia y la oscuridad.

-¡Pedro! ¿Oíste algo? -preguntó al cabo de un rato.

-No -respondió él -nada más que el trueno y la lluvia.

Al momento, el ruido de pasitos breves sonaron delante de ellos y dos formas aparecieron, deteniéndose a cierta distancia.

-¡Las cabras! -gritaron los jóvenes a un tiempo.

Apresuraron el paso y pronto se encontraron ya lo bastante cerca de la cabaña para ver las llamas brillantes y las chispas que se elevaban en el aire.

El miedo -se apoderó del corazón de Heidi.

-¡Pedro! ¿Dónde está el abuelo?

-Lo vi pasar frente a las llamas -insistió el muchacho.- Vamos más arriba.

Por fin encontraron al anciano bajo los pinos.

Estaba triste y débil. Miraba sin cesar las ruinas del hogar donde había vivido por espacio de tantos años; el lugar donde la pequeña Heidi lo había ido a buscar, trayéndole toda la alegría del mundo en sus pequeñas manos. Todo estaba terminado y se sentía arrancado de cuanto le era querido.

-¡Dios se ha llevado mi nido! Espero que pronto me lleve también a mi -pensaba tristemente.

No vio a Heidi hasta que ésta se echó en sus brazos.

-¡Mi pobre niñita!

Por un momento, Heidi no pudo más que sollozar, fluctuando entre la emoción feliz de encontrarlo con vida y la tristeza de la catástrofe que veían sus ojos. Por fin, con voz quebrada, murmuró:

-Debí haberme ido yo también.

Pedro debió erguirse en toda su estatura ante el anciano dolorido para dominar sus sentimientos. Su miedo infantil por el tío del Alm se convirtió en simpatía por aquel abuelo.

-Le ayudaré a reconstruir su cabaña -anunció -y el año que viene, todos cantaremos juntos:

*"Arriba en la montaña hay una casita nueva
porque lean tan valiente y tan constante,
la ha hecho con sus manos. . .*

El abuelo sonrió.

En ese momento, una cantidad de gente llegó desde la aldea, pero el doctor venía delante.

-El daño no es grande, mi querido amigo, desde que usted no se ha herido -declaró alegremente.- Vamos enseguida a la aldea y mañana haremos planes para la nueva casa, más grande y más cómoda. ¿Qué le parece hacerle a Heidi toda una habitación para ella en lugar de la camita en el altillo que siempre tuvo?

-A Heidi le gustaría -respondió el abuelo y se sintió completamente animado.

CAPÍTULO 11

EL FIN DE LAS VACACIONES

AL DÍA siguiente, el abuelo y el doctor subieron al Alm, con Pedro y sus cabras. Se detuvieron para ver lo que quedaba de la vieja cabaña y antes que un nuevo sol alumbrara aquellas regiones, ya tenían hechos los planes para reedificar.

Pocos días más tarde Pedro y el abuelo, con dos ayudantes de la aldea, se dedicaban a la tarea de construir una nueva casa.

Cuando la casa estuvo completa, hasta el abuelo dejó de sentir nostalgia por la cabaña humilde que se había consumido entre las llamas. No quedaba nada de la solitaria vivienda de ermitaño en la casa nueva y hermosa que ocupó su lugar. Había un dormitorio para el abuelo y una habitación aún más

grande para Heidi; una gran cocina muy cómoda y una sala que podía ser usada como dormitorio para cuando Clara y su padre vinieran a visitarlos, según era su costumbre cuando se acercaba el fin del verano.

El abuelo había sacado muchas cosas de la cabaña, cuando se dio cuenta de que nada podía hacer para librarla del incendio. El sillón que había hecho mucho tiempo atrás para Heidi, la camita de ésta; la gran olla de cobre que, utilizaba para hacer el queso en el fuego; la mesa y muchas otras cosas que él mismo había elaborado en su taller detrás de la cabaña. Ahora tenía un galpón para trabajar que resultaba mucho más apropiado. También Pequeño Cisne y Osito disponían allí de un establo separado, pero lo mejor de todo era que la nueva casa había sido levantada en el mismo terreno donde estuviera la antigua cabaña y los mismos pinos susurraban y cantaban por encima de ella.

Cuando Heidi miró por la ventana de su cuarto, vio el mismo panorama de siempre: el Falknis con su pico nevado y, allá abajo, toda la villa de Dörfli.

-Ya no necesitamos bajar a Dörfli ahora -observo el abuelo mirando pensativo hacia el valle.- Dörfli viene creciendo hacia nosotros.

Y así parecía. Las hermosas casitas de los aldeanos se iban extendiendo cada vez a mayor altura en la montaña. Ya Heidi y el abuelo no estarían sin vecinos, a pesar de que la nueva casa se encontraba a buena distancia por encima de las demás, como un águila posada en el borde de las rocas más altas.

-Pero, abuelo -protestó Heidi -¿no pensarás quedarte aquí todo el año, como hacías en otros tiempos?

-¿Y por qué no? Cuando hayas terminado la escuela, vendrás a vivir conmigo.

Heidi pensó en el invierno, en las gloriosas nieves, en los largos y veloces trayectos en trinco hasta la aldea. Sobre sus esquís también podría ella deslizarse sobre la superficie de la nieve hasta llegar a la aldea en escaso tiempo, aunque siempre quedaría el arduo regreso cuesta arriba.

-El doctor estará muy solo.

-Pues tiene a Pedro y a Brígida.

-No van a estar siempre con él. Pedro está planeando la reedificación de la casita de su madre tan pronto como pueda, y si yo vengo a enseñar, ¿cómo podrás estar trepando esta montaña continuamente?

-Ya veremos cómo se hace -dijo el anciano.

Pero Heidi sabía que él no deseaba otra cosa que estar en aquella casa con ella a su lado para que lo cuidara hasta el fin de sus días.

Había estado en la casa tres días y todo estaba en orden, el abuelo cómodo en su habitación y Heidi y Jamy alegremente instalados en la suya.

La sala, o lo que debía ser la sala, todavía estaba sin muebles. Pero el abuelo trabajaba afanosamente en su taller tallando maderas que a Jamy le parecían las maderas mejor talladas que habla visto en su vida. Heidi, por su parte, opinaba del mismo modo.

Estaba observando cómo el anciano unía las dos partes de un canapé finísimamente, tallado, que luego habría de ser tapizado para hacerlo más suave, cuando de pronto Jamy corrió hasta la puerta y señaló:

-¡Heidi! ¡Heidi! ¡Alguien viene por la montaña! ¡Han pasado la última casa de la aldea de manera que deben venir hacia aquí!

-¡Es Herr Sesemann... y Clara! -exclamó Heidi excitada de alegría.- ¡Oh, ahora conocerás a Clara! Fue por ella que yo fui a la escuela de Rosiaz.

-Y fue por ti que Clara echó a caminar, según he oído -replicó suavemente Jamy.- ¡Mira qué rápido suben!

Pondré a calentar agua en la pava para el té y tendremos una fiesta bajo los pinos -decidió Heidi.

Después que saludó a sus amigos de Francfort, fue corriendo a dar aviso a Pedro, porque no podía haber una fiesta completa sin él. Pedro, Brígida y el doctor subieron por el sendero de la montaña a tiempo para la fiesta. Por suerte, Brígida había hecho unas tortitas frescas y las traía consigo junto con una enorme salchicha de la alacena del doctor.

Bajo los pinos había un espléndido lugar cubierto de pedregullo y allí fue asentada la mesa además del banco largo del abuelo por un lado y tres sillas por el otro.

-Jamás he visto un servicio de mesa tan maravilloso! -exclamó Clara cuando todo estuvo listo.- Todo lo que necesitaríamos ahora es que Sebastián nos sirviera...

-... y que Fräulein Rottenmeier lo estropeará todo -terminó Heidi con una carcajada.

Durante todo el tiempo que duró el convite, hablaron alegremente del año que había pasado Heidi en Francfort, recordando el pillete del organillo, los gatitos y todos los incidentes que habían acabado con la tranquilidad de la pobre Fräulein, hasta que

Jamy confesó sus añoranzas con respecto a Mops, el gato de la escuela.

-Tenía esperanzas de que siguieras tus estudios de violín en París y vivieras conmigo -dijo Clara después, cuando conversaba con Heidi sobre sus planes de enseñanza en Dörfli.

-Puedo tocar para la gente de aquí -respondió la joven.- Y en París me sentiría muy triste por hallarme lejos de esto. El abuelo ya ha estado bastante tiempo solo. Te ruego que no me influyas, Clara, porque lo tengo decidido. Siempre viviré aquí y tú siempre vendrás a visitarme. Aquí soy feliz y aquí me quedaré mientras viva.

-Muy bien, Heidi -dijo Clara en tono de resignación.

Conocía a Heidi lo bastante como para saber que no cambiaría su decisión.

Las noches de agosto fueron hermosas. Durante toda la semana que permaneció allí, Clara no dejó una sola vez de admirar la puesta del sol. Heidi y Jamy fueron con ella a las rocas más altas y por lo general las acompañaba Pedro. A menudo se agregaban al grupo el doctor y Herr Sesemann, para escuchar mientras Heidi tocaba en su violín y la gente joven la acompañaba cantando la música encanta-

dora de las montañas. Hasta el sol parecía descender con cierto cuidado y lentitud para no interferir en las notas del violín. Pero así y todo, siempre desaparecía demasiado pronto tras las montañas teñidas de rojo. Cuando sus rayos comenzaban a desprenderse de los picos altos, tenían que iniciar el regreso a la cabaña del abuelo.

Por las noches se reunían todos en la gran cocina de la casa nueva y escuchaban las maravillosas historias del tío del Alm.

-Solamente un cuento más -repetía Clara rogando cuando llegaba la hora de irse a la cama.

Y el anciano comenzaba de nuevo.

Así pasó el verano. Jamy encontró que las historias y leyendas del abuelo eran muchísimo más interesantes que todas las cosas que podían leer en los libros de la escuela. Cuando llegaba el fin de las vacaciones sabía la historia de Suiza con sus múltiples leyendas y cantos alpinos, casi tan bien como Heidi y Pedro. Y Clara partió, resolviendo una vez más que nada podría impedir que al año siguiente viniera a pasar al menos otra semana con ellos, a las montañas, donde una vez había encontrado la salud, la fuerza y el valor para poder caminar.

Con septiembre, Heidi y Jamy regresaron a la escuela. Los árboles ya se estaban revistiendo de hojas amarillentas. Las lecciones recomenzaron y Mademoiselle Larbey programó varios paseos otoñales. Una tarde, las alumnas fueron a visitar el castillo de Chillón, donde Bonivard permaneció encerrado por espacio de seis años y las niñas vieron el piso de piedra gastado por el paseo de los condenados, engrillados en sus pequeñas celdas.

Heidi escribió al abuelo contándole los detalles y se sintió mortificada y herida más allá de toda expresión cuando el anciano le escribió diciéndole que había muchos lugares desagradables como aquel que había visto. "En Dörfli -le decía en la carta- la prisión se parece mucho a ésa".

Heidi sabía que en Dörfli había una prisión, pero hasta aquel momento pensó que era necesaria y útil. Ahora le parecía cruel y despiadada. Se preguntaba qué clase de gente tendrían encerrada.

-Cuando regrese a Dörfli -anunció a sus compañeras -voy a hacer algo con respecto a la prisión. La gente no tiene que ser encerrada como los animales del zoológico. No hay derecho.

-¿Qué es lo que vas a hacer? -le preguntaron riendo.- ¿Vas a tocar el violín para los presos?

-Podría hacerlo -replicó.- ¿Por qué no?. Le hicieron muchas bromas sobre el tema y terminaron por llamarla "la pequeña cruzada".

-¡Se va a dedicar a consolar a los condenados!

-Y les va a enseñar a las niñas de Dörfli cómo tienen que hacer para coser y tejer...

-Y a los muchachos a leer.

-Y se casará con el pastorcito de las cabras -finalizó Eileen sarcásticamente.

-¿Les parece una vida tan terrible? -preguntó Jamy asombrada.- Yo se la cambiaría por la mía de mil amores.

Hasta Eileen, que había mirado con cierto desprecio a Heidi, se sintió envidiosa cuando se fue enterando de los acontecimientos de aquel verano en Dörfli.

Y cuando Heidi regresó a su casa, al terminar su curso en la escuela, los buenos deseos de todas sus compañeras la acompañaron.

CAPÍTULO 12

SE ROMPE UN TIESTO DE FLORES

UNA TARDE de verano, mientras los picos del Falknis estaban iluminados por los últimos rayos del sol, Heidi se sentó frente a la ventana de su cuarto en la casa de su abuelo, mirando a través del valle en la lejanía. Su corazón estaba lleno de anhelo y; sin embargo, no deseaba otra cosa que permanecer justamente donde se hallaba, de manera que cada tarde pudiera contemplar el esplendor de las montañas y cada noche la música de los pinos y de los alerces.

Amaba a su abuelo y era feliz con él. Entonces, ¿qué era lo que la hacía sentirse solitaria?

Sus pensamientos corrían por regiones lejanas cuando de pronto vio a Pedro avanzar por el ca-

mino con una carta en la mano. La carta tenía un sello oficial, y cuando Heidi la abrió encontró en ella la respuesta a su pedido que se le permitiera enseñar en la escuela de la aldea.

-Tal vez sea esto lo que estaba esperando -dijo la joven con los ojos encendidos.- Esto me proporcionará algo que hacer.

-Pues no has estado ociosa aquí con tu abuelo -le recordó Pedro.

-Ya lo sé, pero siempre tuve deseos de enseñar.

-¡De modo que eso es lo que siempre deseaste!
-replicó Pedro bruscamente y la dejó leyendo su carta.

Los vecinos de la aldea la habían prevenido para que no hiciese el pedido. Decían que la escuela de Dörfli era una desgracia. Nadie podía manejar a aquellos chicos indisciplinados, y menos que nadie, una muchacha sin experiencia como era Heidi.

Pero Heidi recordó que Pedro también había sido un chico indisciplinado. No obstante ella le habla enseñado a leer. Si en aquel entonces había podido hacer tal cosa, ¿qué es lo que no podría hacer ahora? Estaba segura de que si los chicos de la escuela eran tratados con cariño y comprensión, responderían a su turno con cariño y comprensión.

El edificio de la escuela donde Heidi iba a enseñar, se levantaba en una de las colinas blancas del Falknis. Llegó temprano el primer día de clase y estuvo junto a la ventana contemplando el verde césped y los altos pinos.

Siguió las vueltas y vueltas del estrecho sendero que iba hacia el Alm, hasta que el mismo se detenía ante la nueva cabaña del abuelo. El pasto crecía a los costados del camino y no era tan alto ni poderoso como el que crecía en el valle, sino corto, tierno y dulce, salpicado con las pequeñas flores alpinas, llenas de colorido.

Le encantaba la vista que gozaba desde la ventana. Un tiesto de dulcísimas resedas florecía en la repisa de su ventana. Lo había traído desde la casa del Alm y el abuelo las había plantado. Podía verlo rondando la casa, un puntito negro sobre la falda verde de la montaña. Le resultaba muy bueno estar cerca de él, considerando que si hubiera ido a París a estudiar el violín, como le sugirieron Monsieur Rochart y Clara Sesemann, se hubiese encontrado muy lejos en aquel mismo momento.

Desde donde se hallaba podía distinguir a Thoni, el nuevo pastorcillo, que se movía por la montaña. Ya Pedro no ocupaba su lugar. Era propietario aho-

ra de un espléndido rebaño de cabras y lo guardaba, por el momento, en el establo del doctor.

Heidi pensó que el nuevo pastorcillo debía estar en aquel momento en la escuela. Consultó el reloj y descubrió que era bastante tarde. Pero su clase estaba vacía. El silencio se tendía por todos los rincones si es que ignoraba el tic tac del reloj. Afuera, ni un solo niño estaba a la vista excepto Thoni, que se ocupaba de sus cabras. Pasaron las nueve y pasaron las diez. El mediodía transcurrió sin que apareciera un solo alumno, ni una sola alumna. Por la tarde resultó del mismo modo.

-Tal vez se trate de un día de fiesta y yo no estoy enterada -pensó Heidi.

Reunió sus cosas y estaba por abandonar la escuela cuando un tumulto de voces se produjo afuera. Heidi se asomó a la ventana y vio un ejército de chiquillos que avanzaban por el sendero hacia la escuela, al mismo tiempo que gritaban con toda la fuerza de sus pulmones:

-¡Déjame verlo! ¡Déjame verlo! Si no lo has robado, ¿qué es lo que estás escondiendo?

-¡Te denunciaré al tendero! -dijo una voz que se elevó por encima de las otras.- Él te va a poner preso... y eso es peor que el cuarto oscuro.

El chico que corrí delante se dio vuelta y Heidi, observando desde la ventana, pudo distinguir una mirada de terror salvaje en sus ojos. Era el mismo terror que debían haber sentido los prisioneros del castillo de Chillon y, en su interior, Heidi pudo ver nuevamente las marcas de sus pisadas en el piso de piedra.

Abriendo del todo la ventana, gritó con todo el poder de sus pulmones:

-¡Alto!

-¡Ten cuidado, Chel! -gritó a su vez uno de los chiquillos.- ¡Allá está la maestra mirándote desde la ventana! ¡Espera a que llegues a la escuela! ¡Te va a meter en el cuarto oscuro!

Heidi se estaba preguntando de qué cuarto oscuro estarían hablando. Decidida a aclararlo, llamó nuevamente a los chicos. Chel levantó la cabeza y la vio. Se produjo un remolino en el grupo al arremeter Chel contra él y, en la confusión, alguien levantó una piedra del suelo y la envió violentamente contra la ventana.

Heidi se esquivó a tiempo y la piedra, en lugar de golpearla a ella, dio en el tiesto con fuerza rompiéndolo en mil pedazos. Las hermosas resedas cayeron por todas partes.

Todo el grupo de chiquillos se quedó inmóvil, mirando el daño; después se desparramaron por los alrededores corriendo como conejos. La escuela quedó silenciosa nuevamente.

Heidi se acercó tristemente a la ventana y recogió los pedazos de tiesto y las flores destrozadas en la caída. ¿Qué podía motivar el que los chicos actuaran en esa forma? ¿Acaso el maestro anterior los había atemorizado hasta el extremo de convertirlos en salvajes? ¿O es que se trataba del cuarto oscuro?

Heidi miró en torno. El aula de clase estaba igual que en los tiempos de su propia infancia, salvo los pupitres estropeados y el encerado roto. Una estufa había en el centro de la habitación; después, seis filas de bancos, tres a cada lado de la estufa. Recordaba cómo en los días más fríos, los niños solían acercarse en cualquier forma al calor de la estufa. El salón de clase había sido un lugar agradable en aquel entonces. La maestra era muy bondadosa. Pero con el maestro había llegado el reino del terror y Heidi se explicaba perfectamente el cambio.

El castigo había sido el primer pensamiento de aquel hombre cada vez que se producía algo fuera de lugar. Pero, ¿había sido tan cruel como para encerrar a los chicos en un cuarto oscuro? Y si era así,

¿dónde estaba ese cuarto oscuro? La escuela no tenía más que una habitación y dos armarios grandes uno a cada lado del pupitre del maestro; uno era para los tapados de las niñas y el otro para los sobretodos de los varones. Heidi abrió la puerta de uno de los armarios y descubrió que las perchas habían sido quitadas y que la ventana que tenía sobre la parte exterior del edificio había sido clausurada con tablas.

-¡Éste debe ser el cuarto oscuro! -exclamó cerrando rápidamente la puerta.

No había que extrañarse de que los chicos no quisieran venir a la escuela.

Al día siguiente, el aula estuvo vacío y al otro día del mismo modo. Heidi ya no estaba sorprendida, pero algo había que hacer.

Espero a la mañana del cuarto día y entonces fue caminando hacia la casa que se encontraba sobre las grandes rocas, donde ella sabía que se albergaba el cuidador de la escuela.

Justamente, a pocos metros se encontró de pronto cara a cara con la pequeña y desgredada Germaine Grube, quien debía encontrarse en la escuela en ese momento. La chiquilla se quedó paralizada de sorpresa. Las manos le volaron hacia la cabeza

en su intento de cubrir sus mechones de pelo enredado.

-¿Usted es la nueva maestra? -tartamudeó.- Usted no tiene que verme. Mamá me lo dijo. No estoy en condiciones de ir a la escuela y que me vea una maestra que es una señorita.

Cuando hubo dicho esto, la criatura se puso a llorar amargamente como si pensase que su desarreglada apariencia era motivo de castigo.

-Ahí viene mamá -sollozó por último señalando a una mujer que avanzaba por el sendero en dirección a la casa con una pala sobre el hombro y pendiente del brazo contrario una canasta con leña. Dos chiquillos venían colgados de sus polleras y una niñita corría detrás para no quedar sola en el camino.

La mujer habría seguido su marcha, pero Heidi se adelantó y le dirigió la palabra:

-Señora Grube, soy la nueva maestra y he venido a averiguar por qué los chicos no vienen a la escuela.

-Supimos que había habido una pelea -dijo la mujer apoyándose en la pala.- Antes de mandar a las chicas a la escuela, quiero esperar a que se termine

esa cuestión. No quiero que sean espectadoras de esas cosas.

-Pero es que no habrá ninguna pelea más- exclamó Heidi.- No tengo intenciones de castigar al chico que me rompió el tiesto de flores. Estoy segura de que se trata de un accidente y lo mejor será olvidarlo.

-Pero si usted llega a descubrir -aventuró Germaine asomándose por detrás de las polleras de su madre que fue Chel, ¿lo va a poner en el cuarto oscuro y nosotros tendremos que oírlo gritar?

-Yo no voy a poner a Chel ni a ningún otro en el cuarto oscuro -replicó firmemente Heidi.- Este año no se va a usar el cuarto oscuro. Lo voy a hacer transformar en un armario de ropa otra vez.

Hubo un momento de silencio. Después siguió hablando la madre de Germaine.

-Aun así no puedo mandar a mis chicos a la escuela. Cuando una tiene que trabajar de la mañana a la noche, es imposible encontrar el tiempo necesario para vestirlo apropiadamente. Una maestra mujer va a esperar que los alumnos se presenten lavados, peinados y con la ropa remendada. El maestro los obligaba a ir porque de otra manera yo no los habría

mandado con la apariencia con que han tenido que ir.

-Yo espero no necesitar obligarlos a ir -respondió Heidi amablemente.- Por favor mándelas mañana. Me ocuparé de que sean lavadas y peinadas en la escuela.

-Usted es muy bondadosa -dijo la mujer en un murmullo.

Heidi saludó y siguió su camino hacia la casa del encargado de la escuela. Lo encontró sentado en la puerta, fumando su pipa mientras su mujer preparaba la comida.

-Vengo a preguntarle qué es lo que debo hacer -comenzó Heidi.- Los chicos no vienen a la escuela. Parecen estar asustados de que los encierre en el cuarto oscuro. ¿Sabía usted, encargado, que el maestro que había antes hizo preparar una prisión en la misma escuela?

-Sí -replicó el hombre con calma.- Lo sabía. Siempre dejo que cada maestro use su propio método de castigo.

-¡Pero eso es horrible! -exclamó Heidi.- El maestro anterior era muy cruel. Era su temperamento con sus propias cabras. Yo creo que los chicos se gobiernan mejor con dulzura.

El encargado se ríó secamente.

-Hágalos ir a la escuela y use su sistema. ¿Quiere que mande un policía a buscarlos?

-Se lo agradezco, pero no quiero -replicó Heidi.- No debemos atemorizarlos más de lo que están. Entiendo que van a venir solos.

Descorazonada, se dirigió a casa del doctor, donde siempre iba a almorzar. En torno a la mesa habló de las dificultades con Pedro, Brígida y el doctor. Todos ellos se sintieron apesadumbrados de que Heidi no fuera feliz con la escuela como ella había calculado.

-Debieras haber seguido mis consejos -le dijo el doctor,- y haber continuado tus estudios de violín.

-También estabas trabajando muy bien con el dibujo -intervino Brígida.

-Pero Monsieur Rochat me dijo que jamás sería una ejecutante de categoría y yo estoy segura de lo mismo. ¿Qué es lo que quieres que haga?

-Preguntó bruscamente Heidi volviéndose a Pedro.

-A mí no me gustan las maestras -fue toda la respuesta que ofreció el joven.

-Pero, Pedro, yo te enseñé a ti una vez -insistió la joven.- Y a los chicos hay que enseñarles a leer.

-Prueba un poco más -dijo Brígida bondadosamente.- Los aldeanos están descorazonados ahora y los chicos asustados a causa del maestro que se fue. Y no le hagas caso a Pedrito. El buey lo ha puesto de mal humor.

-¡Ah! ¿Es el buey, entonces?

-Son más difíciles de manejar que las cabras -confesó Pedro.

Sin embargo, mientras Pedro conducía su carro tirado por bueyes en dirección a Maienfeld, donde negociaba la leche de su hermoso rebaño de cabras, Heidi sintió que su corazón se llenaba de orgullo. ¿Qué cosa mejor podía hacer un muchacho joven que tener su yunta de bueyes, ordeñar sus propias cabras y vender la leche para hacer ricos quesos? Gerard con su venta de huevos, ya no podía fastidiar más a Pedro, porque éste había formado su rebaño empezando con la pequeña y débil cabrita del maestro, la cual le había parecido a Gerard digna solamente del cuchillo del cocinero. Más tarde, cuando el maestro abandonó Dörfli, Pedro le había comprado todo el rebaño con los ahorros que había reunido.

Pero Pedro no era feliz en la aldea. La gran casa del doctor parecía aprisionarlo por todas partes y

muy a menudo él también se sentía lleno de anhelos. Volver a la montaña era su gran ambición. Estaba ahorrando dinero otra vez, pero cuando le habló a su madre de la casa que pensaba levantar en el Alm, ella le respondió:

-¿Pero por qué, Pedro? El doctor está contento de tenerlos con él.

-No podemos mirar hacia afuera -contestó el muchacho- la calle es ruidosa, las cabras están todo el día afuera en el apacentadero, mientras yo no hago más que llevar esos bueyes estúpidos a la ciudad. ¡Te digo que es como estar enterrado bajo una piedra! Me voy a ir cerca del tío. Él sí sabe lo que es tener libertad y allá arriba puedo respirar.

El tío del Alm se mostraba firme en su determinación de no bajar a la aldea por el invierno. Heidi se sintió inquieta por él hasta que se enteró de las frecuentes visitas que le hacía Pedro.

-Me ha dicho que te diga que tiene a Dios, a las cabras y a los pinos por compañía -le informó Pedro- y que no tienes que preocuparte. No se siente solitario.

Pero la joven sabía que el buen abuelo no pensaba más que en el beneficio de ella y que, a pesar de todo, ansiaba su compañía.

CHARLES TRITTEN

CAPÍTULO 13

CHEL

CUANDO Heidi llegó a la escuela a la mañana siguiente, después de haber visto al encargado de la escuela, se encontró con un grupo de niñas que la estaban esperando. Entraron a la escuela lentamente, cada una tratando de esconderse detrás de sus compañeras. Por fin una de ellas se animó a preguntar:

-Usted no va a castigar al chico que rompió el tiesto, ¿no es cierto?

Heidi movió la cabeza en sentido negativo y sonrió.

-¿No lo va a poner en el cuarto oscuro?

-No hay cuarto oscuro en la escuela -dijo Heidi.-
Ahora es un armario para poner la ropa. Tan pronto

como habiliten de nuevo la ventana, ustedes podrán poner sus tapados y sus bufandas en él.

Las chicas parecieron sentirse satisfechas con esto, pero todavía daban vueltas retorciéndose los dedos de las manos inconscientemente, como si hubiera algo más que quisieran establecer. Por fin Germaine explicó:

-Es que quieren ser lavadas y peinadas. Yo les dije que usted las iba a peinar y quieren tener el pelo trenzado como el suyo.

Heidi se echó a reír aliviada.

-A mí eso me encanta -dijo por último.- Ustedes no pueden pensar que soy una mala persona si es que quieren tener el pelo peinado como el mío. ¿Cuántas de ustedes saben cómo hacer una trenza?

Por el aspecto de aquellas cabezas enmarañadas, ninguna de las alumnas sabía cómo hacer una trenza, ni mal ni bien. Todas dijeron que querían aprender.

-Entonces ésa será nuestra primera lección. Quiero que todas se pongan en fila, con la chica más alta delante, de manera que las estaturas vayan siendo menores hasta llegar a la más chiquita.

Empujándose un poco y riéndose en grande, las niñas se apresuraron a hacer lo que se les pedía.

Cuando estuvieron en fila, siguieron a Heidi hasta la fuente, donde una por una se lavaron las manos, los brazos y la cabeza. Después las tuvo al sol para que se secara el cabello mientras ella iba a su escritorio a buscar un peine. Dividiendo el pelo de cada cabeza convenientemente, Heidi pasó un buen rato haciendo trenzas.

-¡Ya está! -anunció contemplando el espectáculo en torno.- Ahora saben cómo trenzarse el cabello.

La tarea dio buen resultado. Las niñas se miraban unas a otras, riendo felices y todas sin excepción parecían transformadas.

-Ahora -dijo Heidi una vez que estuvieron nuevamente en fila- les voy a contar un pequeño secreto. No podemos tener las lecciones regulares de la escuela hasta que vuelvan los muchachos, de manera que dejaremos los libros de lado por el momento y aprenderemos algo nuevo.

¿Quiénes de ustedes saben coser y tejer? Que levanten las manos las que sepan.

Ninguna mano se levanto.

-Muy bien -concluyó Heidi- cada una de ustedes debe traer mañana un vestido de los que hace falta remendar, o una media, o una blusa, o una camisa. Comenzaremos por aprender a coser.

Aquellas de ustedes que sean buenas, que hagan lo que les digo y traten de aprender rápidamente, recibirán un peine como regalo. Ahora pueden irse y pasar el día como les guste.

Las niñas corrieron por el sendero, mirándose unas a las otras como si apenas pudieran creer en la bondad con que se las había tratado. Después de conocer la dura disciplina que imponía el maestro, aquello era realmente un cambio. Se corrió rápidamente la voz de que la nueva maestra era amable y bondadosa y que estaba enseñando a las chicas de la aldea exactamente la clase de cosas que las industriales criaturas necesitaban saber.

Pero había sido un muchacho el que rompió el tiesto y así, cada uno de ellos, temiendo ser culpado, esperaba que los demás se atrevieran a presentarse antes.

Por espacio de ocho días prosiguieron las lecciones de costura y tejido. La promesa de nuevos peines obró maravillas. Cada una de las niñas estaba ansiosa por la recompensa. Varias de ellas en realidad, ya la habían recibido. La clase contaba con la sincera aprobación de todas las madres y cada día llegaban nuevas alumnas. Heidi había hecho un pedido tan grande de peines que el tendero de la aldea

llegó a pensar que la maestra se proponía iniciar un pequeño negocio por aquel lado, y cuando recibió otros pedidos de hilo, agujas, madejas de lana, tela, cintas y presillas, se sintió convencido plenamente.

Heidi, ocupada con la aguja, ayudaba a remendar una blusa aquí o una media más allá, cuando de pronto un terrible escándalo se escuchó frente mismo a la escuela. Corrió a la ventana y vio a un grupo de muchachos que vociferaban. En medio de aquel alboroto, dos hombres trataban de arrastrar a un chico que se defendía vigorosamente, furiosamente, mordiendo, dando puntapiés, arañando y peleando con tal energía, que los dos hombres aun con la ayuda de todos los chicos que gritaban: no eran capaces de moverlo.

Por fin, superado por el número, dejó escapar un grito de desesperación que llegó al corazón de Heidi.

Abriéndose camino entre el montón de gente, llegó a encararse con los dos hombres que tironeaban del chico. Reconoció a Chel inmediatamente, el que había sido el héroe del otro escándalo, el que finalizara con la rotura de su tiesto de flores.

-¿Qué es lo que ha hecho? -preguntó.- ¿Adónde quieren llevarlo.

-¿Que qué ha hecho? -gritó uno de los hombres.- ¡Qué es lo que no ha hecho podría preguntar más bien! Esta vez hasta ha atacado al encargado que ordenó que se lo castigara. Lo traemos al cuarto oscuro de la escuela.

-¡No! ¡No! ¡Al cuarto oscuro no! -chillaba el chico.- Les digo que yo no lo hice. Yo no lastimaría a jilguero por nada del mundo.

-¡Jilguero! -exclamó Heidi más asombrada que nunca.- ¿Qué tiene que ver la cabra del encargado con todo este asunto?

-Chel la hirió -explicó el hombre.- Le tiró piedras y le rompió una pata y ahora no puede caminar. Y cuando el encargado lo reprendió por eso, le tiró piedras a él también. Tiene que ser castigado por eso!

-Tal vez -dijo Heidi.- Pero por cierto que no será encerrado en el cuarto oscuro. Ese sitio no tiene aire ni luz con la ventana clausurada como está. ¡Yo no pondría allí una bestia! Mucho menos a un chico.

-Pero yo no lo hice -insistió el muchacho.

-Bueno, ¿qué es lo que le ocurrió a la cabra entonces? -preguntó uno de los hombres volviéndose furioso contra él.- Tiene la pata completamente fracturada. ¡No puede caminar! No hace más que

estar tirada en la paja temblando y el veterinario no puede ser llamado hasta mañana.

-¡Pobre jilguero! -murmuró Chel que parecía haberse olvidado de su propia situación al pensar en la cabrita.

-¿Por qué no explicas lo que ha ocurrido, Chel? -preguntó afectuosamente Heidi.

El muchacho sacudió la cabeza tristemente y no formuló réplica alguna.

-Esto es lo que sucedió -dijo el hombre que había hablado primero.- La cabra desapareció del apacentadero. Más tarde regresó a su establo, saltando en una sola pata. La pata rota estaba sujeta con un corbatín que todos los chicos han reconocido como de propiedad de Chel. Él le ha sujetado la pata pensando que nadie se fijaría en los detalles.

-No, eso no es verdad -interrumpió Chel.- Lo hice para que pudiera volver al establo sin que la pata le doliera mucho.

-¡Ustedes son testigos! ¡Admite haberle puesto la mano encima a la cabra! -exclamó el segundo hombre.

-Entonces, ¿tú sabías que la cabra tenía una pata rota? -preguntó Heidi a Chel, a quien ins-

tintivamente creía inocente.- ¿Cómo sucedió si es que no fue una piedra la que la golpeó?

-Se cayó de una roca -respondió tristemente el chico.

Heidi podía creer fácilmente eso, recordando los numerosos pasos estrechos y las escapadas de la cabra en la época en que Pedro era el pastor.

-Si se cayó de una roca, ¿cómo hizo para subir otra vez? -preguntó uno de los presentes. ¿Y no pudiste tú atarle la pata en el fondo del abismo?

-Llegué hasta donde se encontraba y la ayudé a subir -dijo Chel.

-Ustedes oyen lo que está diciendo! -dijo uno de los hombres dirigiéndose al grupo de espectadores.- No pudiste haber estado cerca del rebaño en el apacentadero sin que te viera el pastor.

-Es incapaz de decir la verdad -manifestó el hombre que lo tenía sujeto.- Vamos, muchachos. Vamos al cuarto oscuro de la escuela.

-¡No! ¡No! ¡No lo permitiré! -gritó Heidi.

Chel comenzó a luchar nuevamente cuando el hombre intentó arrastrarlo.

-¡Yo no hice nada! -gritó apelando a Heidi.

-Él es el que tiró la piedra a la ventana de la maestra y rompió el tiesto de flores! -gritó uno de los chicos del grupo.

Una nueva expresión de terror se extendió por el rostro de Chel y desvió su mirada de la cara de Heidi, como diciendo: "¡Ya no tengo esperanza alguna!"

-Eso no tiene nada que ver con este asunto -replicó Heidi rápidamente.- Nadie puede afirmar si es o no culpable de lo sucedido a la cabra y no será castigado hasta que no se tenga la seguridad. Entretanto, ¿por qué no lo dejan conmigo? Lo llevaré a casa del doctor Reboux, quien estoy segura de que no tendrá reparos en hacerse responsable por él.

Los hombres aceptaron la propuesta, aparentemente aliviados por la feliz circunstancia de librarse de aquel endemoniado chico. La clase de costura de Heidi estaba perdida por aquel día, de manera que despidió a las alumnas y llevó a Chel directamente a casa del doctor. El chico caminó junto a ella en silencio pero al llegar a la puerta hizo ademán de resistirse. Afortunadamente el doctor apareció a tiempo y Heidi anunció alegremente:

-Aquí está el hijo pródigo, doctor. ¿Ha matado usted el becerro más gordo? -dijo Heidi en tono

bíblico, para añadir enseguida:- Este chico ha recibido un susto mayúsculo y sabrá apreciar sin duda una cama blanda por esta noche, después de alimentarse con un poco de pan y queso. ¿Cree usted que podrá arreglarlo?

-Procuraré. Entra, hijo. Nadie te hará daño aquí -le aseguró el buen hombre.- ¿Qué significa todo esto? Conversemos a ver si llegamos a entendernos.

Chel levantó la mirada hacia el doctor con los ojos medio salvajes y medio asustados y luego la apartó como para eludir su examen mientras contaba su historia una vez más.

-Tienes que comprender, Chel, que deseo ayudarte -le dijo el doctor cuando hubo terminado.

-Sí -respondió el chico- pero no se por qué.

-Porque una vez yo fui un muchacho como tú -le replicó el doctor. -Y yo sé cómo se siente uno cuando se lo acusa de algo que no ha hecho. También sé cómo es eso de haber hecho algo malo y temer que alguien lo descubra. De modo que ya ves que puedes hablarme con entera franqueza como si yo fuese tu padre. ¿Has dicho la verdad? Chel parecía más y más sorprendido, como si apenas entendiera lo que le estaba diciendo el doctor. Permanecía silencioso, mirándolo larga e interrogativamente a la cara.

-Dime, Chel. No tengas miedo -lo urgió el médico.

Entonces, como si estuviera saliendo de un sueño, respiró profundamente y dijo con voz muy clara:

-Sí, he dicho la verdad. No tiré piedras a Jilguero. Es la cabra más hermosa de todas las que hay en la región y yo no sería capaz de hacerle daño por nada en el mundo.

-Te creo -dijo el doctor- pero todavía no entiendo. Dicen que el pastor te habría visto si te hubieras acercado al rebaño o al apacentadero, donde las cabras estaban pastando.

-No fue allí donde yo estaba. Jilguero no se cayó por ese lado -protestó Chel.

-Todavía no entiendo. La cabra estaba con el rebaño. ¿Dónde pudo haberse caído entonces?

El chico no respondió.

-¿La viste caer? -preguntó Heidi.

-No, la oí balar allá en las rocas -respondió penosamente, tratando de evitar la mirada de Heidi.

-¿Y tú? ¿Dónde estabas en ese momento? -preguntó el doctor.

Nuevamente el chico se quedó callado.

-Escuchad, Chel -dijo Heidi, tomándolo por una mano.- Es por tu propio bien que el doctor te hace estas preguntas. Si él logra dar una buena explicación al encargado, que está tan enojado contigo, no serás castigado. Y si has hecho algo realmente malo y te sientes sinceramente arrepentido, él se las arreglará para que tampoco seas castigado. Y en cualquier caso, nadie te va a meter en el cuarto oscuro. Nadie irá al cuarto oscuro mientras yo sea la maestra de la escuela.

-Usted no diría eso si supiera lo que yo hice- murmuró Chel con los ojos bajos.- Yo le tiré una piedra y rompí su tiesto de flores.

-Pero tú estás arrepentido de eso, ¿no es cierto? -preguntó Heidi suavemente.

Chel asintió sin levantar la vista.

-¡Muy bien! Dame la mano y mírame. Tú puedes verlo por ti mismo: no estoy enojada. Ya que tú estás arrepentido, yo te perdono y no pensaremos en lo ocurrido nunca más. Lo pasado olvidado.

Una luz tibia brilló en los ojos de Chel.

-¿Todavía no quieres decir al doctor qué es lo que sucedió con la cabra; ¿Dónde estabas tú y dónde cayó la cabra? Es sólo para que él se lo pueda explicar a los otros.

Bajó los ojos otra vez y negó con la cabeza.

-Bueno, dejaremos este asunto por ahora -manifestó el doctor en tono bondadoso.- Es probable que se sienta más dispuesto después que se haya alimentado.

Llamó a Brígida y le pidió que agregara otro plato en la mesa, pero cuando la buena mujer vio que se trataba de Chel, le echó una mirada de desconfianza. Había oído historias terribles sobre el chiquillo y sabía que su padre tenía una fama espantosa en toda la región.

Cuando Pedro llegó y supo que jilguero había sido herida, fue muy difícil convencerlo de la inocencia de Chel.

-¿Por qué tomas la parte de este chico? -le preguntó a Heidi.- Si es inocente, ¿por qué no cuenta toda la historia?

-Puede que le sea difícil hablar de eso -replicó Heidi.- Tienes que entenderlo, Pedro. Las palabras nunca te salían a ti con facilidad, ¿recuerdas? Este muchacho se parece a lo que habrías sido tú mismo de no haber tenido a tu buena madre y la abuela ciegucecita que te enseñaba cómo conducirte correctamente.

-Y tú, Heidi -agregó él -recuerda cuando me enseñaste a no golpear a las cabras, aunque en verdad que llevaba la vara de avellano sólo para mortificarte a ti. Jamás necesitaba usarla.

Este chico no necesita ser enseñado a querer a las cabras. Eso ya lo sabe él -señaló Heidi -porque de otro modo no habría vendado a jilguero con tanto cuidado. Lo único que necesita aprender es a ser más bondadoso con los seres humanos... y eso es muy difícil cuando la gente ha sido tan cruel con su persona. Creo, no obstante, que si alguien en el mundo puede enseñárselo, es el doctor. ¿No lo crees así?

-Lo creo -replicó Pedro y por fin pareció satisfecho de que Chel se quedara.

CAPÍTULO 14

CON EL DOCTOR

A LA MAÑANA siguiente muy temprano, cuando el doctor entró en su habitación, Chel estaba absorto en la contemplación de una pequeña pintura colgada de la pared y no oyó los pasos de su protector. El doctor se acercó a él y el chico se sobresaltó, dándose vuelta como si lo hubiesen sorprendido haciendo algo que estaba prohibido.

-Chel, tú puedes mirar el cuadrito todo lo que quieras -le dijo el dueño de casa sonriendo.- ¿Qué te parece?

-¡El blanco es hermoso! ¡Esas flores son todas blancas! No sé cómo se llaman.

El doctor estudió por un instante aquel rostro infantil. Bajo su expresión salvaje, parecía haber un

fondo espiritual que casi se mostraba en la superficie como si se tratara de un chico a quien se lo ha sorprendido mientras se arrodilla ante un altar en la iglesia.

-Ya veo que sabes apreciar la belleza -comentó.-
¿Alguna vez has tratado de dibujar o de pintar?

Antes de contestar, el chico miró con miedo detrás de él.

-¿Se ha ido la maestra? -preguntó finalmente en un murmullo.

-Sí. Hoy es sábado y se ha ido a casa de su abuelo en la montaña.

-¿Y Pedro? Pedro piensa que soy culpable. Se lo aseguro.

-Nada de eso -replicó el doctor.- Lo que sucede es que Pedro es muy joven y muy impaciente. Se siente como un pez fuera del agua en mi casona porque está acostumbrado a estar con sus cabras en el apacentadero.

-Yo sé cómo se siente -dijo Chel inmediatamente apretó los labios como si lamentara haber hablado demás.

-Por otra parte -añadió el doctor- Pedro quiere mucho a Jilguero.

-Yo también la quiero mucho -respondió tristemente el chico en tanto volvía el rostro hacia la ventana.

Brígida preparó un espléndido desayuno para el pequeño forastero, pero éste comió con poco apetito.

-Bebe la leche -le dijo acercándole la tazona.

-No tengo sed de leche de cabra -replicó el chico.- Aceptaré solamente el queso.

Luego del desayuno, el doctor llevó a Chel a su habitación y le dio un libro.

-Tengo que hacer una visita -le explicó- y debes quedarte aquí hasta que regrese. No puedes salir de esta casa hasta que tengamos una explicación apropiada para ofrecerle al encargado. Así lo he prometido, de manera que mi casa viene a ser una especie de prisión para ti.

-A mí me gusta estar aquí -respondió Chel mirando en torno como si verdaderamente le encantará aquel ambiente.

-Entonces prométeme que te quedarás tranquilo hasta que vuelva. Ponte a leer mientras esperas.

-No sé leer -replicó Chel sencillamente, sentándose no obstante con el libro.

Después que hubo hecho su visita, el doctor decidió que sería provechoso tener una conversación con el encargado mismo, antes de insistir con sus preguntas ante el chico. Allí había más de un problema, como parecía en principio. Había que considerar la cuestión no sólo de quién había herido a la cabra, sino también de quién había herido de aquella manera el espíritu del muchacho y qué era lo que se podía hacer en su beneficio.

Cuando el doctor llegó a casa del encargado, éste se encontraba en su establo, arrodillado sobre la paja, delante de Jilguero. Murmuraba algo como para sí y el doctor percibió que estaba sumamente enojado.

-¿Cómo está la cabra? -pregunto.- ¿No ha venido el veterinario?

-¡Sí que ha venido! ¡Y esto me va a costar bastante dinero! Acérquese y mire esto -dijo haciendo un movimiento para indicar al doctor el daño.- Jilguero está aquí tirada en la paja, como usted la ve. La pobre cabra está medio enloquecida de dolores. Y mientras está así, no puede estar dando leche. Ella sabía mejor que ninguna de las otras cabras dónde encontrar los pastos más ricos y más tiernos y su leche era algo maravilloso... aunque nunca daba

tanta como las otras. Las otras dan mucho más, pero simplemente leche. ¿Esta? ¡Daba leche que parecía miel hecha con flores! ¡Y mire lo que ese bruto ha hecho con el pobre animalito!

-¿Se refiere usted a Chel? -preguntó el doctor.- Es por él que he venido a verlo. Estoy convencido, encargado, de que el muchacho no hirió a propósito a su cabra. Chel quiere mucho al animal y se siente muy apesadumbrado por el hecho de que se encuentre herida. Una cosa es cierta: la cabra se cayó en alguna parte y Chel no le arrojó piedras en ningún momento.

-¿Usted dice eso? -gritó el encargado fuera de sí viendo que el doctor defendía a Chel.- Todo el valle conoce las barbaridades que hace ese chiquillo. ¡Miente, roba y tira piedras! ¡No hay una sola persona de los alrededores que no tiemble ante su proximidad!

-Pues se ha portado muy bien en mi casa -replicó el doctor muy sereno.

-¿Se ha portado bien, eh? -rezongó el hombre.- ¡Pero si ese chico no sabe cómo tiene que comportarse en ninguna parte! Probablemente ha aprendido dos o tres cosas de su padre, que fue muerto en una de sus correrías nocturnas. Nadie sabe a dónde va y

de dónde viene. ¡Y trate de atraparlo y ponerlo a trabajar! Eche una mirada a esas manitos de bebé, suavecitas y sin rasguños y entonces me dirá si alguna vez pudo haber hecho el menor trabajo.

El resentimiento del encargado contra Chel, le soltaba la lengua. Nunca había estado tan elocuente. El doctor escuchó todas sus quejas con profunda tristeza porque él por su parte le había tomado cariño a Chel y lo quería hacer ir por el buen camino. Además, se daba cuenta de que Heidi confiaba en el pequeño y pocas veces la joven se equivocaba en semejantes juicios. Chel no decía mucho, eso era verdad, pero su temperamento parecía ser muy distinto de lo que el encargado y los aldeanos parecían pensar.

En cualquier caso, el doctor estaba seguro de una cosa. Chel no había hecho daño con mala intención a la cabra del encargado. Sentía esto con demasiada fuerza como para dudar de su intuición.

-Sea lo que sea lo que en otras oportunidades haya hecho, esta vez creo que se equivoca y trata al muchacho injustamente -declaró con firmeza.- No veo razón para dejarlo prisionero en mi casa por más tiempo y entiendo que debo dejarlo en libertad y aconsejarle que vuelva a la escuela.

Pero el encargado ni quería oír hablar de aquello. Sostenía que Heidi no iba a ser capaz de manejar a un chiquillo tan atravesado.

-Yo sabía que este asunto de tener una maestra mujer no daría resultado -continuó.- Lo anuncié al consejo de la escuela, pero ellos insistieron en hacer un cambio. Bueno, se dieron el gusto. ¡Lecciones de costura! Y ni un solo muchacho varón que vaya a la escuela, otra semana más en estas condiciones y mandaré a un policía detrás de los muchachos para llevarlos a la fuerza a la escuela, diga lo que diga Heidi. La bondad puede tener eficacia con las niñas, pero con los varones hace falta la mano del hombre.

-Entonces, déjeme manejar a este chico por mi cuenta -dijo el doctor.

-¡Muy bien, manéjelo si puedes! Yo me lavo las manos de todo el asunto -replicó el encargado.

Le volvió la espalda y se metió en su casa.

Cuando el doctor regresó, encontró a Chel inclinado sobre el libro que le había dado. Con un movimiento rápido como la luz, había ocultado algo en un bolsillo. El doctor tuvo una terrible sospecha de la cual se arrepintió enseguida. ¡Chel no podía estar ocultando nada que le hubiese robado a "él"! El chico parecía muy complacido de volverlo a ver.

-Chel ya no eres un prisionero de esta casa – le anunció.- Le dije al encargado que estoy convencido que tú no heriste a la cabra con intención.

-¿Pudieron arreglarle la pata para que no renquee? -preguntó el chico ansiosamente.

-SI, el veterinario ya la examinó -replicó el médico un poco sorprendido de ver que Chel se sentía más interesado en la cabra que en sí mismo.- Puedes irte cuando quieras, pero vuelve tan pronto como quieras y conversaremos. Te pido que vayas también a la escuela -añadió.

El rostro de Chel se oscureció ante esta última invitación.

-¿Tendré que ir a la escuela?

-En algún momento -dijo el doctor -tendrás que ir, de manera que es mejor que empieces ahora. Y otra cosa –continuó -búscate trabajo, no importa cuál. En las grandes granjas de Maienfeld seguramente lo encontrarás. Todos tenemos que trabajar. Y también tienes que alimentarte como corresponde. No te quedes por ahí afuera en las noches, para que la gente sospeche cosas feas de ti. Nadie sabe adónde vas... Si te hablo así, Chel, es porque siento grandes deseos de verte bien encaminado, para que

cada vez que suceda algo, la gente no se ponga a decir: ¡Lo hizo Chel!

Toda la alegría huyó del rostro del muchacho. Tendió la mano al doctor, levantó su mirada preocupada hacia él y se fue.

CAPÍTULO 15

PEDRO ABRE LA MARCHA Y HEIDI LO SIGUE

EN TODA la aldea de Dörfli, la admiración por Heidi creció día a día. Las madres y las abuelas abrían los ojos de sorpresa, cuando veían los espléndidos trabajos que las niñas estaban haciendo en la escuela. Los chicos, lo mismo que las chicas, aprendían cosas nuevas todos los días.

Porque los chicos volvieron a acostumbrarse a ir a la escuela y comenzaron entonces las clases regulares, ya que todos se enteraron de que Chel confesó haber sido el autor del atentado contra el tiesto de flores.

Un día, cuando Heidi llegó para dar su clase, vio un gran tiesto de flores puesto por la parte exterior

de la repisa de la ventana. Al abrir las persianas un delicado perfume subió hasta ella desde el grupo de blancas violetas de los Alpes que florecía en el tiesto. Se sintió encantada. ¿Pero quién las habría puesto allí?

Pensó primero en Chel, pero, ¿dónde iba a encontrar Chel un tiesto tan hermoso? Además, si estaba tan ansioso por complacerla, ¿por qué no había hecho lo que le pidió el doctor, viniendo a la escuela? Nada se sabía de él desde varias semanas atrás. Tampoco había vuelto a ver al doctor el buen hombre se sentía decepcionado, culpándose a sí mismo por haber dejado ir al muchacho sin averiguar antes con certeza con quien vivía y que era lo que intentaba hacer.

De vez en cuando Heidi preguntaba a los alumnos de la escuela y a los aldeanos que encontraba por las calles si sabían qué se había hecho de Chel. Pero nadie lo había visto. No venía ahora a la aldea en busca de sus comidas y ninguno estaba en condiciones de calcular siquiera dónde podía ir a dormir. Se enteró entonces Heidi que cuando el padre del chico murió, seis de los aldeanos le ofrecieron bondadosamente cama y comida y que Chel vivió con los seis durante un tiempo, volviendo algunas veces

por comida. Pero ahora no había regresado a ninguna de las seis casas. Nadie sabía qué le había sucedido y a la mayoría parecía no importarle.

Heidi comenzó a sentirse más y mas preocupada. Por la noche, cuando se arrodillaba cerca de la ventana y contemplaba a través de ella las montañas, el buen Dios parecía estar más cerca y a menudo pedía la joven para que el Señor protegiese a Chel y lo condujese sano y salvo hacia los que lo querían.

Una noche, mucho después que el abuelo se había ido a dormir, Heidi estaba frente a su ventana mirando las estrellas y observando cómo la luna formaba un halo en torno al pico más alto del Falknis.

Pero esta noche había algo impresionante en torno a la luna. No poseía ninguna de las virtudes amistosas que el tibio sol arrojaba sobre los picos de la montaña durante el día, ni se distinguía el rosado brillo que se reflejaba generalmente en los anocheceres. Convertía a los glaciares en fantasmas y en sombras renegridas las grietas que los separaban.

Heidi se estremeció y estaba a punto de cerrar las persianas, cuando de pronto oyó pasos rápidos por

el lado de afuera y enseguida un golpe en la puerta. Bajó velozmente la escalera y preguntó quien era.

-¡Déjame entrar! -gritó una voz.- ¡Tengo noticias!

Heidi abrió la puerta.

-¡Pedro! ¿Eres tú? ¿Qué es lo que quieres a esta hora? -preguntó la joven con súbito temor, -¿Está bien tu mamá? ¿Le ha sucedido algo al doctor?

-Nada le ha sucedido a nadie -replicó plácidamente Pedro.- Pero yo he encontrado el lugar a donde va el chico y pensé que te gustaría venir a ver.

-¿Descubriste dónde está Chel? ¡Bueno, dímelo, Pedro! No te quedes ahí como una cabra indecisa.

-No puedo decírtelo -dijo Pedro -pero si vienes conmigo te enseñaré dónde es.

-¿Enseñarme? -exclamó Heidi asustada.- ¿Quieres que vaya ahora?

-Sí, puedes venir ahora si quieres. Hay una luna poderosa y podré encontrar el camino fácilmente.

-No, Pedro, yo no puedo salir así como así en medio de la noche -protestó Heidi.- Pero dime, ¿está bien?

-Nunca estuvo mejor -contestó Pedro sonriendo.

-Entonces espera a mañana e iré contigo. Duerme aquí. El abuelo tiene lugar y mañana, a la luz del día, iré donde quieras llevarme y me mostrarás lo

que quieras mostrarme. Ahora, buenas noches, Pedro.

Y la joven corrió hacia el piso alto, dejando a Pedro frente a la cama nueva que el abuelo había tallado con maderas blancas.

El sol apenas se habla levantado cuando Pedro abrió la puerta y llamó, pero Heidi ya estaba en pie y vestida, preparada para el viaje.

-Vamos ya -le dijo.- Espero que recuerdes dónde prometiste llevarme.

-Sí, me recuerdo muy bien -replicó el joven.- Ayer mismo hice ese camino. ¿Salimos ahora?

-Bebe esta taza de leche primero y come un pedazo de pan. Yo también voy a comer algo. No podemos empezar a caminar y caminar sin haber tomado desayuno. ¡Quién sabe dónde podremos encontrarnos! -terminó, sonriendo.

-¡Quién sabe! -coincidió Pedro devolviendo la sonrisa.

El abuelo se había levantado ya y después de saludar alegremente a Pedro, le preguntó si había dormido bien.

-Iremos a la iglesia en las montañas hoy -le dijo el muchacho.- No nos echará de menos, tío. Tendrá con usted a las cabras, a los pinos y a las campanas

de la aldea para hacerle compañía. Y cuando regresemos es posible que tenga todavía otro huésped más para probar sus ricos quesos.

Partieron con alegre ánimo. Nubes sonrosadas pendían en el espacio. Antes de que pasara mucho tiempo el sol se mostraría en todo su poder. Los pinos que bordeaban el sendero mostraban su negrura contra el nacimiento del astro rey y cada uno de ellos tenía una sombra diferente.

Pedro eligió el sendero que conducía al paso más alto. Treparon silenciosamente por la montaña. El sol partió por fin en su viaje cotidiano y todo pareció resplandecer: las flores junto al camino, los alerces allá en los picos, las rocas que sobresalían sobre su cabeza. Todo brilló con su mejor traje de los domingos. También brillaban los ojos de Heidi. Pero, ¿dónde la llevaba Pedro?

Había ya subido por espacio de una hora y debían encontrarse en la cima del paso. Pedro dejó bruscamente el camino y tomó hacia la izquierda, por donde la ladera de la montaña estaba cubierta de árboles. Llegaron así al borde de un bosque que parecía impenetrable. Los pinos enormes crecían muy juntos; aquí y allá yacían troncos y ramas en el suelo. Pero Pedro continuó su avance. Saltaba como

una ardilla sobre los obstáculos que se interponían en su camino.

Heidi se detuvo.

-No, Pedro, no podremos cruzar por aquí -manifestó.- Debes haberte olvidado del camino.

-No, no, no me he olvidado -insistió él.- ¡Mira cómo he marcado los árboles!

Heidi vio un breve corte fresco sobre un tronco y se dio cuenta de que el joven no se equivocaba.

-Vamos, Heidi, tú puedes seguirme -la urgió tendiéndole la mano para ayudarla.

La joven dudó un momento, pero finalmente aceptó la mano que se le ofrecía y subió con facilidad. Él la condujo detrás de sí a través de matorrales y ramas caídas, trepando por encima de los viejos troncos caídos, pisando las capas crujientes de hojas secas, pero siempre con el ojo alerta para descubrir las señales que había hecho en los árboles para marcar el camino. Apartando ramas y enredaderas, Pedro pacientemente redujo los obstáculos que podía encontrar Heidi en su avance. Por fin llegaron a un claro, dejando tras ellos la frondosidad del bosque.

Nunca había visto Heidi nada más hermoso que el espectáculo que tenían ante los ojos. Se encontró

a sí misma en un prado lleno de sol y de flores: primavera roja, anémonas tenidas de color de rosa, violetas de dulce aroma y gencianas de un profundo azul. Altos picos coronados de nieve se elevaban delante de ella hacia el cielo azul. Entre los riscos altos brillaban glaciares enormes que daban la impresión de estar a punto de deslizarse hacia el valle, como inmensos ríos cuyas aguas hubieran sido reunidas y congeladas. Las flores lanzaban la armonía de sus colores contra el fondo centelleante del hielo y la nieve.

-¡Pedro! ¡Pedro! ¡Recuerda a la abuelita... su himno ... su jardín!

Emocionada de alegría, Heidi apenas podía hablar. Todo parecía flotar delante de sus ojos en la luz encantada de la montaña. Corrió hacia el borde del prado y, como había supuesto, contempló el hermoso valle que se extendía hasta cerca de Maienfeld. ¡Pero cómo estaban cortadas las rocas! Se erguían como lanzas en el fondo del abismo. Se inclinaba sobre el borde del precipicio cuando sintió que le tiraban de la ropa.

-¡Heidi! ¡Ten cuidado! Por ahí es donde cayó Jilguero -gritó Pedro, todavía sujetándola por la pollera.

-¿Jilguero? Pero, ¿cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

-Chel -replicó Pedro tranquilamente.

-¡Pedro! ¡Te has hecho amigo de él! Debí haberme dado cuenta. El chico se parece en muchas cosas a ti.

-Tú podrías haberte hecho amiga de él también -respondió Pedro- de no haber sido la maestra. ¡Vamos, ya estamos cerca!

-¿Cerca de dónde? -preguntó Heidi.- Pedro, ¿adónde me llevas?

-Tú querías saber qué ha sido de Chel -contestó el joven.

Un súbito temor se apoderó de ella.

-¿Ha sido el padre de Chel quien le enseñó este camino? Dicen en la aldea que era contrabandista. ¿Era por aquí que traía el contrabando hasta el valle?

-Por este lado nadie puede bajar -dijo Pedro señalando el borde del precipicio.- El padre de Chel jamás trajo a su hijo aquí. El chico lo encontró por sí mismo. Heidi, no debes creer todo lo que se dice en la aldea.

-Ya sé que la gente está llena de prejuicios -replicó ella.- Siempre tienen sospechas de todo lo que

no comprenden. Es por el hecho de que deseo que los chicos crezcan con un mejor sentido de la comprensión, que yo quiero enseñar. Dime, Pedro: ¿por qué me dijiste que pude haber sido amiga de Chel, de no haber sido la maestra?

-Porque te tiene miedo -replicó Pedro.- Quiso volver a la escuela cuando supo lo buena que eres. Y fue un día. Pero vio que las tablas están clavadas todavía sobre la ventana, de manera que se dio cuenta de que el cuarto oscuro aún está allí. El chico tiene miedo porque muy a menudo no sabe qué es lo que está bien y qué es lo que está mal, hasta que ya lo han castigado.

-Me doy cuenta -respondió lentamente Heidi.

Las palabras de Pedro la habían llevado a una determinación.

-Tengo que hacer algo con esa ventana -murmuró.- Veré mañana mismo al encargado.

CAPÍTULO 16

SE DESCUBRE UN TALENTO

MIENTRAS avanzaban juntos por el estrecho sendero de roca, Heidi sujetaba fuertemente la mano de Pedro y con la mano libre se tomaba de los árboles enanos que surgían por entre las grietas.

Por último, llegaron a una masa rocosa que sobresalía como un techo y por debajo de ella había una plataforma donde finalmente pudieron caminar con mayor seguridad.

Heidi miró el abismo allá abajo estremecida y luego volvió la cabeza descubriendo que se encontraba delante de la entrada de una enorme caverna.

-Pedro, ¿qué es esto... -comenzó.

Pero una voz gritó desde adentro salvajemente:

-¡No pueden venir aquí! ¡Es mía, le digo que es mía! ¡Es mía! ¡No la dejaré entrar!

Era Chel que mientras gritaba se disponía a inclinarse para recoger una piedra. Pedro lo sujetó firmemente por el brazo.

-¡Espera un momento, muchacho! -exclamó enérgica pero serenamente.- ¿Es así como recibes a un huésped? Quise enseñarle a tu maestra dónde podía encontrarte, pero ahora que estás aquí, puedes mostrarle el sitio tú mismo.

Los ojos del chico eran como los de un animal salvaje.

-¡No le mostraré -gritó.- ¡No quiero que se lleven mis cosas!

-Ella no ha venido a quitarte tus cosas, Chel.

-¡Es una maestra!

-¡Sí! -replicó' Pedro, haciéndole una mueca burlesca a ella- es una maestra. Pero para mí es la misma que solía venir al apacentadero y, si es que la conozco bien, se sentirá tan contenta como yo, cuando le muestre tu secreto.

-Pero fui yo quien encontró este lugar -soltó el chico.- Es mío y hasta aquí no puede venir nadie.

-¿Y por qué tienes miedo de que te sigan?- preguntó Heidi.- Aquí arriba no puedes tener nada que ocultar.

Pedro se echó a reír ante estas palabras y el muchacho lo miró.

-Muéstrale lo que tienes que ocultar, Chel. Es por eso que la he traído aquí.

Chel miró a Heidi y ésta le sonreía afectuosamente.

-¿Usted no me va a quitar todas mis cosas ni me va a impedir que siga haciendo lo que hago? -preguntó, cediendo apenas.

-Jamás quitaré nada que te pertenezca, Chel Pedro puede decirte si soy capaz de hacer una cosa semejante.

-¿Nos dejarás entrar entonces? -preguntó Pedro.

El chico dudó, los miró a la cara y después, haciéndose a un lado les abrió paso.

La luz del sol penetraba unos metros dentro de la caverna, pero más allá todo quedaba envuelto en la más absoluta negrura. Cerca de la entrada había una mesa y un banco de confección rústica. Cuatro estacas clavadas firmemente en una tabla formaban la mesa y el banco estaba construido con el mismo método. La mesa, el banco y los alrededores estaban

cubiertos con restos de cacharros de todos los colores imaginables.

Heidi tuvo que agachar la cabeza para entrar y a una invitación de Pedro se sentó en el banco para echar una mirada en torno. Delante de sí tenía varios pedazos de papel cubiertos con pinturas y entonces se dio cuenta de por qué el lugar estaba materialmente cubierto de restos de loza. Aquello había sido utilizado para mezclar colores sobre... extraños colores que Heidi no había visto jamás. Examinó los dibujos.

-¿Qué es esto? ¿Quién lo hizo? -pregunto.

-Yo -replicó Chel como si confesara una falta.

-¡Pero es que son encantadores! -exclamó fascinada por lo que veía en los papeles.

Era una pintura de rosas blancas y lirios sobre una tumba; una hiedra de un verde sorprendente, mezclado con amarillo, se extendía en torno a la tumba y a las flores. Heidi lo estudió por un momento, preguntándose dónde había visto aquello antes. Después se dio cuenta de que era una copia de un cuadrito que estaba colgado en la pared de la pieza de huéspedes del doctor en Dörfli. El dibujo era hermoso y la copia exacta, a pesar de los colores extraños.

-Tú pintaste todo esto, Chel? ¿Estas rosas, estos lirios, esta hiedra también? -preguntó asombrada.

Chel asintió, con los ojos dirigidos hacia el suelo.

-¿Va usted a quitarme todo esto y a prohibirme que siga pintando? -preguntó ansiosamente.- Pedro me dijo que usted no haría tal cosa. ¿No está enojada conmigo?

-¡Mi querido muchacho! ¿Enojada contigo? ¡Pero si me siento encantada! ¡Qué satisfecho se va a sentir el doctor cuando sepa de este talento maravilloso!

-Pero yo creía que era una cosa mala -tartamudeó Chel.- El maestro decía que estaba mal dibujar. Él... él me quitó los dibujos y me metió en el cuarto oscuro.

-Ya ves -anotó Pedro.

-Ya veo -replicó Heidi.- ¡Ese pobre y estúpido maestro! -No reconocer este talento! Probablemente tu estarías dibujando cuando se te pedía que hicieras otra cosa, Chel. Ésa es la razón. Pero en mi escuela hay un nuevo curso de arte y, si tú vienes, te daré buenos colores y entonces verás qué hermosas serán tus flores. Pero dime antes, Chel, ¿te quedas en esta caverna siempre? ¿Te quedas aquí por la noche?

Un cambio repentino se produjo en la expresión del chico. Echó atrás la cabeza y la sensación de animal perseguido que daba su rostro desapareció.

-¡No está enojada! -exclamó -¡Y me dará lindos colores! ¡Y mis flores serán hermosas! Quiero decirle todo, todo lo que sé. ¿Por dónde empiezo?

-Dile primero qué hiciste y dónde fuiste, cuando desapareciste tantos días y nadie sabía nada de ti -le propuso Pedro.

-Me fui -declaró Chel elevando una mirada llena de franqueza hacia ella.- Mi padre ya no estaba allí y no recuerdo nada de mi madre. Me fui con los otros chicos y nos peleamos y nos tiramos piedras unos a otros. Cada vez que yo le acertaba a uno de los otros, se ponía a gritar: "-¡Se lo diré a tu padre para que te castigue!" Después venía el padre y me golpeaba. Pero cuando ellos me pegaban a mí con las piedras, yo no tenía un padre a quien decírselo. De modo que al fin comencé a alejarme y alejarme cada vez más lejos como para que nadie pudiera encontrarme. Cuanto más lejos me iba, las flores eran más hermosas y yo sentía deseos de recogerlas todas. Recogía en verdad grandes ramos, pero por la tarde estaban marchitas y todos los colores desaparecían. Entonces pensé: si tan sólo pudiera copiarlas las

conservaría para siempre. De manera que me dediqué a dibujar flores con el lápiz que tomé de la escuela. Y tomé papeles también. Pero el maestro no tenía colores, de manera que procuré obtenerlos y con grandes dificultades. Sin el color, las flores no eran las mismas.

Heidi escuchaba con profunda atención.

-¿Entonces fue cuando hiciste los colores que veo en estos papeles? ¡Pero si es maravilloso, Chel! ¿Cómo pudiste hacerlo?

-Primero me ocurrió la idea de exprimir las flores -dijo- pero nada obtuve en esa forma. Lo único que conseguía era estropear y romper los pétalos. Entonces decidí exprimir fresas y así obtuve un hermoso púrpura con el cual podía pintar.

Después encontré pequeñas cerezas rojas en el bosque, con las que tuve un maravilloso color, y -descubrí también una flor, por último, de la cual pude sacar el amarillo y algunas hojas para tener un verde. Donde tuve más dificultad fue cuando quise hacerme los pinceles. Utilizaba los dedos o bien el pedúnculo de las flores, pero no resultaba bien porque no sostenían el color.

-Chel -le repitió Pedro viendo que seguía absorbido por la descripción de su técnica -¿por qué

no nos dices la causa de que no hayas vuelto a casa de los aldeanos que te daban para que comieras y durmieras, después que murió tu padre?

-Fui a varias casas -dijo el chico -pero en todas me mortificaban. Por otra parte, mientras me dedicaba a recoger flores, muchas veces encontraba alguna cabra que me daba su buena leche. La que más quise fue jilguero. Ella aprendió a conocerme tan bien que cuando me veía salía corriendo a mi encuentro. Me seguía a todas partes. Un día le dije: "jilguero, encontraré para ti las mejores hierbas de toda la montaña y a cambio de las hierbas tú me facilitarás un poco de tu leche".

-Pero eso no está bien, Chel -dijo Pedro.- Desde que la cabra pertenece al encargado, su leche también pertenece al encargado. ¡No puedes hacer un trato semejante con una cabra!

Chel se mostró sorprendido.

-¡Pero es que yo le facilité tantas cosas lindas para comer! -protestó al cabo.- Ninguna de las otras cabras estaba tan bien alimentada. Un día vine por estos sitios, abriéndome camino entre los arbustos. Estaba buscando un lugar adonde nadie pudiera llegar para quitarme lo que es mío. Salí del bosque justamente en ese lugar donde florecen tantos pim-

pollos y mientras yo corría de una a otra flor para observarlas de cerca, Jilguero apareció corriendo hasta llegar a mi lado. Me había seguido a través del bosque y por entre toda aquella maleza. ¡Es tan inteligente! Le dije que me esperara mientras miraba las flores porque después iríamos a recoger las hierbas que tanto le gustaban. Terminé de examinar las flores y había recogido un buen ramo para regalárselo como banquete a Jilguero. Pero Jilguero había desaparecido. La llamé hasta que escuché su respuesta con pequeños balidos, como hace siempre que yo la llamo. Pero no podía ver dónde se encontraba. Miré en las rocas, pero no estaba. Por fin descubrí que el balido venía desde esa saliente de la roca. Bajé con todo cuidado y descubrí esta caverna. Jilguero balaba como diciéndome: "Mira, encontré esta hermosa habitación para ti. Podrás esconder tus cosas aquí y nadie las descubrirá nunca". Era lo que yo quería.

Aquí me encontraba perfectamente seguro y en paz y podía trabajar a mis anchas. Me hice la mesa y el banco. Jilguero se acostumbró a venir a visitarme. Una vez, en lugar de dar vuelta por aquí para llegar, trató de llegar directamente a la caverna por el frente. Se resbaló y cayó. Yo les dije que no la había

apedreado. Se rompió una patita. ¡El encargado mintió! Por eso le tiré piedras a él.

-Eso estuvo mal -dijo Heidi.- Nunca más tienes que arrojarle piedras a nadie, Chel. Prométeme que nunca más lo harás.

-¿Me pondrá en el cuarto oscuro si lo hago?

-Yo no pongo a los chicos en el cuarto oscuro.

-Pero el cuarto oscuro está allí todavía -protestó Chel.- Yo lo sé. Lo vi la vez que fui con las flores...

-¡Oh, Chel! -exclamó Heidi.- ¡Fuiste tú! Ahora sé que has sido tú quien me trajo esas hermosas flores. Me hacen feliz todos los días. Y ahora que se que has sido tú el que me las llevó, me harán doblemente feliz. Has estado pensando en mí entonces, aunque no hayas vuelto a la escuela. ¿Porqué no volviste? ¿Es sólo porque tienes miedo del cuarto oscuro?

-Nunca iré a una escuela que tiene un cuarto oscuro -anunció el chico.- ¡Nunca! ¡Nunca mientras viva!

-Debes haber estado allí muchas veces -comentó Pedro.- ¿Cómo era eso y por qué te metía allí el maestro?

-Me ponía en el cuarto oscuro cada vez que me encontraba dibujando -explicó Chel.- Pero hay una

mujer en la aldea a quien le gustan mis pinturas. Es la esposa del Pastor y ella ha sido muy buena conmigo. Varias veces me ha dado pan a cambio de mis trabajos. Y alguna vez me ha regalado ropas viejas de su hijo. Me dio también el tiesto para esas violetas. Pero le hice prometer que no diría nunca a nadie que yo sabía dibujar, porque entonces se enteraría el maestro y me metería en el cuarto oscuro. Ella fue la que pidió que sacaran al maestro, de modo que supongo que es por eso que usted ha venido a la escuela -añadió volviéndose a Heidi.

-Supongo que así será -coincidió Heidi.- La esposa del Pastor ha sido maestra y es una mujer muy buena.

-Pero yo no voy allí más -prosiguió Chel.- Una vez estaba en la puerta de la casa del Pastor y le llevaba unas pinturas a la señora. Pero unos cuantos chicos me vieron y me corrieron. Vieron que estaba escondiendo algo y trataron de quitarme mis dibujos. Dijeron que había robado algo del negocio de la aldea. De modo que agarré a uno de ellos y le di tan fuerte con el puño que fue cayendo por las rocas y se hizo un agujero en la cabeza. Fue la vez que usted salió a la ventana y le rompí su tiesto de flores. Después, cuando el encargado dijo que yo le había tira-

do piedras a Jilguero y me iban a encerrar otra vez en el cuarto oscuro, usted vino y me salvó. Usted me ayudó aquella vez de modo que pensé que debía llevarle el tiesto que me dio la señora del Pastor a cambio de mis pinturas...

-¿Y tú ibas a ir a la escuela, verdad, hasta que viste que todavía estaba ahí el cuarto oscuro?

-Si -admitió Chel.- Pero no me podrán hacer ir más.

-¡Pobre Chel! -dijo Heidi apoyando afectuosamente una mano en el hombro del chico.- No trataré de hacerte ir a la escuela. Pero esta vida salvaje en los bosques y estas andanzas secretas han llegado a su fin. Tú vienes a mi casa conmigo. Mi abuelo es viejo y yo estoy en la escuela casi todo el día. El abuelo está muy solitario. Se pondrá contento de tenerte como compañía.

-¿No crees que será mejor que venga a la aldea conmigo? -preguntó Pedro.- El doctor le ha tomado cariño y cuando se entere de lo del talento para el dibujo y la pintura estoy seguro que querrá ayudarlo a educarse como lo hizo contigo.

-Pero el abuelo está tan solo...

-El doctor está tan encariñado con él...

Chel miraba una cara y otra, preguntándose si no despertaría pronto de algún sueño, para descubrir que todo no era más que eso, un sueño. Antes nadie lo había querido. Había sido tan perseguido, un apedreado, un individuo al que había que dar caza, viviendo una vida salvaje para no ser aprisionado y temiendo a todo ser humano. Ahora se le abrían las puertas de dos hogares. Tamaña buena fortuna parecía ser casi increíble.

-¿Pero si voy a vivir con el doctor, podré venir algunas veces a la caverna? -preguntó por fin.

-Nosotros vendremos juntos aquí muchas veces -le dijo Heidi.- Te enseñaré cómo usar los colores que tengo en la escuela y harás copias de todas las flores que crecen en el prado que está encima de esta roca. Pero ahora, vamos. ¿Nos enseñarás el camino para volver, quieres?

-¿Debo llevar mis cosas? -preguntó Chel, echando una mirada de inquietud a sus rústicos enseres de pintor.

Lleva tus pinturas y enséñalas al doctor, pero deja lo demás. Las encontrarás aquí, en tu fortaleza, cada vez que vengas.

El chico recogió sus papeles y salió adelante para mostrarles el estrecho sendero rocoso que iba hacia

el prado superior. Una vez arriba, Pedro y Heidi se detuvieron por un momento mirando la cadena de picos blancos, las relucientes pirámides de nieve y los hermosos jardines que estaban debajo de ellos.

-Era necesario que viniéramos aquí -dijo Heidi por fin.- Pedro tenías razón al traerme. Ahora sé por que el abuelo vive en la montaña. Y, gracias, gracias mil veces por haberme dado la sorpresa más agradable que he tenido en mi vida.

CAPÍTULO 17

LOS ALDEANOS SE AMOTINAN

CHEL pasó la noche en la habitación de la casa del doctor, donde había tomado la imagen de las flores que había intentado copiar. Pero esta vez, cuando el doctor entro, no trató de esconder lo que estaba haciendo. Estaba atareado, copiando el cuadrado en la parte de atrás de un papel de envolver.

El doctor le dio una hoja grande de papel blanco y dos lápices con buena punta. Después, tomando el cuadrado de la pared, lo ubicó convenientemente en la mesa, delante del artista.

-Ahí tienes, puedes trabajar todo el día si quieres. No necesitas ir a la escuela todavía. Pero antes de hacer una mancha en ese papel, vete a la fuente con

Brígida y ella te mostrará cómo debes hacer para lavarte.

Chel contempló en silencio por un momento sus elementos de trabajo y después recordó.

-Gracias -dijo y salió corriendo para cumplir con la orden.

Después de la hora de la escuela, Heidi pasó por la casa para ver cómo iba todo. Pero se quedó muy poco rato. Quería ver al encargado cuanto antes.

Salía el hombre del establo, cuando la maestra llegó a la casa.

-¿Cómo anda Jilguero? -le preguntó.

-Desde hace varios días parece más animada a pesar de su pata rota -replicó el encargado.- ¡Ah! ¡Es un animalito muy inteligente... una maravilla! ¡Es muy distinta de las otras! No hubiera querido deshacerme de ella por nada. Pero hay algo que observé cuando se rompió la pata y que no he podido comprender. Ahora da mucha más leche que antes, pero la leche no es la misma. Ya no tiene el delicado sabor que tenía.

A Heidi no le pareció el momento propicio para resolver aquel misterio, aunque para ella el caso era completamente claro. Tenía otras cosas de que hablar con el encargado.

-El doctor ha llevado a Chel a vivir con él -comenzó.- Y yo he venido a pedir que me haga un cambio en la escuela, para que nadie tenga miedo de regresar a las clases. Será muy sencillo. Deseo que saque esas tablas que clausuran la ventana del armario y que reponga el vidrio que había antes.

El encargado se quedó tieso como una estaca y miró a Heidi como si la joven estuviera hablando en un idioma desconocido para él. Pasaron varios segundos antes de que recuperara la voz, pero cuando lo hizo, sorprendió a Heidi por la vehemencia que puso en la respuesta.

-¡Yo he venido sosteniendo desde que comenzó este curso escolar que era inútil traer una maestra, una mujer como maestra! ¡Pero yo, yo mismo, no concebí que las cosas pudieran ser tan malas como para llegar a esto! ¿Usted se supone que me he tomado el trabajo de armar un cuarto oscuro en la escuela para ir ahora a deshacerlo? ¿Y todo por qué? Para que el peor de todos los alumnos, un vagabundo conocido en varias millas a la redonda, no tenga miedo de volver a la escuela. ¡Un inútil que no sirve para nada más que para lastimar a las cabras! ¿Tendremos que reformar la escuela para él? ¡Ah, sí, sí!

Estaba tan excitado que sus manos volaban por el aire mientras vociferaba. Tanto odio, tamaño prejuicio, parecían casi increíbles a Heidi, a quien asistía la seguridad de que lo que el chico necesitaba era precisamente cariño.

-Acerca de Chel no diré nada -replicó.- Usted tiene ideas preconcebidas a tal punto que jamás las podré cambiar con simples palabras. Chel habrá de mostrarle a usted de lo que es capaz y eso será mucho más efectivo. En cuanto a mi pedido no tiene nada de extraordinario. El cuarto oscuro está allí y no hay una sola madre en Dörfli a quien no le gustaría verlo transformado nuevamente en armario. Si usted se rehusa a hacerlo, entonces ya se puede ir buscando a otra persona que venga a enseñar en su escuela. Yo no deseo ser responsable de un sistema de enseñanza basado en el miedo.

Inmediatamente la pequeña Nanni, que no había perdido una sola palabra de la conversación de la maestra y su padre, corrió todo lo que le permitían sus piernecitas hasta la casa más próxima.

-¡Germaine! ¡Germaine! ¡Apúrate! ¡Ven pronto!
-gritó a su amiga que estaba atareada ayudando a su madre en la cocina.

Germaine llegó corriendo, mientras se secaba las manos.

-¡La maestra se va! ¿Qué haremos? -gimió Nanni en medio de su angustia.

-¿Qué dices? ¿Es que no hacemos todo lo que ella quiere que hagamos? ¿Acaso no adoramos las clases de costura y de arte? ¿Por qué quiere irse? -preguntó Germaine.

-¡Porque papá clavó las tablas del cuarto oscuro! ¡Y no quiere sacarlas! -gritó Nanni corriendo hacia la casa siguiente.

También Germaine corrió a llevar la nueva terrible. Por la noche toda la aldea sabía que Heidi quería irse, aunque nadie sabía por que.

-¡Porque el encargado clavó las tablas en la ventana! -era lo único que podían repetir.

Cuando todas las aldeanas hubieron terminado su faena diaria, encontrándose más o menos afectadas por la noticia, se echaron al camino. dirigiéndose a casa del encargado. Cuando éste vio aquella muchedumbre subiendo por la montaña, salió fuera a su vez, pensando que Chel habría hecho otra de las suyas y que la aldea se encontraba en armas una vez más.

Pero lo que oyó fue algo distinto. Las mujeres lo atacaron agriamente y le preguntaban por qué hacía que Heidi se fuera de la escuela. Si Heidi pedía alguna cosa extraordinaria es porque tendría sus razones. Ellas, las madres, conocían mejor que nadie las ventajas que la presencia de la nueva maestra había proporcionado a la aldea y no iban a permitir que nadie quisiera imponer la idea de que Heidi se fuese.

A su turno llegaron los hombres, uno tras otro, para ver que sucedía. El criterio de ellos era el mismo. ¿Por qué permitir que una persona tan buena y tan dedicada a su labor abandonara la escuela? Desde que Heidi enseñaba en la escuela de Dörfli todo parecía haber cambiado para bien. La escuela apenas se reconocía, tan prolija, tan limpia como la tenía. Los chicos andaban limpios, se portaban bien y rara vez tenían escaramuzas. No, ellos tampoco estaban de acuerdo con que la nueva maestra se fuese. ¿Qué significaba eso de que la ventana había sido clausurada?

Cuando por fin se le permitió explicarse al encargado, éste dijo que la cosa en si no tenía ninguna dificultad. Se trataba sencillamente de sacar unas tablas, poner un vidrio y transformar un cuarto oscuro en un armario para la ropa de los escolares.

Pero lo que no era admisible era que la maestra hubiera tomado tan categóricamente el partido de aquel vagabundo de Chel, a tal punto que había convencido al doctor para que lo adoptara y lo llevara a vivir con él.

Por todas partes se oyeron exclamaciones de sorpresa. Los aldeanos pensaron en principio que Heidi debía haber pedido algo irrazonable. Pero esto era no sólo razonable sino justo y correcto. Y en cuanto al hecho de que Heidi hubiera tomado a Chel por su cuenta, demostraba que la chica no era débil de carácter.

Allí mismo, todos se ofrecieron a ayudar en lo que correspondía a las alteraciones a hacerse en la escuela. El encargado fue completamente derrotado.

--¡Tengo que admitir que ella tiene razón en muchas cosas y es una buena muchacha! Pero... ¡ese inútil!... ¡Bah!... ¡Ya verán! ¡Ya verán!- gruñó volviéndose hacia su casa.

Varias semanas más tarde, cuando los chicos llegaron a la escuela como de costumbre, vieron a un muchachito muy bien vestido, sentado junto a la ventana, frente a un pupitre, dibujando. Estaba copiando un cuadrito con hermosos colores y tenía la cabeza inclinada sobre su trabajo.

-¡Debe ser un artista para ser capaz de copiar ese cuadro! -murmuró una de las niñas mientras se deslizaba en su banco.

El chico estaba tan dedicado a su labor que no miró ni a izquierda ni a derecha, de modo que ninguno pudo verle la cara. Pero de pronto, los agudos ojos de Germaine descubrieron algo y se inclinó hacia el oído de su compañera para susurrar:

-¡Es Chel! ¡Mira! ¡Te apuesto cualquier cosa a que es Chel!

-No es Chel -replicó Nanni.- Mi padre dijo hoy mismo que ya veríamos qué inutilidad sería ese chico, con todo el tiempo que hace que no viene a la escuela.

-¡Es Chel! -declaró obstinada Germaine.

Cuando terminó la clase, la niña se detuvo en su camino y miró hacia atrás justamente cuando el chico levantaba la cabeza. Tenía zapatos nuevos, brillosos, una camisa blanca y un traje que estaba tan prolijo y era tan bueno como el mejor de los que se veían en los días domingos por la aldea... ¡Y era Chel! Germaine lo reconoció enseguida, pero la verdad es que tenía la expresión completamente cambiada. Germaine le dedicó una mirada más y después salió corriendo para anunciar el milagro a

todas las compañeras que la esperaban en el patio de la escuela.

Ninguno de los chicos se quedó charlando o jugando por el camino ese día. Todos corrieron a sus casas para llevar la noticia.

Por espacio de cuatro semanas, Chel, encendido de entusiasmo, había trabajado bajo la experta dirección de doctor Reboux. Hizo tales progresos que hasta Heidi y Pedro, que habían depositado gran confianza en sus posibilidades, se sintieron sorprendidos. Pero durante todo aquel tiempo el doctor lo había mantenido alejado de los otros chicos, primero, para observarlo y llegar a conocerlo bien antes de que retomara su lugar en la escuela y, en segundo lugar, porque no quería que apareciera en público nada del vicio Chel, sino que deseaba que la aldea conociera a un Chel absolutamente transformado.

En esa época, Heidi volvió muy a menudo a la caverna de Chel, donde, con sus espléndidos materiales de color, le ayudó al chico a copiar las encantadoras flores que crecían allí, en el lugar que ella y Pedro habían decidido llamar "el jardín encantado". Mientras trabajaban allí, los ojos de Chel brillaban de entusiasmo porque podía ahora dibujar

y pintar todo lo que quería sin necesidad de esconderse de todos y sin tener por delante el problema de la preparación de sus propios pinceles y colores.

Cuando Heidi valoró su labor y le dijo que si continuaba en esa forma, llegaría a ser seguramente un gran artista, el corazón del niño se llenó de felicidad. Sólo de vez en cuando una leve sombra velaba sus ojos brillantes y una expresión de miedo aparecía en ellos. Pero cuando Heidi lo interrogaba, él se las componía para animarse y le respondía que no era nada.

Después de estudiar la pintura de ciertas flores silvestres, que Chel había hecho, Heidi observó:

-Tu trabajo me maravilla, pero ¿por qué das a estas anémonas un rosado tan diferente del que aparece en el cuadrado que estás copiando?

-Es que conozco muy bien esas flores -replicó Chel rápidamente.- Y son exactamente del color con que las he pintado, se lo aseguro. Es exactamente este color y no el que aparece en el cuadrado. Las he visto florecer muy a menudo cerca de la caverna. Hay muchísimas por aquí.

Heidi sonrió.

-Entonces has hecho muy bien en pintarlas así. Ya ves que ayudará muchísimo a tu trabajo el conocimiento certero que tienes de las flores. Tengo que acordarme de decirle esto al doctor.

El rostro de Chel volvió a brillar de emoción, pero en el momento en que la joven mencionó al doctor se ensombreció y, esta vez, no pudo reaccionar el chico.

-¿Qué es lo que sucede? -preguntó Heidi.- ¿No tendrás inconveniente en que hable al doctor de tus pinturas, verdad?

-No. ¡Oh, no! No es eso -balbuceó Chel, volviendo la cabeza.

-¿Qué es entonces? Dime de una vez por todas qué es lo que te preocupa, Chel -lo urgió Heidi.

-Hay momentos en que me siento tan feliz, que gritaría de pura alegría. Veo un cuadro entonces delante de mis ojos. Veo al doctor dejándome otra vez solo o diciéndome que nuevamente soy libre. Entonces, allí estoy, solo, forzado a tirar piedras para protegerme y escondiéndome para poder pintar. Entonces, un día, el encargado me atrapará otra vez y no habrá nadie que me defienda porque yo no pertenezco a nadie... ¡A nadie! ¡Entonces todo habrá terminado! ¡Todo habrá terminado! -exclamó el

chico en el colmo de la desesperación. ¡Chel! -exclamó Heidi tomándole la mano.- Nunca debes volver a pensar en eso. Tú le perteneces al doctor. Él te ha tomado para que estés siempre con él, como si él fuera tu padre. ¿Sabes que un chico pertenece a su padre?

-¡Sí! -contestó Chel en tono de duda.- ¿Pero esta segura?

-Vamos ahora mismo a casa -replicó ella -y el doctor te lo dirá él mismo. ¡Entonces estarás seguro! Ya no tendrás que preocuparte por eso nunca más en tu vida.

Cuando llegaron a la casona y el doctor aseguró a Chel que todo lo que Heidi le había contado era verdad, el chico tomó aquella mano generosa que se le había tendido y la estrujó como si no quisiera dejarla escapar.

Se secó las lágrimas y levantó la mirada hacia el rostro del buen médico.

-Entonces, cuando alguien quiera mortificarme, puedo decir también: "¡Se lo diré a mi padre!" ¿Y usted no me va a abandonar? -preguntó.

El doctor lo abrazó afectuosamente y le repitió una vez más que desde aquel momento era su hijo y

que tenía su hogar en aquella casa, con él, mientras viviera.

CAPITULO18

CHEL PAGA UNA DEUDA

LA transformación de Chel dio mucho que hablar a los aldeanos por mucho tiempo. Más aún, atribuyeron a Heidi todo lo bueno y agradable que sucedía en varias millas a la redonda. No había persona en la aldea que no pensara que lo peor que le podía pasar a Dörfli, era que la nueva maestra se fuera de allí. Hasta el encargado estaba convencido de esto.

Hasta el final del otoño siguiente todo marchó tan bien como hasta entonces. Chel trabajaba silenciosamente en la escuela con los otros chicos. De tal modo, le resultaba fácil a Heidi fiscalizar los progresos de su alumno. Pero éste permanecía siempre apartado mostrándose sumamente reservado. En la

clase demostraba ser tan trabajador como lo era cuando se trataba de dibujar o pintar y muy pronto sobrepasó a todos los estudiantes que en otro tiempo se habían mofado de sus torpezas.

Para Chel, el momento más feliz era el de la noche, porque entonces el doctor se sentaba junto a él y mientras pintaba o dibujaba, le leía historias. Generalmente eran historias de niños pobres, como él, que se habían hecho grandes y famosos. Le hablaba de las escuelas que había en Lausana y en París, donde prestigiosos profesores daban clases de dibujo y pintura.

Los domingos, Chel dejaba sus libros y sus lecciones a un lado y a menudo, después de la iglesia, él y el doctor se iban juntos al prado en lo alto de la montaña, donde las flores aún lucían. Heidi y Pedro eran los únicos en la aldea que sabían adonde iban, y cuando pasaban el chico y su padre adoptivo, los aldeanos comentaban:

No alcanzo a comprender cómo es que semejante chiquilín vagabundo pudo haberse transformado en el más pulcro y educado muchacho de la aldea!

Sólo otra criatura viviente conocía aquel maravilloso jardín, allá en la cumbre de la montaña y allí

iba siempre, saltando ligera, para acercarse afectuosa a Chel. Era jilguero. Chel no había olvidado dónde encontrar las deliciosas hierbas plantitas que enloquecían de gusto a la cabra. El muchachito adoraba a la vieja cabra, lo mismo que si fuera un ser humano. Pero la verdad que cuando Pedro y Heidi subían también a la montaña, Jilguero sabía dividir y repartir sus afectos.

Hacia el final del invierno, el doctor envió esta carta a un profesor que conocía en Francfort:

"Querido Profesor:

Hace algún tiempo me preguntó usted si conocía a alguien que estuviera familiarizado con las flores que crecen en las alturas alpinas y que al mismo tiempo fuera lo bastante artista como para hacer las ilustraciones de su texto de botánica. Si es que aún se encuentra usted a la búsqueda de tal colaboración, me permito recomendarle a mi hijo adoptivo, Chel, que reúne todas las condiciones requeridas. No solamente posee un profundo conocimiento de las flores, sino que se descubre en él un verdadero talento artístico.

Tendré sumo placer en recibir sus noticias al respecto y, entretanto, quedo de usted, su más seguro y cordial servidor

Doctor Rebooux"

Pocos días después llegó la respuesta. De modo que al entrar la primavera, tan pronto como aparecieron las primeras flores, el doctor envió a Chel para que seleccionara los más perfectos ejemplares de cada variedad. Cuando tuvo las flores escogidas en su poder, las fue colocando sobre un cristal y le dijo al chico que las copiara tan bien como pudiera.

Algunas veces Heidi y Pedro acompañaban a Chel cuando subía hasta el prado escondido para elegir las flores que iba a dibujar y a pintar. Chel no podía decir cuáles eran los momentos más felices para él: aquellos en que trabajaba con el doctor inclinado sobre su hombro, dirigiéndolo y ayudándolo, o aquellos en que se encontraba en lo alto del prado, que no solamente era un maravilloso refugio sino un jardín que conocía y amaba tanto. Muy a menudo sentía el impulso de echarse al suelo y abrazar a todas las flores de una vez con los brazos extendidos.

Para Heidi, aquellos paseos largos hasta el "jardín encantado", eran una necesidad para descansar de las tareas de la escuela. Siempre regresaba sintiéndose descansada, refrescada y más cerca de su propia infancia, de aquella infancia que había transcurrido junto a Pedro en el apacentadero.

Complacía a Pedro que Jilguero los siguiera tan a menudo. La cabra descubrió que Chel iba a la montaña todos los días, de manera que nunca faltaba para recibir el regalo de sus hierbas favoritas, y después de frotarse contra las piernas de su amigo hasta que llegaba la hora del regreso. Pedro tuvo una explicación con Thóni, de manera que cuando llegaban a estar a la vista de la aldea, Chel se despedía de la cabra.

-Vuelve al rebaño, Jilguero -solía decirle.- Es mejor que te vean regresar con tus compañeras.

Una tarde, cuando Chel regresaba de uno de sus viajes al prado, el doctor le entregó un gran sobre cerrado.

-Chel -le dijo -ya no necesitas que yo te ayude en tu camino. Todos éstos te pertenecen. Es el pago por tus hermosos trabajos.

Y le mostró los billetes de banco que contenía el abultado sobre.

A la vista del dinero Chel se sintió demasiado sorprendido para hablar. Después, con una mirada de infelicidad, se alejó de la mesa.

-¡Pero, Chel! ¿No estás contento de haberte ganado este dinero? ¡Es el primer salario que has ganado! -exclamó el doctor.

-Ya no querrá que me quede con usted ahora que gano esto -respondió Chel.- En ese caso, no quiero el dinero.

-Tú no has entendido -replicó el médico.- Solamente he querido decir que nadie en la aldea te creía capaz de trabajar y ganarte el sustento. ¡Ahora verán que puedes hacerlo! El profesor que te envía este dinero está tan complacido con tu trabajo, que desea que continúes copiando flores para ilustrar sus libros. Después que salga a la publicidad este primer libro, habrá otros que necesitarán ser ilustrados también y esas ilustraciones las harás tú. Cada nuevo volumen te reportará sumas como esta. ¡Eso es lo que me hace tan feliz!

-Esto pertenece a usted y a la maestra -dijo Chel señalando el dinero.- Ustedes me han enseñado todo lo que sé.

-No, Chel, ha sido tu trabajo. Ninguno de nosotros quiere tu dinero. Guárdalo por el momento, a

menos que quieras comprarte algo. ¿Hay algo que quieras hacer con esto?

-Si -dijo Chel -hay algo que quiero hacer.

-¿Cuánto necesitarás?

Chel pensó un momento y después anunció:

-Necesitaré seis de esos billetes.

El doctor se sorprendió y echó una mirada interrogativa al muchacho, pero como tenía confianza en él, decidió permitirle que gastara su dinero como le gustara.

Chel tomó los billetes y salió de la casa.

No muy lejos de allí, llegó a una casita que estaba en el borde de la aldea. Entró directamente a la habitación principal, que estaba vacía, puso un billete de banco sobre la mesa y gritó a la mujer que estaba en la cocina:

-¡He pagado!

Corriendo de una a otra, entró en seis casas, en cada una de las cuales había recibido comida en otras épocas y hasta había dormido algunas veces. Y cuando pasó por la última casa, dejó su billete de banco y gritó:

-¡He pagado a la comunidad toda!

Porque Chel no había olvidado el día en que le dijeron que era una carga para la comunidad... ¡inú-

til como era, que no sabía apreciar siquiera una buena cama!

CAPÍTULO 19

LA RECOMPENSA DE HEIDI

TODO Dörfli quedó alborotado ante la noticia de que Chel no solamente ganaba dinero, sino que su primer pensamiento había sido el de pagar lo que ningún otro habría considerado una deuda.

Chel, el "inútil", había ganado por fin el respeto de la aldea. Era verdad que poco tiempo antes no había sido más que un pequeño vagabundo y había sido Heidi quien había producido tal milagro. A ningún precio permitirían ellos que la joven abandonara la escuela.

-Mira lo que has conseguido -se quejó Pedro una noche, mientras avanzaban por el camino que conducía a la casa del abuelo en el Alm.- Te has hecho tan indispensable en la aldea que no te será permiti-

do que dejes la escuela, y cuando el abuelo se ponga demasiado débil para hacer las cosas por sí mismo, ¿cómo se las va a arreglar solo en la montaña?

-He pensado en eso yo misma -dijo Heidi con un suspiro.- Hice lo mejor que pude para que todos fueran felices y ésta es mi recompensa.

-Bueno, enseñar era lo que querías.

-¿Era eso? No estoy segura ahora, Pedro -confesó Heidi.- Algunas veces me siento como encerrada cuando estoy en la escuela. De la misma manera en que tú decías que te sentías en casa del doctor. Entonces siento grandes deseos de encontrarme allá arriba en la montaña, todo el día, donde puedo mirar y ver todo el valle, abrir los brazos y sentirme libre. Además, el abuelo me necesita. Tan a menudo me dice que se siente muy viejo y me llama a rezar con él. Ayer mismo me decía que cree que éste será su último invierno... ¡y tenía una mirada en los ojos cuando lo decía! ¡Me asusté, Pedro! Era como si estuviera viendo algo en el más allá... algo de lo que debe haber visto la abuela cuando comenzó a clamar por su jardín. ¡No puedo soportar la idea de que va a morir! -sollozó Heidi impulsada por su angustia.- Me sentiré muy sola. No, Pedro,

no enseñaré más en la escuela en el otoño. No importa lo que diga el encargado. No puedo volver.

-¿Entonces quién tomará tu lugar, Heidi?

-Le escribiré a Jamy -decidió.- Jamy estaba encantada con esta región. Quiere volver para las vacaciones y le escribiré para que venga dispuesta a quedarse y a enseñar en la escuela.

Jamy aceptó entusiasmada la invitación, pero cuando llegó un nubarrón pendía sobre la casa del Alm. El abuelo estaba muy enfermo. El anciano decía que no era sino su edad, pero además parecía estar sufriendo grandes dolores y llamaba continuamente a Heidi.

-Aquí estoy, abuelo -respondió la joven una tarde.

Y cuando el anciano vio que era cierto, llamó entonces a Pedro.

Jamy se acercó al lecho, se inclinó y le tomó una mano. Su voz era tierna y consoladora.

-Yo estoy aquí ahora -le dijo -y Heidi no necesitará dejarlo a usted. Estoy aquí para hacerme cargo de la escuela y usted ya no estará solo.

-No es eso -replicó el abuelo.- Cuando me haya ido, Heidi quedará sola. ¿Quién cuidará la casa?

¿Quién cuidará de Pequeño Cisne y de Osito? Dile a Heidi que la necesito. ¡Heidi! ¡Heidi!

-Aquí estoy, abuelo -replicó la joven.- Aquí estoy junto a tu cama. Jamy y yo estamos aquí, las dos. No me voy a separar de aquí.

El anciano se dejó caer sobre las almohadas, suspiró y tomó una mano de Heidi.

-Léeme algunos himnos -le dijo.- De aquellos que solías leer a la abuelita ciega. Envía a Jamy en su busca. Pedro debe tenerlos.

Los himnos fueron traídos y Pedro llegó con ellos. Se sentó calladamente junto a la cama y escuchó mientras Heidi leía con su voz clara y dulce:

*Penas y dolores
terminarán mañana,
mares tormentosos
quedarán en paz;
los vientos rudos han de silenciarse
[y el sol retornará...*

Heidi hizo una pausa por un momento y pareció como que el viento que agitaba los pinos fuera de la casa, hacía la pausa con ella; como si se detuviera para escuchar, suspendido, el himno. Sobre el rostro

del abuelo se extendía una expresión de paz y satisfacción.

-¿Va mejor el dolor, abuelo?

-Sí, sí -respondió.- No hay dolor. Sigue, Heidi. Termina el himno.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Heidi cuando prosiguió:

*"El dulce descanso,
y la calma de los benditos,
me esperan allí
en el jardín más bello,
aquel hogar por el cual diariamente
[mi espíritu clama."*

Se produjo un silencio en la habitación cuando terminó el himno. Solamente el suspirar de los pinos afuera y el trabajoso respirar del abuelo se escuchaban.

Heidi se preguntaba si sería verdad que cuando la gente es vieja, comienza a anhelar las alturas. ¿Sentiría anhelos su querido abuelo por los jardines que están más allá de la vista, así como ella y Pedro anhelaban la montaña cuando todo parecía cerrarse en torno a ellos?

-Ahora toca -estaba diciendo el abuelo en voz baja.- Me gustaría oír el himno en tu violín.

Heidi tomó el arco y la música tembló y lloró suavemente. Había también anhelos en ella: los anhelos de Heidi por una vida tan elevada, que ella misma se sorprendió al mirar hacia los picos montañosos y verlos resplandecer en el fuego del ocaso; también estaban allí los anhelos del abuelo y las inquietudes de Pedro.

De pronto Pedro se puso de pie.

-Voy a salir un momento -dijo.- Tengo que pensar en algo.

Heidi vio que quería estar solo y asintió -con la cabeza, dejando a un lado su violín. Los ojos del abuelo estaban cerrados y dormía sin dolor ahora.

-La música le ha suavizado las penas -murmuro Jamy.- Cuando despierte, quizá podamos pedirle que tome un poco de leche.

Cuando despertó era la medianoche ya.

-¿Dónde está Pedro? -preguntó fijando la mirada en Heidi.

-Está afuera, pensando -respondió Heidi.- Parece tener algo que resolver, abuelo. ¿Te sientes mejor?

-De manera que tiene algo que resolver, ¿eh? Sí, sí -dijo el anciano.- Me estoy sintiendo mucho me-

jor. Era tiempo ya de que ese muchacho tuviera algo que resolver.

A la mañana siguiente, cuando Pedro inesperadamente le preguntó a Heidi si quería casarse con él, la joven contestó en el colmo de la sorpresa:

-¡Pero, Pedro! ¡Creo que es "eso" lo que yo estaba anhelando! ¡Es por eso que yo quería quedarme en Dörfli!

Planearon una boda en la calle de la aldea, para que todos los aldeanos pudieran tomar parte en la hermosa ceremonia. Cuando se lo contaron al abuelo, los ojos del anciano relampaguearon.

-Debes ponerte bien para la boda -le urgió Heidi ansiosamente.- No tienes nada de que preocuparte ahora y tienes la seguridad de que estarás bien. Pedro me cuidará siempre, lo mismo que tú has hecho. Y los dos te cuidaremos a ti y te ofreceremos nuestras mejores atenciones. También cuidaremos de las cabras y viviremos aquí, en esta casa, donde podremos mirar la montaña de cerca. ¡Abuelo, vamos a ser tan felices tú, Pedro y yo! Te pondrás bien para la boda, ¿no es cierto? ¡Por favor!

-Si -dijo el anciano.- Me pondré bien. Usaré mi traje verde de los domingos, y marcharé con los que vayan al frente. ¿Perderme la boda de mi niña?

Pues, ni lo pienses. Por cierto que tu viejo abuelo se pondrá bien, Heidi... para la boda.

Fiel a su promesa, el anciano se pudo levantar en una semana. Cortó el césped, anduvo por el bosque y trabajó en la casa con todo su antiguo vigor. Heidi estaba encantada. No había nada que nublaste la belleza de su día de boda.

Clara llegó para la ceremonia, una Clara que apenas reconoció Heidi. Se había transformado en una soberbia dama.

Jamy envió en busca de su hermanita, de la cual solía hablar a menudo cuando ella y Heidi estaban en la escuela de Hawthorn. La niña estaba destinada a formar parte del cortejo, llevando el trigo.

Dörfli se distinguía por sus arcaicas y bellas costumbres. En un día semejante, los hombres y las mujeres se vestían con sus mejores atuendos. Brillantes chales se veían por todas partes. Bordados y encajes que parecían sombras de rosados, dorados, amarillos y azules.

Brígida llevaba un chal de un púrpura profundo, sobre una blusa tiesa de almidón, con amplias y abullonadas mangas. El doctor avanzaba junto a ella con su severo traje negro, con un tieso cuello blanco que parecía querer subir más arriba que sus orejas

aristocráticas. Chel llevaba un sombrero alto y rojo, provisto de una pluma de águila.

La música anunciaba el paso de la procesión matrimonial. Los músicos tocaban en flautas, caramillos y en laúdes antiguos. Un acordeonista con su casaca roja encabezaba la banda y los otros lo seguían.

Enseguida venía la novia, las mejillas rosadas de felicidad. Heidi llevaba un traje blanco de lamas pura seda; su corona era toda una creación formada con las flores llegadas desde su "jardín encantado", unidas con una cinta blanca.

Pedro caminaba a su lado, alto y orgulloso. El abuelo avanzaba no muy lejos marchando solo, tan alegremente como los demás, resplandeciente en su traje verde.

Después venían los escolares de Dörfli con Jamy que mantenía el orden y a la vez dirigía una vieja hermosa canción regional.

¡Qué pintoresco era todo! ¡Qué alegremente sonaba la música! Los solemnes ritos de la iglesia no le habían quitado ni una pizca de alegría y risas. Era un día que no debía olvidarse. Heidi se sentía muy contenta de haber permanecido fiel a su gente, a su

aldea, muy contenta de haber regresado a Dörfli, de donde era, de haber regresado a Pedro.

De pronto recordó la vieja costumbre de los aldeanos y se inclinó para quitarse un zapato. Por todas partes, los chiquillos arrojaban flores. Heidi sujetó fuertemente su fina sandalia de boda y, apuntando cuidadosamente, la arrojó hacia la muchedumbre. La sandalia fue a caer a los pies de Chel y todos gritaron en torno del chico:

-¡Buena suerte, Chel! ¡Buena suerte con tus cuadros!

-¡Gracias, Heidi! -gritó el muchachito.- ¡Gracias por regalarme la sandalia de la suerte!

La procesión de la boda bajó por la calle de la aldea, hasta llegar a la plaza donde estaban preparadas las mesas para el banquete general.

La música siguió y hubo bailes y cantos hasta muy entrada la noche.

Pero Pedro y Heidi se escurrieron en hora temprana. El día de su boda, de entre todos los días de su vida, no podían perder la puesta del sol, sobre las nieves de la montaña.

Mientras asistían al glorioso espectáculo, el abuelo estaba con ellos y cuando el esplendor se apagó, dijo:

-Ya ves, Heidi, se desvanece para retomar mañana.

-Es una promesa -dijo Pedro- pero aunque vuelva eternamente, ya no volverá a ver un día tan feliz como éste.